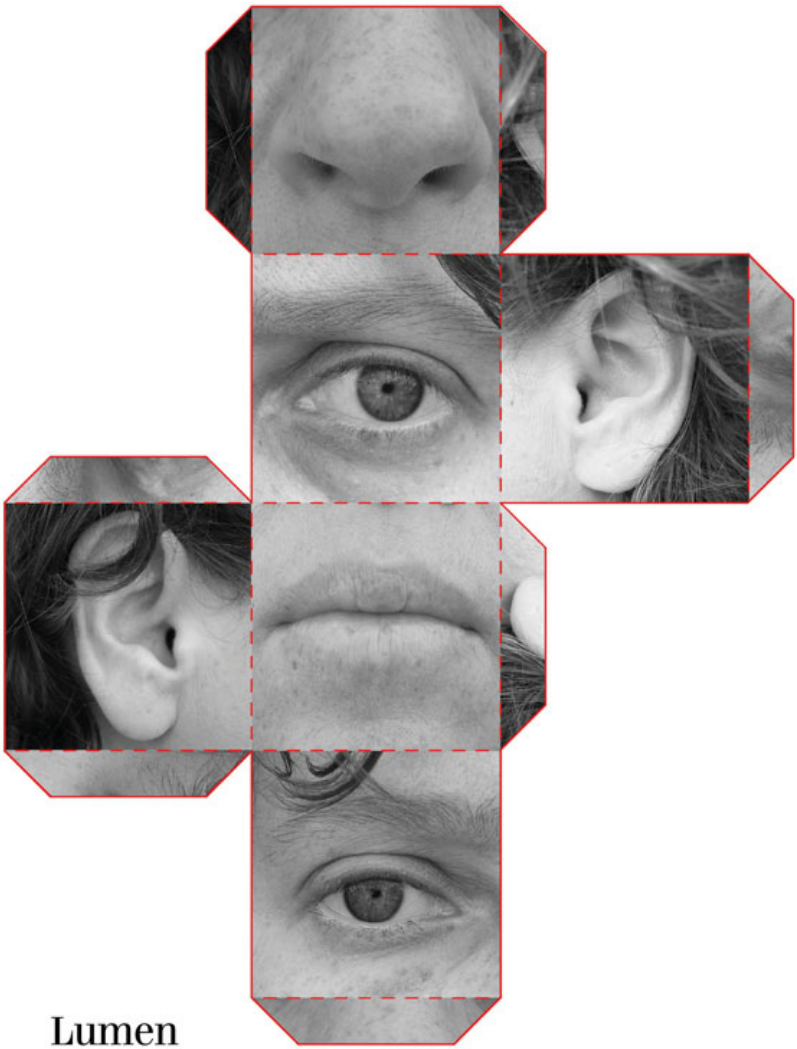
CONFIDENCIA

Domenico Starnone



Lumen

Confidencia

Domenico Starnone

Traducción del italiano de
Ana Ciurans Ferrándiz

Lumen

narrativa

Primera parte

1

Qué decir del amor; se habla mucho de él, pero yo no creo haber usado esa palabra a menudo; es más, tengo la impresión de que no la he empleado nunca, aunque he amado, por supuesto que sí; he amado hasta perder la cabeza y la compostura. El amor que yo he conocido es, en efecto, una lava de vida en bruto que arde mientras hay vida, una erupción que anula el entendimiento y la piedad, la razón y las razones, la geografía y la historia, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza, la excepción y la regla. Solo queda un desasosiego que se enrosca sobre sí mismo, una obsesión irrefrenable: dónde estará o dejará de estar, qué pensará, qué hará, qué dijo, qué quería decir realmente con aquella frase, qué me oculta, habrá estado tan a gusto como yo, seguirá estando bien cuando estoy lejos o mi ausencia la debilita como a mí la suya, abatiéndome, arrebatándome toda la energía que en cambio me transmite su presencia, qué soy sin ella sino un reloj parado en la esquina de una calle concurrida; pero, ¡ah!, su voz, ¡ah!, estar a su lado, acortar la distancia, anularla, cancelar los kilómetros, metros, centímetros, milímetros, y fundirme, confundirme con ella, dejar de ser yo; es más, tener la impresión de no haber existido sino en función de ella, de su placer, me enorgullece y me alegra, me deprime y me entristece, hasta que de nuevo me entusiasma, me electriza; cuánto la quiero, sí, solo quiero su bien, siempre, pase lo que pase, aunque me rechace, aunque se enamore de otros, aunque me

humille o me lo quite todo, hasta las fuerzas para quererla. Qué disparates concibe la mente: querer su bien sin poder seguir queriéndola, desearle el mal aun sin dejar de quererla. Como son cosas que me han pasado, he evitado esa palabra todo lo posible, me es tan ajena que la he usado muy poco en el curso de mi larga vida. El amor angelical, el amor gratificante, el amor que hace sentir mariposas en el estómago, el amor que purifica, el amor melodramático no son para mí. He empleado, en cambio, muchas otras —desasosiego, furor, languidez, aturdimiento, necesidad, urgencia, deseo—, quizá demasiadas, que he tomado prestadas de cinco mil años de escritura, y podría seguir haciéndolo hasta quién sabe cuándo. Pero ahora me urge hablar de Teresa, que siempre ha rechazado el encasillamiento en esa combinación de cuatro letras, pero que exigió, y sigue exigiendo, miles y miles más.

De Teresa ya me había encaprichado cuando se sentaba en un pupitre al lado de la ventana y era una de mis alumnas más brillantes. Pero no me di cuenta de ello hasta que, al año de graduarse, me llamó y fue a esperarme delante del instituto, un bonito día de otoño, para dar un paseo durante el cual me contó su turbulenta vida universitaria y, de repente, me besó. Fue ese beso el que dio formalmente comienzo a nuestra relación, que duró unos tres años, entre exigencias recíprocas de dominio absoluto, siempre insatisfechas, y tensiones que acababan en insultos, llantos y mordiscos. Recuerdo una velada en casa de unos conocidos, éramos siete u ocho personas. Yo estaba sentado al lado de una chica de Arlés, residente en Roma desde hacía unos meses y que chapurreaba el italiano de una manera tan seductora que yo solo quería escuchar su voz. En cambio, todo el mundo hablaba, sobre todo Teresa, que, como de costumbre, se prodigaba en decir cosas muy inteligentes y precisas. Debo admitir que desde hacía unos meses había empezado a molestarme su afán por captar la atención convirtiendo en trascendental incluso la conversación más frívola, por lo que solía interrumpirla con frases irónicas a las que ella respondía con miradas fulminantes y diciendo: «Perdona, estoy hablando yo». Puede que en aquella ocasión me pasara de la raya: me gustaba la chica de Arlés y

quería gustarle a ella. Teresa cogió el cuchillo del pan y, furibunda, me gritó: «¡Si vuelves a cortarme, te corto la lengua o lo que haga falta!». Nos enfrentamos en público como si no hubiera nadie más, y pensándolo ahora, estábamos tan absorbidos el uno por el otro, para bien y para mal, que así era. Aunque presentes, nuestros conocidos y la chica francesa no eran más que figurantes, lo que contaba era aquel buscarnos y rechazarnos sin cesar. Era como si nos gustáramos a rabiar con el único fin de asegurarnos de que nos odiábamos. O al contrario.

También teníamos, por supuesto, periodos felices en que hablábamos de todo y nos gastábamos bromas: yo le hacía cosquillas hasta que, para que yo parase, me daba besos larguísimos. Pero aquello no duraba porque éramos nosotros los perturbadores de nuestra convivencia. Parecíamos convencidos de que la violencia con la cual sembrábamos la discordia en nuestra relación nos transformaría en la pareja ideal, pero en lugar de aproximarnos a esa meta, nos alejaba de ella. La vez que descubrí, gracias a un cotilleo que me contó precisamente la chica de Arlés, que Teresa se había dejado ver en actitud cariñosa con un conocido, demacrado y encorvado académico de dientes podridos, ojos enfermizos y dedos como patas de araña —con los que aporreaba el piano para deleite de sus adoradoras—, me repugnó tanto que volví a casa y, sin darle explicaciones, la agarré por el pelo y la arrastré hasta el baño para lavar personalmente cada milímetro de su cuerpo con jabón de Marsella. No levanté la voz, le hablé con la ironía de siempre, le dije: «Soy un hombre tolerante, haz lo que quieras, pero no con alguien tan repulsivo». Ella se retorcía, daba patadas, me soltaba bofetones, me arañaba y gritaba: «¡Esto es lo que realmente eres, avergüénzate, avergüénzate!».

De la manera como nos peleamos aquella vez, parecía que lo nuestro se había acabado, después de las cosas que nos habíamos echado en cara no había vuelta atrás. Sin embargo, también en aquella ocasión logramos reconciliarnos. Permanecimos abrazados hasta el amanecer, burlándonos de la chica de Arlés y del pianista y docente de citología. Pero nos asustamos porque habíamos estado a punto de perdernos. Creo que fue ese miedo lo que nos empujó inmediatamente después a

buscar un modo de sellar para siempre nuestra dependencia recíproca.

Midiendo las palabras, Teresa planteó una propuesta:

—Pongamos que te confío un secreto íntimo, tan horrible que ni siquiera me lo he confesado a mí misma, y tú me confías uno parecido, algo que si saliera a la luz te destruiría para siempre.

Me sonrió como si me invitara a jugar, pero noté que en realidad estaba muy tensa. También a mí me invadió la ansiedad, me sorprendió y me preocupó que a los veintitrés años pudiera esconder un secreto tan inconfesable. Yo, que contaba treinta y tres, lo tenía, y se trataba de una historia tan bochornosa que me sonrojaba solo de pensarlo; cuando me venía a la mente, me quedaba mirando fijamente la punta de los zapatos esperando a que se me pasara la vergüenza. Nos perdimos en rodeos y discutimos sobre quién se confiaba primero.

—Empieza tú —dijo ella usando el tono irónico y apremiante que solía emplear cuando se ponía cariñosa.

—No, tú. Quiero sopesar si tu secreto es tan horrible como el mío.

—¿Por qué tengo que fiarme de ti si tú no te fías de mí?

—Porque conozco mi secreto y me parece imposible que el tuyo sea igual de inconfesable.

Al final, tira y afloja, cedió, molesta sobre todo, creo, por el hecho de que no la creyera capaz de cometer actos tan execrables. La dejé hablar sin interrupciones y cuando acabó no tuve la prontitud de expresar un comentario acertado.

—¿Y bien?

—Está feo.

—Te lo dije, ahora te toca a ti. Como me cuentes una tontería, me voy y no vuelves a verme.

Empecé a confiarme, primero por encima, después fui entrando en detalles y le cogí el gusto, fue ella quien me pidió que lo dejara estar. Suspiré profundamente y dije:

—Ahora sabes algo de mí que nadie sabe.

—Tú también.

—Nunca podremos dejarnos, estamos el uno en las manos del otro.

—Sí.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—Ha sido idea tuya.

—Claro.

—Te quiero.

—Yo también.

—Pero yo mucho.

—Y yo muchísimo.

Pocos días después, sin pelearnos, es más, con unas fórmulas de cortesía que no eran moneda corriente entre nosotros, admitimos que nuestra relación se había agotado y lo dejamos de común acuerdo.

2

En un primer momento sentí alivio. Al fin y al cabo, Teresa era una chica rebelde y agresiva que le sacaba punta a todo lo que yo decía y arremetía contra mis debilidades con salidas sarcásticas. Eso sin tener en cuenta que no se peleaba solo conmigo, sino con todo el mundo: dependientes, empleados de Correos, guardias urbanos, vecinos y amigos a los que yo apreciaba. En cada ocasión acentuaba una risita que parecía de alegría pero que en realidad era de rabia, un sonido gutural que intercalaba en frases plagadas de insultos como si fuera una pausa rítmica. Al menos un par de veces me vi obligado a llegar a las manos con gentuza que se olvidaba de que era una mujer. Pero después pasaron los días y las semanas, se acumularon meses de vagabundeo infructuoso, el alivio se atenuó y empecé a echarla de menos. O mejor dicho, noté que el espacio que ella había ocupado, en el estudio que habíamos habitado, a mi lado por la calle, en el cine o donde fuera, estaba vacío, era gris. «Menudo problema —me dijo una vez un amigo —, enamorarse de una mujer que está más viva que nosotros en todos los sentidos». Mi amigo tenía razón: aunque yo no era una persona

apagada, a Teresa le sobraba energía, era un torrente en crecida que ningún dique podía contener. Eso era lo bueno de ella, lo que añoraba, así que de vez en cuando tenía ganas de volver a verla. Pero justo cuando me convencía a mí mismo de que no había nada malo en llamarla, me topé con Nadia.

Respecto a Nadia, no quisiera extenderme: era esquiva, reservada hasta cuando daba los buenos días, educadísima, lo contrario de Teresa. La conocí en el instituto, era licenciada en Matemáticas, tenía ambiciones académicas y aquel era su primer trabajo. Al principio no le hice caso, estaba muy lejos de ser la clase de mujer que me gustaba, parecía completamente ajena a los tiempos de audacias políticas, literarias y eróticas de los que me sentía partícipe antes, durante y después de la relación con Teresa. Sin embargo, había algo en ella —es difícil decir qué era, quizá el rubor que no lograba dominar— que, semana tras semana, fue gustándome cada vez más y empecé a rondarla. Probablemente pensé que podría protegerla de su tendencia a ruborizarse enseñándole a traspasar los límites en todas las facetas de la vida, con palabras o incluso con hechos. A Teresa no le había enseñado nada, a pesar de que tenía diez años menos que yo y de que había sido mi alumna en el instituto donde todavía trabajaba. Algunas veces eso me había dolido, parecía haber nacido sabiéndolo todo, mientras que Nadia estaba encerrada en un círculo reducido más allá del cual no se había aventurado nunca.

Empecé con frases de cortesía; después adopté una actitud bromista; al final, durante un recreo, la invité a tomar un café. Cuando los cafés se convirtieron en una costumbre, me di cuenta de que para ella eran más importantes que para mí. Así que un día esperé un par de horas a que acabara de trabajar y le propuse que comiéramos juntos en una *trattoria* cercana. No aceptó, había quedado con alguien. En aquel momento descubrí que tenía novio e iba a casarse en otoño. Por mi parte, le conté que había estado muy enamorado de una mujer con la que habría querido pasar el resto de mi vida, pero las cosas se habían torcido y lo habíamos dejado, aunque todavía sufría por ello. Mostró tanto interés por mi sufrimiento que dejé pasar un par de semanas y

volví a la carga; esta vez aceptó. Recuerdo que durante la comida se reía de cualquier tontería con una alegría nerviosa. Mientras esperábamos el segundo plato, apoyé la mano sobre el mantel blanco a pocos milímetros de la suya y de la copa de vino.

—¿Puedo darte un beso en la palma de la mano? —le pregunté rozándole el meñique con el mío.

—Pero ¿qué dices? ¿A santo de qué? —exclamó retirando la mano con tanta brusquedad que si no hubiera sido por su insospechada rapidez de reflejos habría volcado la copa.

—Porque siento el deseo de hacerlo —le respondí.

—Deberías habértelo callado, es una tontería, uno no va por ahí soltando todo lo que se le ocurre.

—Hay tonterías maravillosas tanto de decir como de hacer.

—Las tonterías solo son tonterías y siempre lo serán.

Una frase definitiva, pero pronunciada con dulzura: era amable hasta cuando hacía un reproche. Después quiso irse a casa en autobús, pero yo me ofrecí a acompañarla en mi destartalado Renault 4. Aceptó, y en cuanto estuvimos sentados el uno al lado del otro, busqué de nuevo su mano con determinación. Esa vez no la apartó, quizá porque la pillé por sorpresa. Le giré la muñeca con delicadeza y me llevé la palma de la mano a los labios, pero en vez de besarla la lamí. Después la miré, esperaba que protestase asqueada; sin embargo, esbozaba una sonrisa.

—Era una broma —me justifiqué, incómodo de repente.

—Claro.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—Pero te parece una tontería.

—Sí.

—¿Y bien?

—Repítelo.

Volví a lamerle la mano, después traté de besarla, pero me rechazó. Dijo en voz baja que no podía hacerlo, se sentía culpable, llevaban seis años juntos y eran felices. Empezó a hablarme de él, extendiéndose en detalles: había sido una promesa del baloncesto, pero había preferido

estudiar a dedicarse al deporte y se había convertido en un joven químico que ya trabajaba en una empresa importante y tenía un buen sueldo. No me gustó esa última información, me pareció que subrayaba la diferencia entre él y yo, que no era más que un profesor de Letras en un instituto y no tenía derecho a llenarle la cabeza de tonterías que pudieran desviarla de su camino. Insistí en besarla y como apartó la cara de nuevo exclamé:

—Es solo un beso, ¿tanto te cuesta?

—Un beso es un beso.

—Te paso solo la punta de la lengua sobre los dientes.

—No.

—Pues te rozo los labios suavemente.

—Déjame en paz.

—No hay nada malo en mostrar un poco de afecto.

—Sí que lo hay, no quiero herir a Carlo.

Carlo era el químico brillante al que quería desde hacía años. Dijo que siempre le había sido fiel y que no tenía ninguna intención de echar a perder una relación sólida por mi culpa. Protesté:

—¿Basta un beso para herirlo? ¿Se cree el dueño de tu boca y de tu lengua?

—No es cuestión de propiedad, sino de humillación. Si tuvieras novia, ¿no crees que se sentiría humillada?

—Si la tuviera y se sintiera humillada, cortaría con ella al instante. ¿Dónde está la humillación?

Lo pensó un momento y susurró:

—Un beso es el resumen del coito.

—¿Me estás diciendo que si nos besamos follamos?

—Simbólicamente, sí.

—Me parece excesivo. Además, un coito simbólico no hace daño a nadie. Si Carlo es tan sensible, basta con no decírselo.

—¿Me estás insinuando que le mienta?

—La mentira es la salvación de la humanidad.

—Yo nunca miento.

—Entonces debes decirle que te he lamido la palma de la mano.

—¿Por qué?

—Porque al principio no, pero luego lo he hecho con intención simbólica.

Enrojeció y me miró confundida, y yo aproveché para besarla ligeramente en la boca. Como no se retiró, le atrapé el labio inferior y lo retuve unos segundos para después devolvérselo con la punta de la lengua. Iba a apartarme para comprobar el efecto que había surtido aquel brevísimo sondeo cuando Nadia me hundió la lengua, viva, tersa y caliente, en la boca. Luego me rodeó el cuello con los brazos y pegó sus labios a los míos apretando con fuerza; nuestras lenguas hurgaron todos los rincones, buscándose. Cuando se separó de mí —lo hizo echando la cabeza atrás, igual que si esquivara un puñetazo—, su rostro había cambiado, las facciones se habían suavizado, la mirada era desafiante y a la vez atónita, como si se hubiera despertado en ese momento y tratara de salir del sopor que había podido con ella. Intenté atraerla de nuevo hacia mí, pero se resistió. Le dije: «Otro, por favor», pero no quiso. Arranqué el coche y la acompañé a casa.

3

Ese beso me provocó, apenas diez minutos más tarde, una necesidad tan urgente de ella que yo mismo me sorprendí. Hasta entonces nuestra relación me había parecido solo un juego, pero después de aquello me volví insistente, la invitaba todos los días a comer, al cine, a cenar. Puesto que ella siempre me eludía con cortesía, una mañana, al terminar las clases, la arrinconé en un pasillo desierto y le dije:

—Te deseo.

—Yo también.

—Entonces ¿por qué me evitas?

—Porque me haces daño.

Le hacía daño —me explicó— porque amaba a Carlo y lo que sentía

por mí desgastaba ese amor.

Tras aquella explicación, larga y plagada de balbuceos de sufrimiento, a la que yo repliqué que no solo la quería sino que estaba seguro de amarla, aceptó cenar conmigo en un sitio de postín que yo conocía.

Era invierno, hacía frío, llovía, pero a dos pasos del restaurante giré hacia una calle oscura y estrecha y apagué el motor. Me pidió débilmente que arrancara, respondí que sí, pero traté de abrazarla. Me rechazó, después se echó a reír, y luego susurró que quería estar solo un minuto tranquila con la cabeza apoyada en mi hombro. Nos acomodamos de manera que, aun permaneciendo cada uno en su asiento, se cumpliera su deseo de paz. Pero en cuanto se puso cómoda, acerqué los labios a su boca y nos besamos largamente. Sentí sorprendido que la amaba de verdad y no quería dejar de besarla.

Hasta hacía poco creía que amaba a Teresa, que era alta, y, aunque delgada, de hombros y caderas anchos y pecho generoso, grande toda ella; que despreciaba los convencionalismos y siempre decía lo que pensaba; que no soportaba las injusticias contra ella, pero sobre todo contra los demás; que consideraba el sexo una demostración desenfrenada y desenfadada de buen humor; las cosas importantes eran otras. Sin embargo, en ese momento creía amar a Nadia, que tenía un cuerpo pequeño, era mesurada, se guardaba de decir cosas desagradables, y, en cuanto al sexo —a esas alturas ya estaba claro—, pensaba que dejarse coger la mano o entrelazar los dedos podía desencadenar una sucesión de significados complejos capaces de alterar su vida. Era inútil que me dijera a mí mismo: Mantén la calma, reflexiona, no puedes pasar de un tipo de mujer a su contrario. Incomprensiblemente, me conmovía que Nadia fuera del todo diferente a Teresa; parecía una niña, una pequeña Nadia siempre asustada a la espera de un posible castigo. Así que disfruté de los besos como nunca antes había disfrutado, y para impedir que se retirara e interrumpiera el contacto entre nuestras bocas, evité todo intento de buscarla con las manos más allá de la protección del grueso plumífero. Fue ella la que, en un momento dado, me susurró entre los labios: «Vamos a cenar», y

yo, ronco de emoción, respondí: «Vamos».

Nos encaminamos hacia el restaurante, que estaba al final de una calle empinada y estrecha. Cada vez hacía más frío y la cogí del brazo mientras nos dirigíamos a la entrada, suntuosamente iluminada. Evitando el tono irónico —ya estaba harto de tanta ironía—, dije:

—Me siento raro.

—¿Estás nervioso?

—No, estoy contento, pero el deseo me ha trastornado. ¿Tú no te sientes rara?

—¿En qué sentido?

—Turbada, ya sabes a qué me refiero.

—¿Puedo callármelo?

—Dímelo al oído.

—No te digo nada.

—Por favor.

Me incliné y acerqué la oreja a su boca. Nadia metió la lengua y yo di un respingo, después me la sequé con el dedo.

—¿Contento? —dijo con ojos brillantes.

Volvimos al coche y nos encerramos en él, no fuimos a cenar. Al día siguiente, en cuanto nos vimos en el instituto, me dijo que se lo había contado todo a su novio, le había sido imposible mentir.

—¿Todo?

—Todo.

Le pedí que se casara conmigo.

4

Una semana antes de la boda me encontré con Teresa. Yo acababa de salir del instituto, iba camino del coche charlando con tres alumnos cuando una vespa que se acercaba en sentido contrario redujo la velocidad y quien la conducía gritó: «¡Dichoso Pietro, todavía estás

vivo!». En aquel momento —quizá porque iba muy abrigada— no la reconocí y me volví a ver si había alguien detrás, para saber si la mujer que había gritado «¡Dichoso Pietro, todavía estás vivo!» se dirigía a mí o a otra persona. Ella debió de darse cuenta porque cuando llegué a su altura, después de despedirme de mis alumnos y cruzar la calle, dijo con su habitual tono irónico, haciéndose la ofendida: «Juraste mil veces que me amarías para siempre y ya me has olvidado». Me justifiqué echándole la culpa a la capucha, la bufanda y el chaquetón, y tras charlar un rato de vaguedades con ella traté de largarme. Pero Teresa dijo que conocía un establecimiento de comida preparada donde hacían unos *arancini* buenísimos y, mandona como siempre, exclamó: «Sube, comemos y en cinco minutos te traigo de vuelta».

Fue un error obedecerla. Bastaron pocos segundos para recuperar la antigua confianza entre los cuerpos: reconocí el olor de su pelo, cuyos mechones se escapaban de la capucha; volví a escuchar su voz que, arrastrada inmediatamente por el viento, decía: «No te sujetes a las caderas, tonto, que nos caeremos». Siempre me había gustado que me llevara en vespa. En los primeros tiempos de nuestra relación, estaba dispuesta a acompañarme a todas partes y me encantaba sentirla entre las piernas. A veces, cuando no estábamos enfadados, le besaba el cuello, apoyaba la cabeza en su espalda, y ella me recompensaba cambiando de posición en el asiento, para pegarse a mí todo lo posible. En fin, me emocionó volver a verla. Sentí que, aunque el amor hubiera acabado, la amistad seguía milagrosamente viva, o al menos esa clase de amistad que se alimenta de una antigua intimidad física y que a veces permite mantener una confianza inquebrantable, libre de pudor. Me puse a hablarle de un ensayo breve sobre el estado de la enseñanza en Italia, un textito sin importancia que había escrito para pasar el rato y distraerme tras nuestra separación, pero le hice un resumen tan extenso que ella, divertida, exclamó: «Menos mal que era breve y que no tenía importancia». Después le conté, esta vez con unas pocas frases concisas, que mi madre había muerto súbitamente hacía dos meses, y fue ella la que se extendió en palabras sinceras de consuelo. Al final, le anuncié que iba a casarme y le hablé prolijamente de Nadia.

Me pareció que ella también se sentía a gusto. Me hizo saber que estaba a punto de marcharse a Estados Unidos gracias a una beca que le había concedido una universidad de Wisconsin. Me comentó con sarcasmo que su último novio, un estudiante de Veterinaria, le había dado el ultimátum: «O Estados Unidos o yo». Y ella había respondido sin dudarlo: «Estados Unidos». Se alegraba de que me casara, dijo: «Eres un hombre con suerte, por fin has encontrado a una tonta que no se ha dado cuenta de lo peligroso que eres». Esa última frase me molestó un poco, pero no lo di a entender, es más, le reí la gracia y murmuré: «He aprendido a ocultarlo». Pero de todas formas ella cayó en la cuenta de que, a pesar del tono bromista, sus palabras podían sonar a recriminación y —novedad absoluta— trató de remediarlo:

—Aunque cuando quieres también tienes muchas cualidades. Al final resultará que la tal Nadia es la afortunada.

Seguimos hablando un rato más y después me acompañó al coche. Había tráfico, y cuando se metía entre los vehículos, yo apretaba las piernas contra las suyas para no golpearme con los coches y los autobuses. En un momento dado apoyé la mejilla en su espalda, me vino a la mente mi madre la noche antes de que muriera y por un momento me quedé traspuesto.

—He estado a gusto —le dije a modo de despedida cuando llegamos al coche.

—Yo también.

—Pásatelo bien en América.

—Y tú pórtate bien con Nadia. No la atormentes como hiciste conmigo.

—Pero qué dices. Te quise mucho.

—Podías haberlo hecho mejor.

—Y también peor.

—Sin duda. Por eso recuerda que, si le fallas a esa pobre chica, sé cosas de ti que podrían hundirte.

Lo dijo como quien no quiere la cosa, con un tono alegre, y por un momento, un largo momento, fue como si me pincharan el estómago con una aguja y la extrajeran de golpe.

—Pues anda que yo... —repliqué con un tono igual de alegre—. Así que pórtate bien.

Íbamos a besarnos en la mejilla, pero en el último instante cambiamos de idea y nos dimos un beso suave en los labios.

—Ándate tú con cuidado —insistí entre risas.

5

Aquel encuentro trastornó un poco mis últimos días de soltero. Hasta entonces no me había dado cuenta de que una época de mi vida estaba a punto de cerrarse y me sorprendí pensando con aprensión que en mi estado actual de prometido, de marido, el simple hecho de evocar los momentos más apasionados que había vivido con la mujer a quien había amado y por la que había sufrido suponían una ofensa a la que ahora me amaba y me hacía feliz. Pero exageraría si dijera que me sentía culpable porque todavía deseaba a Teresa. En realidad, lo que sucedió fue que, pensando en ella, me vino a la mente una obsesión de la infancia que nada tenía que ver con el erotismo.

Cuando contaba siete u ocho años, había estado a punto de saltar por la ventana en más de una ocasión. En aquella época vivíamos en el tercer piso de una casa que daba al campo: árboles frutales, plantas, perros, gatos, corrales. Me encerraba en el baño, me asomaba a la ventana apoyado en el estrecho alféizar —en los momentos de mayor determinación llegaba a sentarme en él con las piernas colgando en el vacío— y miraba hacia arriba, el cielo azul o gris con nubes blancas alargadas por el viento, y hacia abajo, la franja de asfalto, el sendero empinado que conducía a los campos. Probablemente era un niño infeliz, es más, lo era, pero nunca fui del todo consciente de que si saltaba moriría. Al contrario, estaba seguro de que si me tiraba no me haría ningún daño, ni siquiera me rompería un hueso, y que el salto sería muy divertido. Sin embargo, aunque estuve mil veces a punto de

saltar, nunca lo hice. Creo que renuncié a causa de una incongruencia: la certeza absoluta de que era invulnerable convivía en mi mente con la certeza igualmente absoluta de que si la puerta del baño se hubiera abierto de repente y alguien me hubiera empujado en broma mientras estaba sentado en el alféizar, la empresa habría perdido su encanto, me habría caído y me habría matado. No logré resolver esa contradicción y la posibilidad del salto prodigioso perdió fuerza. Renuncié a ella como tiempo antes había renunciado a hacer buenas volteretas sobre una barra de hierro que había en el patio: un compañero me dio una colleja y me hizo caer de bruces.

Durante días, sin motivo aparente, asocié esta anécdota de mi infancia a la historia adulta con Teresa; quizá la combinación se produjera en el instante en que la miraba alejarse con la vespa mientras buscaba en el bolsillo las llaves del Renault 4. Transcurrieron las horas y Teresa se desvaneció, pero el escenario de la ventana, del campo y del vacío siguió persiguiéndome durante días como un estribillo pegadizo. Después, en vísperas de la boda, de buenas a primeras y siempre de manera incongruente, casi del interior de aquel recuerdo de infancia surgió de repente un pensamiento: ¿Y si Teresa, en uno de sus arrebatos, localiza a Nadia y le cuenta mi secreto solo por darse el capricho de atarme a mis responsabilidades?

A partir de ese momento empecé a preocuparme. Pasé un día entero angustiado y por la noche no pude dormir. A la mañana siguiente, a fin de tranquilizarme, decidí llamar a mi exnovia para recordarle con la máxima seriedad que habíamos hecho un pacto: no contar a nadie, jamás, la confidencia que nos habíamos intercambiado. Pero cuando la llamé, descubrí que el número ya no estaba disponible. Fue una suerte, ese contratiempo me devolvió la cordura. Me di cuenta de que si hubiera hablado con Teresa, ella habría hecho todo lo posible para avivar mis temores; y si la hubiera amenazado con revelar su secreto por desquite, habría disfrutado aún más replicando: «Hasta ahora no tenía la intención de desenmascararte, pero después de esto he cambiado de opinión». Así que lo dejé correr y fui a casarme. Nadia había deseado que nos casáramos por la Iglesia, yo habría preferido

una boda por lo civil, pero la quería y, como suele decirse, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Durante la ceremonia, medio en broma medio en serio, temí que cuando el sacerdote dijera: «Que hable ahora o calle para siempre», aparecería Teresa gritando: «¡Alto! Me opongo a esta unión, estoy al corriente de hechos que es mi deber hacer públicos». Naturalmente no sucedió. Nadia y yo nos convertimos, sin contratiempos y en un ambiente alegre, en marido y mujer.

6

Los primeros años de matrimonio fueron, en muchos aspectos, felices. Los dos trabajábamos en el mismo instituto de las afueras de Roma y habíamos alquilado, a un precio irrisorio, un bonito piso en un edificio independiente de Montesacro que pertenecía a unos parientes abruceses de Nadia, natural de Pratola Peligna, como toda su extensa familia. Lo decoramos con esmero, aunque al decir «nosotros» me atribuyo un mérito ajeno: se ocupó sobre todo ella, yo me limité a organizar los libros, algunas fotografías y mis cartapacios en el cuartito helado que elegí como estudio.

Era una casa alegre. Por las mañanas, la luz inundaba las habitaciones; enseguida nos sentimos muy a gusto. El edificio ocupaba el centro de un jardín del que emanaban aromas embriagadores: según la estación, olía a fresas, setas o resina y, casi siempre, a tierra mojada. Desde los balcones se veían los jardines de otras casas y un edificio de los años cincuenta que, tanto si hacía sol como mal tiempo, parecía el perfil de una bestia tranquila. Ciertas mañanas, el cielo azul estaba velado por una neblina inmóvil que desdibujaba el contorno de los alerces, y todo parecía milagrosamente suspendido, ajeno al tráfico intenso de los coches que, a dos pasos de allí, se dirigían a la carretera de circunvalación.

Nadia había estudiado en la Universidad de Nápoles, donde había

vivido hasta que acabó la carrera. Tenía buenos recuerdos de la ciudad, pero no la amaba. Adoraba, en cambio, cada una de las piedras y las hojas del valle Peligna, y cuando alababa la calidad del aire —el aire de su infancia— parecía que hablase de su madre, una alegre maestra de primaria que se dirigía a los adultos con el mismo tono que siempre había usado con los niños. De hecho, habíamos ido a parar a aquella casa de Montesacro no tanto porque el alquiler fuera bajo, sino porque las paredes y el lugar eran espacios familiares para Nadia; allí, rodeada de vegetación, se sentía segura, la ligereza que la densa ciudad asumía en esa zona la tranquilizaba.

A mí —debo admitirlo— me costó adaptarme al idilio matrimonial: los idilios nunca habían sido mi fuerte. Mientras estuve soltero, no veía la hora de que llegaran las vacaciones de Semana Santa, Navidad, los fines de semana o incluso mi día libre para ir a Nápoles, mi ciudad natal, al Vasto, el barrio donde tenía familiares, amigos y recuerdos de la infancia y la adolescencia. Pero también me gustaba quedarme en Roma, en el pequeño piso de una sola pieza de San Lorenzo que había compartido con Teresa, escenario de días de estudio, pasiones políticas, discusiones sobre el estado de planeta, veladas alcohólicas y partidas de póquer con mis amigos e historias de amor felices o tempestuosas. No es que Montesacro no me gustara, estaba bien allí, pero mi manera de disfrutar del tiempo libre no coincidía con la de Nadia. Ella prefería quedarse en casa estudiando, pasear por las calles silenciosas de nuestro barrio o por los jardines de las grandes villas de la ciudad —Villa Torlonia, Villa Borghese, Villa Ada—, o mejor aún, ir de excursión en coche a las localidades de los Abruzos, que conocía al dedillo, o pasar el domingo en Pratola con su familia, sobre todo con su padre, un hombre silencioso, profesor de Ciencias, director de instituto desde hacía años. Qué se puede decir: al principio sentí nostalgia de la vida de soltero, pero como todo lo que le gustaba a ella también me gustaba a mí, pronto acabó gustándome su manera de disfrutar del tiempo libre.

Nadia, por supuesto, había notado enseguida mi malestar soterrado y cuando me oía hablar por teléfono con las personas a quienes había frecuentado unos años antes, me decía: «Ve, se nota que para ti son

importantes, me alegro de que quedes con ellos, o mejor, invítalos, quiero conocerlos, tenemos sitio, demos una fiesta». Pero yo respondía: «No, no, prefiero estar contigo». Y era verdad, me gustaba mezclar mi tiempo libre con el suyo, charlar con ella, escucharla cuando trataba de explicarme el tema que había desarrollado en su tesis, en el cual seguía trabajando gracias al apoyo de un anciano profesor que la apreciaba mucho. Pero debo admitir que no entendía nada de superficies algebraicas, y se lo confesaba avergonzado: «Soy un humanista de tres al cuarto que no se quedó en el *rosa, rosae, rosae, rosam*. Cuánto me habría gustado, Nadia, poseer una mente como la de Galileo, capaz de comprender las bellas letras y los máximos sistemas, pero no la tengo». No obstante, le prometía que me esforzaría todo lo posible para comprender el objeto de sus estudios, «porque —le susurraba abrazándola— quiero saberlo todo de ti, absolutamente todo», y acto seguido la besaba dejándome llevar por el afán de cubrir de besos cada centímetro de su piel. Ella se reía, y se retorcía. De hecho, se retorcía enseguida y daba patadas. «Quieta —la advertía—, déjame ver qué tienes ahí, no te rías, si te resistes acabaré haciéndote daño», y con voz ronca, de ogro, la llamaba Nigritella, Nigritella Rubra, como la famosa flor del valle Peligna, que era su mote cariñoso, el de la pasión sin fin y el sexo insaciable.

Mientras tanto, publicaron mi ensayo breve en una revista cuatrimestral de enseñanza. Nunca había sido muy ambicioso, tenía suficiente con el trabajo de profesor, las lecturas, los amigos y los afectos que llenaban mi vida. Pero había colmado el vacío que me había dejado Teresa escribiendo aquellas pocas páginas y, después de haberlas tenido reposando un tiempo, las había dado a leer a un amigo ducho en la materia. Al cabo de varios meses, durante los cuales no nos habíamos vuelto a ver ni a llamar, una colega muy guerrera, a la que conocí en unos cursos superficiales a los que había asistido diligentemente para conseguir la habilitación para la enseñanza, me llamó al instituto y me dijo:

—¡La que has liado!

—No sé de qué me hablas.

—Has escrito que la enseñanza que impartimos solo es útil para quienes no la necesitan.

—¿Yo? Qué va.

—Embustero. Lo tengo aquí delante, claro como el agua. Y no soy la única indignada, todos estamos enfadados. Vamos a escribir una carta en la que diremos que una revista seria no debería haber publicado un texto tan superficial.

—Lo has malinterpretado, hablaba en general, no me refería a profesores como tú.

La vida pública de mi ensayo empezó con aquella llamada dolorosa; tanto fue así que no compré la revista y evité hablar del asunto con Nadia con tal de olvidarme lo antes posible del texto y de la llamada. En cambio, compré el número siguiente porque mi amigo dio señales de vida y me anunció, negándose alegremente a ser más explícito, que en la publicación recién editada encontraría una agradable sorpresa. Descubrí que la redacción había dado voz a la carta de mis compañeros, cuyas críticas no eran tan encarnizadas como yo creía, es más, su tono era apacible y estaba fundadamente argumentada. Pero —y en eso consistía la sorpresa— la carta estaba insertada en una intervención mucho más amplia, firmada por un pedagogo entonces muy famoso, Stefano Itrò, que alababa mi breve ensayo sin medias tintas, incluso exagerando un poco.

Cuando le leí a Nadia las dos intervenciones, en la cocina, mientras fuera, recuerdo, arreciaba un frío siberiano y el viento azotaba los muros del edificio produciendo sonidos alarmantes, me preguntó:

—¿Por qué no me habías hablado nunca de eso?

—¿A qué te refieres?

—A tu ensayo.

—Cuando lo escribí todavía no estábamos juntos.

—Pero tampoco lo has hecho ahora, que estamos casados.

—No me pareció importante. Tú trabajas con cosas muy serias, yo he escrito cuatro tonterías.

—¿Ella lo leyó?

—¿Quién?

—Esa con la que estabas antes de mí.

—¿Te refieres a Teresa? No, ya habíamos roto.

—Yo te cuento todas mis aspiraciones, tú no me cuentas nada.

—Voy a buscarlo ahora mismo y te lo leo en voz alta, de cabo a rabo. Te darás cuenta de que no vale la pena.

La respuesta, contrariamente a la amabilidad que nos mostrábamos, fue incisiva:

—Si no vale la pena, no me hagas perder tiempo.

Al cabo de unos días comprendí por qué estaba tan tensa. Justo aquella mañana había llevado una muestra de orina al laboratorio para saber si estaba embarazada. Lo hizo sin avisarme, corrían tiempos en que las mujeres como Nadia (no como Teresa, que a la primera señal de malfuncionamiento de su mecanismo menstrual, me decía: «¿Estás seguro de que no me has hecho una jugarreta?») evitaban hablar de ciertas manifestaciones de su cuerpo que las incomodaban un poco. Una tarde, volví a casa de una aburrida reunión en el instituto y la encontré feliz. Sí, estaba embarazada, y el hecho de que no le hubiera hablado del ensayo ya no tenía importancia para ella.

7

Los nueve meses de gestación pasaron volando. Mi mujer no prestó atención a las náuseas, vomitó con discreción y afrontó con entereza los dolores del parto y el alumbramiento. Se puso en pie a los pocos días para aparentar —incluso ante sí misma— que no había sufrido y que el parto no le había dejado secuelas. Así fue como me encontré entre los brazos a mi primera hija, Emma —un pequeño ídolo bien torneado de color violáceo—, como si Nadia no la hubiera expulsado obedeciendo a su organismo, sino que la cigüeña en persona nos la hubiera llevado con suavidad.

Me sentí muy orgulloso. No había cumplido los cuarenta, me gustaba

mi trabajo, estaba felizmente casado y tenía entre los brazos la réplica perfecta de un cuerpo femenino vivo a cuya realización había contribuido en la medida de mis posibilidades. Además, gracias al ensayo, desde hacía algunos meses me invitaban de vez en cuando a hablar de enseñanza. Pero aún hubo más. Justo el día en que Emma cumplió seis meses, me llamaron de una prestigiosa editorial. Una voz firme de mujer, probablemente una secretaria eficiente que no quería perder tiempo, dijo:

—Me llamo Tilde Pacini, ¿puedo pasarle al profesor Itrò?

Una llama de asombro me inflamó el pecho, como si al encender el gas para hacer el café temprano por la mañana hubiera sentido que el pijama prendía fuego. El profesor Itrò era el pedagogo que había elogiado mi ensayo sin medias tintas, y al oír su nombre no logré controlarme: emití un sonido gutural, una especie de entusiástico y salvaje «uh». Tilde preguntó:

—No lo he entendido, perdone, ¿está ocupado ahora?

—No, no, pásemelo, gracias.

Después de hacerme algunas preguntas sobre dónde impartía clases, desde cuándo y cuáles eran mis asignaturas, Itrò me propuso transformar mi ensayo en un breve volumen para una colección a su cargo.

—Cien páginas —dijo.

—Imposible, son demasiadas, nunca lograré escribir cien páginas.

—Ya verá como escribirá trescientas y tendrá que recortar.

—¿Puedo pensarlo un momento?

—Tómese todo el tiempo que quiera.

Esta vez hablé con Nadia de inmediato, que primero se alegró —exclamó dos veces «¡Qué bien!» con ojos cansados—, y después, en cuestión de minutos, empezó a preocuparse.

—¿Cómo lo haremos?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué hacemos con Emma? No puedo llamar continuamente a mi madre y a mi hermana.

—Trabajaré por las noches, mientras duerme.

—¿Estarás mucho fuera de casa?

—No creo.

—Porque yo tendré que ir a Nápoles, no me queda otro remedio si quiero cumplir con la universidad.

—Por supuesto.

Llamé a Tilde Pacini, le dije que aceptaba, y al cabo de dos semanas me llegó el contrato para firmar. Por lo que a mí respecta, lo habría firmado al momento para enviarlo enseguida a la editorial, pero Nadia quiso estudiarlo con detenimiento. Lo leyó y releyó buscando en las cláusulas y en la letra pequeña las señales de una amenaza contra nosotros y, por consiguiente, contra nuestra hija, pero lo único que encontró fue que el anticipo, objetivamente una miseria, era muy bajo. Le agradecí su empeño, la besuqueé, le expliqué que para mí escribir ese libro era sobre todo un pasatiempo, un ejercicio de caligrafía. Ella por fin me dejó firmar, aunque parecía una Penélope aconsejando en vano a Odiseo que, si por casualidad se topaba con las Sirenas, se pusiera tapones en los oídos y solo pensase en el futuro de Telémaco.

Escribí el libro, que no pasaba de ochenta páginas, en poquísimo tiempo. Fue difícil compaginar el cuidado de Emma con el hecho de que Nadia debiera ir a Nápoles a encontrarse con su profesor y yo de vez en cuando tuviera que escaparme a la biblioteca en busca de información. Pero la madre de Nadia nos ayudó mucho, Nadia se sacrificó un poco más de lo que solía hacerlo y yo pude entregar el libro con puntualidad.

Lo llevé en persona a la editorial y en aquella ocasión conocí a Tilde. Tenía unos cuarenta años y una cara bonita e inteligente, de esas con huesos diminutos, ojos pequeños y rasgados bajo un pelo rubio oscuro, y el cuello largo como un tallo, que se erguía sobre un vestido azul de lana. También conocí a Itrò, que rondaba los sesenta y era bajo, delgadísimo, de mirada vigilante como si temiera que en cada pasillo y detrás de cada puerta lo esperara una emboscada. Comimos en un buen restaurante cerca del Panteón y los dos se mostraron cordiales. Al cabo de una semana, su cordialidad se convirtió en entusiasmo. Tilde me dijo alegremente por teléfono: «Buenas noticias, no le digo más; lo

esperamos mañana a las cuatro de la tarde en la editorial».

Llegué casi una hora antes, que pasé dando vueltas alrededor del edificio en un estado de desagradable agitación. En cuanto me recibió, Itrò dijo con solemnidad que el libro había superado con creces sus expectativas, había hecho realmente un buen trabajo. Tilde —que no era una secretaria, sino una redactora, como pude descubrir entonces— se expresó con más moderación.

—Usted —me dijo— es una persona honrada de verdad. Honrada y a la vez ingenua, una mezcla insólita que lo convierte en un hombre libre.

—Gracias.

—Tendremos que revisar un poco el texto, poca cosa, el grueso del trabajo está terminado.

—De acuerdo, estoy a su disposición.

Trabajamos en el libro un par de meses. Fui a la editorial dos veces por semana, lo que provocó un auténtico desbarajuste en la organización familiar establecida por Nadia. Pero era un caos necesario. Tilde comprobó una por una mis afirmaciones, citas y las escasas cifras que daba y encontró numerosas incongruencias en la argumentación, algún que otro error bibliográfico e incluso un error de ortografía. Congenié mucho con ella; era buena en su trabajo, pero también graciosa. Descubrimos que teníamos muchos amigos en común, gente entre treinta y cuarenta años que luchaba por un mundo mejor, y, por consiguiente, por una enseñanza mejor. Resultó que en el pasado yo había tenido relación con su marido. Él se acordaba de mí, yo de él no, pero le dije que sí.

—¿Haces a menudo ese ruido? —me preguntó una vez, cuando ya teníamos bastante confianza, mientras nos concedíamos un descanso tomando café en un pasillo desangelado de la editorial.

—¿Qué ruido?

Emitió un ruido gracioso; la señora comedida y distante que era se transformó bruscamente, por un instante, en una simpática niña haciendo muecas.

—¡Uh!

—No, lo hice solo esa vez.

—Repítelo, por favor.

—¡Uh!

Me dio un cachete.

—Sí, eres una persona realmente honrada.

En aquel momento llegó Itrò, que se unió a la conversación, y, sin venir a cuento, me preguntó con su vocecita de gran señor cultísimo:

—¿Usted está casado?

—Sí.

—¿Qué hace su mujer?

—Es profesora en el mismo instituto que yo, donde nos conocimos. Pero colabora con la Facultad de Matemáticas de Nápoles, es muy buena.

—Bien, a ella también le encargaremos un pequeño volumen, dígaselo.

—Sí —dijo Tilde—, sobre la enseñanza de las asignaturas científicas, el gemelo del tuyo.

—Tenemos una niña que no ha cumplido el año y absorbe todo nuestro tiempo.

—Le encargaremos otro a la niña —bromeó Itrò.

8

Por lo que recordaba, nunca me había gustado, ni de pequeño ni de mayor. Aquella tarde, en cambio, mientras volvía en autobús a Montesacro, me puse a pensar que la concomitancia de varias circunstancias —la ruptura con Teresa; la época de dolor por un amor acabado, que había llenado escribiendo un breve ensayo de éxito; la boda con Nadia; el nacimiento de Emma; el libro y la afectuosa acogida de una persona estimada como Itrò y de una mujer competente como Tilde— me estaba transformando en alguien mejor. Sin embargo, había

algo en aquella lista que no me gustaba. El autobús recorría la penumbra de la Nomentana bajo la lluvia batiente, que deshojaba las largas hileras de plátanos ennegrecidos por la contaminación, cuando me di cuenta de que entre los hechos positivos de mi vida reciente había introducido la ruptura con Teresa. En aquel momento me pareció mezquino. Lo peor de la pareja que fuimos había quedado reducido a cenizas que, observadas a distancia, mostraban en su superficie un diseño ligero, bien mirado tolerable. Y el tiempo que habíamos pasado juntos, disfrutando el uno del otro, ahora que ya no nos atormentábamos mutuamente me parecía de una plenitud e intensidad maravillosas. Mientras subía a pie hacia casa, luchando con el paraguas que el viento, con ráfagas repentinas mezcladas con lluvia, tendía a transformar de cúpula en cáliz —que fácil es cambiar la forma de las cosas con las palabras—, pensé: Quién sabe dónde estará, qué hará, tengo que dar con ella, escribirle, darle la buena noticia del libro, contarle que mi vida ha tomado un nuevo rumbo.

Pero cuando entré en casa, me olvidé de Teresa. Lo encontré todo desordenado, a Emma llorando y a Nadia nerviosa. Traté de tranquilizar inmediatamente a mi mujer, de hacerla reír mientras calmaba a Emma y le daba, recurriendo a muecas y carantoñas, la papilla que le rechazaba a su madre. Al final cenamos, y después fregué los platos sin dejar de distraer a la pequeña, que balbuceaba en su trona; quise acostarla yo, a pesar de que conmigo se resistía a adormecerse porque me gustaba verla feliz y me costaba dejar de jugar con ella. Cuando por fin se durmió, fui a buscar a Nadia, que se había puesto a estudiar, malhumorada. Le conté cómo había pasado la tarde en la editorial, le dije que el libro pronto iría a imprenta. La besé en el cuello, susurré:

—Vamos a la cama, Nigritella.

—Ve tú, tengo que trabajar, y si sigues hablándome de tus cosas no me quedará más remedio que quedarme levantada toda la noche.

—¿No puedes trabajar mañana y abrazarme un rato?

—A fuerza de dejarlo para mañana, acabaré por no trabajar.

Me di cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar e intervine

rápidamente.

—Ahora que he acabado el libro, yo me ocuparé de todo.

—Ya...

—Sabes que lo haré. Quiero presentarte a Itrò y a Tilde Pacini. Son unas bellísimas personas.

Se tragó las lágrimas.

—¿Son amantes?

—Qué va, él está casado y tiene cuatro hijos, y Tilde también está casada, su marido es muy simpático. Lo conocí en la época de la universidad. Tienen dos niñas, una de ocho años y otra de doce.

—Invitémoslos a cenar.

—Sí, quiero invitarlos a los dos. Él tiene pensado encargarte un libro parecido al mío, pero para las asignaturas científicas.

Creía que la idea la pondría de buen humor, en cambio Nadia se ensombreció todavía más.

—¿Eres consciente de que llevo años trabajando en algo decisivo para mi futuro en la universidad? —dijo, esta vez con los ojos secos.

Asentí con la cabeza, no repliqué. La dejé trabajando y me fui a dormir.

9

Al día siguiente llamé a una amiga con quien Teresa había compartido piso antes de mudarse a mi estudio de San Lorenzo. Fue ella la que me dijo que Teresa se había ido de Wisconsin y, con una de sus sorprendentes jugadas, había volado al MIT y vivía en Boston. Esta amiga no sabía cuándo ni por qué se había producido ese cambio de sede y perspectivas, pero «lo cierto —dijo— es que siempre ha sido buena y estará haciendo algo importante, tanto es así que he encontrado su nombre entre los de otros prometedores jóvenes estudiosos de medio mundo en una prestigiosa revista científica

norteamericana».

Esa información, en vez de alegrarme, me produjo ansiedad. Había llamado para saber de Teresa y, sobre todo, para conseguir una dirección donde escribirle. No contaba mucho con ello (si la sabe, bien; si no la sabe, también), pero en cuanto se la pedí, me percaté de que la amiga, que debía saberla, habría preferido no dármela. Para justificarme dije una frase como «El amor pasa, pero el afecto no», o algo parecido, y dejé caer que quería enviarle un libro mío que estaba a punto de publicarse. Al final, la amiga me dio la dirección, pero me pareció que no las tenía todas consigo.

En cuanto colgué, descubrí que la ansiedad había aumentado y que ya no me apetecía escribir a Teresa. Qué iba a decirle, qué sentido tenía hablarle de mi ensayo sobre la enseñanza. Vivía en Estados Unidos, estudiaba en el MIT, quién sabe qué maravillas hacía. Quizá me había olvidado del todo, quizá también se había casado, a su manera, desenfadada y sin compromiso, y convivía con algún científico tan prometedor como ella. Pero, sobre todo, la conocía muy bien: Teresa tendía a ser brillante y creativamente malvada. Sus maldades, por lo general, no trabajaban en la sombra, con medias palabras dirigidas a buenos entendedores, sino que apuntaban directas al objeto de su ataque, a quien se las restregaba por las narices con un estallido de inteligencia que acababa divirtiendo a los presentes e incluso a la propia víctima. Era, pues, previsible de qué sería capaz en un momento de triunfo, de absoluta plenitud. Temiendo que pudiera alterar mi lábil bienestar, dejé el papel con la dirección en la taquilla del instituto y me atuve a representar el papel del individuo, según Tilde, honrado hasta la ingenuidad, es decir, libre, que era justo lo que quería ser.

Pero el hilo de la ansiedad nunca se cortó del todo. Una mañana me vino a la mente la conversación con la amiga de Teresa. A mi pregunta: «¿Tienes su dirección? Me gustaría escribirle», había seguido esa fracción de segundo en que el interlocutor duda entre decir la verdad, que tiene en la punta de la lengua, o urdir una mentira rápidamente. Podía haber mil explicaciones para el silencio perplejo que llenó ese fragmento infinitesimal, pero en este caso lo que importa es lo que

pensé: Quizá Teresa le haya contado algo desagradable sobre mí y por eso ha dudado.

Esa conjetura transformó la ansiedad en preocupación, e incluso en miedo. ¿Cabía la posibilidad de que Teresa le hubiera revelado a su amiga la confidencia que yo le había hecho? No —traté de convencerme—, es imposible, tiene muchos defectos, pero no es una chismosa, no va por ahí aireando los asuntos ajenos, si promete guardar un secreto lo cumple. Sin embargo, no logré tranquilizarme y busqué la dirección. Ya no me movía el afecto, sino que quería escribirle porque la sentía lejana e incontrolable como un cometa que deja a su paso influjos nefastos. Esperaba que la carta me acercara a ella, que me permitiera saber si tenía la intención de hacerme daño. El libro estaba a punto de salir, Tilde e Itrò lo consideraban la plasmación por escrito de mis cualidades profesionales y humanas, lo último que deseaba era que se difundiera algún rumor que me desacreditara. Redacté la carta, tres o cuatro folios, con el tono irónico de siempre. Tras felicitarla por lo que definía como «sus éxitos norteamericanos», mencionarle el nacimiento de Emma, mis asuntillos italianos, y comentar largo y tendido que la vida empeora para algunos y mejora para otros, recalcando que nosotros pertenecíamos a la segunda categoría —en efecto, ambos estábamos dando lo mejor de nosotros mismos—, escribí antes de despedirme: «Menos mal que rompimos, era la única manera de seguir queriéndonos». Besos y abrazos. Después envié la carta como cuando, en una senda solitaria de montaña o del campo, se saluda amigablemente a un desconocido esperando una respuesta igual de tranquilizadora.

A partir de ese momento me sentí aliviado. Daba por sentado que me respondería, con su habitual tono desencantado, algo así como: «Querido, yo nunca te amé, pero ya que te estás comportando bien puedo empezar a hacerlo ahora». Aunque, en efecto, esperaba algo más, una especie de renovación explícita de nuestro pacto de confidencialidad. Una parte considerable de mí temía que el dique cediera y mis fechorías se desbordaran. Deseaba que Teresa me dijera: «El dique aguanta, tonto, no hay peligro».

Esperé varias semanas, la respuesta no llegó. Volví a preocuparme, pero era tan evidente que me inquietaba por nada que al final me olvidé del asunto. Más aún porque pronto tuve otras cosas en las que pensar: mi libro apareció en las estanterías de las librerías. Tilde mantenía buenas relaciones con las redacciones de los periódicos, por no mencionar que en aquella época el nombre de Stefano Itrò era muy importante, una garantía de calidad. Ambos se aseguraron de que, en cosa de un mes, se publicaran reseñas aquí y allá, que incluso cuando criticaban el libro le reconocían numerosos méritos. Leyéndolas una tras otra, lo que más me emocionó fue que no solo quienes me conocían y me apreciaban se habían forjado una imagen de mí que por fin encajaba con la persona en que estaba logrando convertirme, sino también los reseñadores, gente que no me conocía de nada. Tanto mis partidarios como mis detractores acababan reconociendo que era riguroso y culto, a veces desencantado, pero nunca desapegado.

Tilde se alegró mucho. A modo de resumen, con un tono solemne que jamás le había oído (era una mujer que aborrecía las frases afectadas), dijo: «Reconocen tus cualidades fundamentales: nobleza de corazón e inteligencia fina». El mismo Itrò leyó atentamente las reseñas y concluyó: «Siento que el público también te acogerá con entusiasmo». Pero al principio su previsión fue inexacta. Tilde organizó una presentación de mi libro en la librería Feltrinelli de via del Babuino. Juntó a un pedagogo tan famoso como Itrò, a una directora de instituto peleona, a un profesor algo gris y a un estudiante empollón, que hablaron demasiado rato ante unas cuarenta personas, entre las cuales se hallaban mis compañeros de instituto que quisieron participar, algún que otro alumno fiel, Nadia y su familia, y, naturalmente, Emma, que no dejó de protestar porque quería que la cogiera en brazos y jugara con ella justo mientras balbucía unas frases sobre mis intenciones como autor. Discutimos tanto entre nosotros que al final no hubo tiempo para el debate. Solo tomó la palabra un tipo fornido, de labios finos, con una

frente que se le comía la cara. Dijo: «Si este libro tiene éxito, pasará mucho tiempo antes de que podamos afrontar el tema de la enseñanza con seriedad», y acto seguido desapareció mientras los oradores y el público hacían gestos que denotaban su malestar. Por suerte, Nadia y Emma les cayeron muy bien a Tilde y a Itrò. Los dos, de diferente manera, me preguntaron por qué no les había presentado antes a mi mujer, tan guapa e inteligente, y a mi extraordinaria hija.

Nadia también pareció contenta de haberlos conocido y cuando volvimos a casa me habló de ambos con simpatía. En la cama, antes de apagar la luz, aludió al comentario mordaz del tipo de labios finos, tratando de confortarme. Dijo: «No puedes imaginarte la rabia que me ha dado, qué hombre tan odioso, la de bofetadas que le habría dado. Menos mal que tú has permanecido impasible, eres una buena persona. —Y concluyó—: Debemos velar por nuestra familia, te lo ruego, es lo único que cuenta». Le di la razón, pero me costó conciliar el sueño. Estuve alrededor de una hora maquinando réplicas demoledoras al comentario del desconocido maleducado y tratando inútilmente de ahuyentar a Teresa, que desde el MIT me decía muy alegre: «Querido, la has tomado con el único que tenía un poco de espíritu crítico». Sin embargo, al día siguiente me sentía tranquilo. Había escrito el libro con sinceridad, desempeñaba bien el trabajo de profesor y, bien mirado, la organización familiar funcionaba. Abracé a Nadia, que seguía durmiendo, y, como en los últimos tiempos le había costado que su huraño profesor la recibiera, la animé a aprovechar el día libre para ir a Nápoles, enfrentarse a la eminencia e instigarlo a pronunciarse abiertamente sobre su futuro académico. Me llevé a Emma al trabajo, se la confié a una alumna y di clase a los chicos mientras las chicas fingían escucharme pero jugaban con la niña. A la salida compré un álbum para guardar las reseñas y por la tarde las coloqué en las páginas de celofán con la alegre colaboración de Emma. También coloqué en una estantería de mi gélido estudio los tres ejemplares justificativos de mi ensayo y di por concluida aquella breve experiencia.

Mi mujer volvió ya entrada la tarde, cansada, apagada. En esencia, dijo lo mismo que yo había pensado de mí y de mi libro, pero con un

tono más dramático: «Mi experiencia con la universidad ha terminado, el profesor no ha leído una sola página de lo que le entregué hace un mes, o quizá sí, debe de haberlo leído y se ha dado cuenta de que no estoy a la altura del esfuerzo que exige el trabajo de investigación». Traté de animarla, de sonsacarle los pormenores de lo que había dicho el profesor, y me aferré a frases sueltas para convencerla de que estaba exagerando, que en realidad la tenía en gran estima, que el anciano pronto leería sus ecuaciones, o lo que fuera, y todo se arreglaría.

Era lo que sinceramente esperaba para ella. Pero las cosas salieron de otra manera, fue mi condición la que mejoró. Tilde me llamaba a menudo para comunicarme que se había publicado una nueva reseña, que me habían invitado a una librería, a un instituto o a un par de seminarios, en definitiva, que mi libro se movía, circulaba. Desorientado y algo ansioso, me encontré, como suele decirse, con los lectores, es decir, personas que habían pagado para leerme y que encima tenían ganas de intercambiar impresiones conmigo.

—¿Quiere usted decir que en las actuales condiciones no se puede hacer un buen trabajo?

—Sí.

—Es decir, ¿que hay que cerrar escuelas e institutos?

—No.

—¿Entonces?

—El problema es la desigualdad.

—¿En qué sentido?

—Si usted goza de muchos privilegios naturales y sociales, mientras que yo no tengo ninguno, ¿puede la enseñanza sacar lo mejor de cada uno tratándonos como si fuéramos iguales?

Al principio carraspeaba, me quedaba en silencio largo rato, tartamudeaba. Me sentía incómodo: excluyendo las clases, rara vez había hablado en público. Cierto, a veces me había visto obligado a tomar la palabra en el consejo escolar o en las asambleas de estudiantes —donde entonces se mantenían acaloradas discusiones—, y, he de reconocerlo, nunca había salido especialmente airoso. Pero poco a poco descubrí que si se trataba de mi libro, superado el empacho inicial, me

sentía como si estuviera en clase hablando, por ejemplo, de Quintiliano o Cicerón. Era tal el deseo de obtener y captar la atención del público, de percibirlo receptivo y a la vez reactivo, que no solo me volvía convincente, sino que resultaba cautivador. Sabía mejorar, en la exposición oral, la calidad de mi prosa, y cuando aparecía algún denigrador como el tipo de Roma o asomaban la cabeza los inevitables guardianes de la política escolar ortodoxa —clones que repetían todas y cada una de las palabras y tonos que había usado tiempo atrás la compañera de la llamada amenazadora—, lograba rebatirlos con una ironía elegante que gustaba.

Conciliando los viajes con mis obligaciones laborales, me desplacé a menudo, al principio sobre todo a pueblecitos de los Abruzos, gracias a las amistades de los padres y los familiares de Nadia, que eran maestros y profesores desde hacía generaciones. Fue un periodo de rodaje, no sabía exactamente qué decir y soltaba lo que se me ocurría. A veces alguien se molestaba.

—Así que estás en contra de los primeros de la clase, de los buenos, de los que estudian en serio.

—No.

—Acabas de afirmarlo.

—Solo trataba de decir que cuanto más repiten palabra por palabra nuestras lecciones, más tendemos a considerarlos buenos alumnos.

—¿Y no lo son?

—Claro que sí, pero corremos el riesgo de dejarnos deslumbrar por los que se parecen a nosotros y no reconocer inteligencias diferentes a las nuestras.

—No lo entiendo.

—Mira, si reconozco en ti la grisura del pequeñoburgués culturizado y te premio con notas altas, se corre el peligro de que ni siquiera tome en consideración, o incluso castigue, a los que no se adecúan a mi inteligencia mediocre.

Al principio dábamos vueltas al asunto con cierto nerviosismo. Pero con el tiempo me percaté de que algunas fórmulas causaban buena impresión y aprendí a memorizarlas —esta tengo que reutilizarla—, a

perfeccionarlas, a repetirlas en cuanto se presentaba la ocasión. Cuando decía, por ejemplo, que desde el primer día de clase mi única directriz era: «Trabaja de manera que no hagas a tus alumnos el daño que tus profesores te hicieron a ti», la mayoría de los presentes infaliblemente se entusiasmaba. Por consiguiente, cogía la ocasión al vuelo y encauzaba la discusión hacia un terreno donde ese tipo de frases podía dar mucho de sí.

—Cuando usted empezó a enseñar, ¿en qué principios basaba su trabajo?

—En ninguno, creo.

—¿Tenía como modelo a alguno de sus profesores?

—¿A mis profesores? No, en absoluto. Es más, mi única directriz era: «No hagas a tus alumnos el daño que tus profesores te hicieron a ti».

Lo pronunciaba con irónica complacencia; el repertorio se enriqueció rápidamente. «Los profesores caímos prisioneros de la escuela a los seis años y no han vuelto a ponernos en libertad». «No permitáis que el poder os instruya, aprended a instruirlo vosotros». «Una buena enseñanza fomenta la comunidad, no la camarilla». «No se trata de instruir bien a unos pocos alumnos felices, sino de instruir muy bien a muchos alumnos infelices». «Se aprende más de un desconocido que de la propia pandilla», etcétera. Esa clase de frasecitas. Parecían flores desabotonándose de golpe en el jardín gris de los debates sobre la educación de masas. Eran como oro bruñido que resplandecía en la negrura de la palabrería. Las invitaciones se duplicaron, se triplicaron, empecé a viajar no solo por los Abruzos y la provincia de Roma, sino por toda Italia. Los encuentros solían organizarlos grupos de militantes sin más recursos que su generoso compromiso político-sindical. Se ahorraba al máximo: engullía bocadillos y dormía en casa del organizador. Entraba en pisos desconocidos en plena noche y salía de ellos a primera hora de la mañana para subirme a un autobús, un tren o un coche y volver a casa o ir directamente al instituto.

Mi ausencia entristeció a Nadia y puso nerviosa a Emma. O estaba en el instituto o en algún evento, y mi mujer —me di cuenta enseguida— no la concebía como algo necesario para promocionar el libro, sino

como una astuta escapatoria para eludir mis obligaciones familiares. Insatisfacción tras insatisfacción, las cosas se complicaron cuando un día en que había vuelto muy tarde de uno de sus viajes a Nápoles, se metió en la cama sin dirigirme la palabra y yació inmóvil toda la noche. Durante días no hubo manera de sonsacarle qué había pasado. Cuando se decidió a hablarme, me dijo, palidísima:

—He dejado la universidad.

—Siempre dices lo mismo y nunca lo haces.

—Esta vez es verdad.

—Pero ¿por qué?

—Es asunto mío.

—Tus asuntos son mis asuntos.

—No, cada uno tiene los suyos. Son cosas completamente separadas. Deja de preguntar, por favor.

11

Qué difícil es tener una relación de pareja clara. Quería a Nadia y deseaba ayudarla, pero no la amaba tanto para forzarla a que me contara lo que había pasado en la universidad, qué la había alejado para siempre de las superficies algebraicas. Desde el principio había evitado acuciarla con preguntas porque presentía que si Nadia daba rienda suelta a la rabia, al desaliento, al asco, y quién sabe a cuántas otras cosas que con encomiable dominio de sí misma había arrinconado en algún lugar de su cerebro, nos meteríamos en un asunto enrevesado. Al día le seguiría la noche y a la noche un nuevo día, discusiones, peleas, migrañas, llantos, descensos a las profundidades, la infancia, la adolescencia, las fragilidades adultas, los consejos para encontrar las fuerzas; en definitiva, una onda larga que me arrollaría. No lograría respetar los compromisos que había adquirido, la enseñanza, los encuentros, los viajes, las reflexiones, el estudio, las horas obligatorias

con Emma, los paseos en cochecito y a pie, pues nuestra hija ya caminaba sola, corría, construía frases y había dejado de balbucir.

Aclarar las cosas en la pareja, bah, quizá sea un deber, pero también un lujo que es arriesgado permitirse. La operación podía tener consecuencias lamentables tanto para Nadia como para mí, y yo estaba en una fase en que la vida me gustaba como nunca, sobre todo cuando me subía a un tren y acababa en una ciudad donde no había estado, hablando con personas que no volvería a ver. Entre otras cosas, el gabinete de prensa de la editorial había empezado a emplearse a fondo, controlaba con atención las invitaciones y apostaba por iniciativas de máxima visibilidad. Cuando me acompañaba Itrò, hacíamos frente codo con codo a un público exigente, lo cual automáticamente nos confería autoridad a mí y a mi libro, y las veladas concluían cenando con las circunspectas eminencias. Cuando en cambio me respaldaba Tilde, debía emplearme a fondo porque ella se expresaba con frases concisas, agitando las manos ensortijadas —la fina alianza de oro y otro par de anillos con piedras preciosas—, acababa en cinco minutos y me cedía la palabra. En aquellas ocasiones me impresionaba el abundante equipaje que llevaba consigo: vestidos elegantes para el viaje, más vestidos elegantes para la presentación del libro y otros igual de elegantes para la cena con los organizadores. Las cenas eran tan aburridas como las de los ilustres amigos de Itrò, pero Tilde exigía vino de calidad, nos habíamos fijado la regla de pedir platos diferentes para compartir, hablábamos mucho entre nosotros sin prestar atención a nuestros anfitriones y seguíamos haciéndolo cuando se largaban. Lo que nos contábamos hasta bien entrada la noche no puedo resumirlo en pocas palabras, eran conversaciones intensas, pero también hablábamos de cosas sin trascendencia. Lo que cuenta es que nos reíamos mucho sin motivo: yo le ofrecía un poco de pasta con mi tenedor y ella me tendía su cuchara, como si estuviera convaleciente, para que probara la sopa.

Si bien es cierto que desde los diecisiete años sabía que tratarse con ese grado de confianza e intercambiar comida y saliva eran un modo de tantear el terreno para compartir otras cosas, en aquella ocasión concreta no tenía dudas: la nuestra era una relación fraternal y si se

producía algún episodio incestuoso, nunca pasaría de un culto ejercicio metafórico.

Hasta que una mañana, en un hotel de Florencia, antes de regresar en coche a Roma, al término de un desayuno de por sí abundante, me encontré ante una enorme y mantecosa porción de tarta de chocolate de la que me había apoderado en el bufet.

—¿La compartimos? —le pregunté a Tilde.

—Imposible, estoy a punto de reventar.

—Yo también, pero es una lástima, la probaré.

El tenedor estaba sucio de un queso buenísimo, la cucharita tenía residuos de mermelada de higos. Sin pensarlo dos veces, hundí pulgar, índice y corazón en la tarta, arranqué un pedazo bastante grande y me lo llevé a la boca. Me quedó un trocito entre los dedos. «Qué buena», dije. Estaba a punto de acabármela cuando Tilde me sujetó la muñeca riendo y afirmó: «He cambiado de idea, déjamela probar». Extendí el brazo, ella se inclinó hacia mí y se metió en la boca no solo el trozo de tarta, sino también mis dedos, que retuvo entre los labios por una fracción de segundo mientras les pasaba la lengua. «¡Te he ensuciado de pintalabios!», exclamó a continuación; yo me miré los dedos y dije que no.

En el pasado, antes de conocer a Nadia y casarme con ella, un suceso como ese, a primera hora de la mañana, habría desbordado mi fantasía y hecho que me planteara inmediatamente la posibilidad de llevarme a Tilde a la cama de la que acababa de levantarme. Sin embargo, noté que ella tenía los ojos enrojecidos por el sueño, la nariz brillante de sudor, y pensé que simplemente se estaba esforzando —a las ocho menos diez, antes de subirnos al coche para viajar a Roma— para ser una buena compañía. La noche anterior nos habíamos acostado tarde, como siempre, y me había contado que sufría por sus hijas, abandonadas a su suerte, que ella y su marido trabajaban demasiado y se veían poco, lo cual era un derroche de energía porque la vida, cuando se rondan los cuarenta, se alborota, arde, se vuelve codiciosa y querría hacerse con cuanto se le ofrece. Pero ella —sobre todo ella, su marido menos— estaba demasiado cansada para secundar esa

voracidad, mentalmente cansada, y a veces —los ojos le brillaron de repente— habría querido dormir un año entero. Ya estaba todo dicho. ¿Cómo va a tener ganas de sexo?, pensé, solo faltaría que hiciera un disparate y echara a perder la opinión que tiene de mí. Así que cada uno volvió a su habitación y al cabo de diez minutos nos reunimos abajo con las maletas y partimos. Mientras conducía, insistió un par de veces en mi candor.

—Quiero ser tu amiga —dijo—, eres un subversivo ingenuo, una inteligencia pura.

Ay, cómo me gustó esa definición, siempre había querido que hablaran así de mí. Volví a casa atontado por el viaje, pero contento.

—Quizá —dijo Nadia, no recuerdo si esa misma noche o la siguiente — deberías ocuparte un poco más de Emma.

—Por supuesto.

—Pues ya está bien de tanto ir y venir.

—Estoy muy solicitado, el libro está funcionando.

—Pero no estás obligado a decir siempre que sí. ¿Eres un pedagogo? ¿Eres un sociólogo autor de una encuesta exhaustiva? ¿Has escrito la historia de la enseñanza italiana? No. Has escrito un único y breve ensayo que tú mismo, acuérdate, definiste desde la publicación de las primeras páginas en una revista como una tontería a la que no valía la pena que dedicara mi tiempo. Entonces ¿cómo es posible que le dediques tanto a una tontería y a nuestra hija casi ninguno?

Llegados a este punto, he de abrir un paréntesis para recalcar que en ese momento me abandoné con voluptuosidad a la verdad de un tópico. Pensé: Nos enamoramos de personas que parecen reales pero que no existen, son un invento de nuestra mente; a esta mujer tan decidida que vocaliza claramente al hablar, a esta mujer empoderada y mordaz, no la conozco, no es Nadia. Una cosa es la persona amada, otra la persona real a la que no conocemos hasta que dejamos de amarla. Cuánto tiempo —me dije— perdemos en las relaciones amorosas. En estos últimos años me he inventado alegremente a una persona. He disfrutado entrando en el cuerpo de una acuarela de tonos pastel que yo mismo pinté, y en la habitación de al lado hay una niña de carne y

hueso, mi hija de un año, nacida de la ficción que concebí. Estos pensamientos me hicieron sentir trágicamente solemne, congruente con mi idea de hombre que mira la vida con lucidez. Cuánto resentimiento albergaban las palabras de Nadia. Sentí que me bullía la sangre y empecé a temblar con todo mi ser como si me sacudiera un terremoto. Las palabras me temblaron en la mente, primero en voz baja y después a gritos, y alcanzaron una velocidad que las desgarró, las redujo a sílabas, y al final a gruñidos salvajes: Nadia, soy un hombre culto, leo y estudio, no necesito ningún título universitario para expresar ideas que, escúchame bien, solo yo, con calculada modestia, puedo tildar de tonterías, no tú; tú debes estudiarlas como has hecho, obtusa e inútilmente, con tus superficies algebraicas, es más, debes estudiarlas mejor y más a fondo, y sobre todo debes hablar de ellas con respeto, y no volver a atreverte nunca más a decirme cuándo, cómo y en qué tengo que emplear el tiempo, cuándo y de qué manera tengo que estar con mi hija, prepararle la papilla o la manzana rallada mezclada con plátano, porque a mí no me manda nadie, especialmente alguien que habla con su hija poniendo voces de cretina. Emma es una niña normal, es inútil y perjudicial que en vez de preguntarle: «Emma, ¿tienes sed?», le digas gimoteando: «¿Qué quiere esta nenita de su mamita, agüita?», porque, te lo diré una sola vez: si sigues así, te echo de mi vida como te han echado de la Facultad de Matemáticas, ¿entendido?

Pero mientras gritaba ese monólogo en mi cabeza, algo debió de salir, fragmentos, quién sabe —tuve la esperanza de que poco o nada—, porque Nadia, como siempre, se echó a llorar mientras murmuraba: «Suéltame el brazo, me haces daño». Y yo me asusté, no soportaba infligir sufrimiento a los demás, la dejé ir inmediatamente y le pedí perdón, le sequé las lágrimas con besos y la llamé Nigritella Rubra, tuve que recurrir a todos los números de mi repertorio. Primero se retrajo, me ahuyentó, después se abandonó a los abrazos, sollozando. Estaba agotada y deprimida. Antes de dormirse murmuró:

—¿Vuelves a estar en contacto con tu ex?

¿Contacto? ¿Ex?

—Duérmete —le susurré.

Cedió al sueño, se sobresaltó y se giró de espaldas mascullando:

—Te he dejado la carta encima de la mesa del estudio.

Así que Teresa me había respondido. Esperé a que Nadia se durmiera, me levanté con cuidado para que la cama no crujiera y me dirigí al estudio. Por fin se había dignado dar señales de vida. Pero la carta solo constaba de unas pocas letras y dos signos de interrogación: «Tienes miedo, ¿eh?».

12

Siempre había propendido a la perfección, seguramente por eso nunca me había gustado. Quería ser intachable, pero como siempre había alguien que encontraba buenos motivos para tacharme de algo, había crecido sintiéndome insatisfecho de mí mismo y temeroso de suscitar desaprobación. Por otra parte, tenía un temperamento vivo, a veces incluso alegre y curioso; por consiguiente, nunca había estado melancólicamente inactivo, y el hecho de no gustarme no me había impedido disfrutar de la vida. Así que me había acostumbrado a un equilibrio precario entre lo que deseaba ser —esto es, intachable— y lo que era, resignándome a la inadaptación, a las objeciones que conllevaba y a las críticas, que solía afrontar con medias sonrisas, ironía y la divertida superficialidad de quien admite que se ha equivocado pero que no hay para tanto.

En realidad, era solo una fachada; nunca me tomaba nada a la ligera, ni siquiera lo que no tenía importancia. Algunas veces —pocas, por suerte— sentí que se me partía el alma. Seis años atrás, por ejemplo, al acabar la agotadora evaluación de fin de curso, un compañero se dio cuenta de que me había equivocado al copiar algo —ni siquiera recuerdo qué era— y me lo reprochó a gritos delante de todos, diciendo que por culpa de mi descuido tendríamos que volver a empezar. Era cierto, era culpa mía, pero esa vez no logré dominar la situación

recurriendo a mi labia. Yo también empecé a gritar, fuera de mí: «Sí, me he equivocado, y me equivocaré más veces porque no sé aplicarme, porque no me importa una mierda lo que estamos haciendo, porque no presto atención, porque no puedo hacerlo, porque me habéis tocado los cojones entre todos, y querría veros arder con vuestros inútiles cartapacios». Pero mientras vociferaba, para mi vergüenza, la voz empezó a hacerse más aguda hasta convertirse en un humillante falsete y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Todos los presentes, incluido el compañero que me había reñido, rebajaron inmediatamente el tono. «No pasa nada —dijo alguien, quizá una de las compañeras más maternales—, todo tiene arreglo, sal un rato, ve a fumarte un cigarrillo». Y en verdad los dejé allí y salí a fumar al patio. Estaba enfurecido con ellos porque sabían desempeñar su papel y conmigo porque había dejado claro que yo no era capaz de hacerlo. Así que no, no toleraba los errores, sus consecuencias, tener que justificarme, nada que me obligara a enfrentarme con el hecho de que no era capaz de ser perfecto y nunca lo sería.

En la época en que Teresa y yo rompimos, ya era plenamente consciente de que no había planteado mi futuro sobre la base de grandes ambiciones: si no lograba la perfección en las pequeñas cosas de una vida pequeña, ¿cómo iba a alcanzarla en las grandes cosas de una vida en grande? Mi padre era un electricista que en el curso de su fatigosa vida se había esforzado, pobre hombre, para hacer de mí la persona extraordinaria que daría una lección a quienes lo dominaban y lo humillaban. Cuando enfermó sin esperanza, decía: «Debes hacerme renacer, Pietrí, porque tengo que estar presente, con los ojos bien abiertos, justo en el momento en que le darás por el culo a todos los que se creyeron mejores que yo». Pero las grandes expectativas de aquel hombre envenenado me indujeron muy pronto, por falta de confianza en mí mismo, a echarme a perder adrede con pequeñas bajezas. Creo que le dio tiempo a darse cuenta, sobre todo porque yo quería que lo supiera. Una vez, estaría a punto de cumplir los diecisiete, me jacté en su presencia de haberme metido en la cama de la mujer de su primo. Lo hice porque mi padre odiaba el adulterio más

que cualquier otra cosa; detestaba la infidelidad, tanto de las seducidas como de los seductores, y yo quería indignarlo y quitarme de encima el peso de su elevada consideración. En efecto, con los ojos inyectados de desprecio, me dijo: «Pero ¿será posible que mi hijo haya salido tan cabrón?». Y yo, a punto de llorar (pero no lo hice, nunca lloro), pensé: ¡Y tanto, papá! Pero en aquel momento las cosas iban de una manera que quizá a él, quién sabe, le habría alegrado. Todo me salía bien y estaba librándome del lastre que había arrastrado hasta entonces, quizá consciente de ser en verdad intachable. Me resultaba, pues, insoportable que todo se bloqueara justo cuando mi vida se encarrilaba. Nadia, la persona que seguramente había reorganizado todo mi cuerpo con su amor, ¿quería hundirme? Teresa, la persona que había puesto en marcha esa necesidad de reorganización haciéndome sufrir, me amenazaba desde Boston con un «Tienes miedo, ¿eh?». ¿A cuál de las dos debía temer más?

Enseguida supe que podía hacer frente a mi mujer, pero no a Teresa. Mientras dormía, con la cara aún enrojecida por el llanto, Nadia iba recuperando poco a poco su lugar en la normalidad de la ficción amorosa, era de nuevo la joven adorada que, por supuesto, tenía sus bajones —debido al desmoronamiento las expectativas laborales, la fatiga o la ansiedad que le causaba ser madre—, pero no dejaba de ser el suave, pulido cuerpo femenino domesticado por el amor hacia mí. Teresa, en cambio, había dejado de quererme hacía tiempo; se había apartado con un brinco animal de repulsión como, por otra parte, yo me había apartado de ella; Teresa, aunque solo fuera por disfrutar de un juego intelectual, podía hacerme daño. Era a ella a quien debía apaciguar.

Pero una tarde, en mi pequeño estudio, mientras le daba vueltas al papel casi en blanco que me había enviado desde un lugar donde yo nunca había estado y al que quizá nunca iría, sentí que algo no funcionaba en ese esquema. Pensé en la atención que debía prestarle a Nadia, en el cuidado con que me veía obligado a hablarle para que no se enfadara y evitar enfrentarme a ella, que era toda una mujer. Y por primera vez en cuatro años —la primera y, si la memoria no me falla,

la última—, dudé de si me había equivocado. No debería haber permitido que la relación con Teresa se interrumpiera justo cuando ya nos habíamos revelado, más allá de toda farsa, no solo quiénes éramos en verdad, sino quiénes podíamos ser si se nos presentaba la ocasión. Con Nadia —pensé— no sé cuánto tiempo acabaré perdiendo al ocultarme y negar la realidad con tal de sacar adelante nuestra relación, la familia que hemos creado; con Teresa no tengo que perder el tiempo, sabemos el uno del otro mucho más de lo que en general está permitido saber. A ella no tenía que engatusarla, mejor ser directo.

Me puse manos a la obra y respondí a aquellas tres palabras —«Tienes miedo, ¿eh?»— con una larga carta en que repasaba melancólicamente los momentos más significativos de nuestra relación. Le dije que la querría siempre del mismo modo que se quiere a quien se tiene en gran estima, y repetí varias veces el siguiente concepto: «¿Miedo? ¡Qué va!, Teresa, te conozco como nadie y me fío de ti tanto como tú sabes que puedes fiarte de mí». Por supuesto, envié la carta sin esperar que me respondiera. Solo quería que ella también se diese cuenta de la importancia que tenía nuestra relación, tan singular, directa y ajena a las apariencias, dado que ambos conocíamos muy bien la verdadera índole del otro.

13

Pasó el tiempo y el interés por mi libro fue enfriándose poco a poco y yo dejé de desplazarme tanto por Italia. No me desagradó, volví a dedicarme a la enseñanza y a ocuparme de Emma. Pero me di cuenta de que era sobre todo mi mujer la que reclamaba mi atención: parecía maravillada de que me hubiera resignado sin quejarme a la vida de siempre. Estaba nerviosa, sentía que me observaba, se comportaba como si, antes que comprenderme, se propusiera adivinar mis intenciones, que de momento yo mismo desconocía.

—¿No tienes ningún compromiso esta semana?

—No, ya no me llaman.

—Entonces el próximo sábado llevaremos a Emma a casa de mis padres.

—Claro.

—¿Estás deprimido?

—¡Qué va!

—¿Piensas en cosas malas?

—Pues no.

Creo que durante un tiempo, concentrada como estaba en el libro y su éxito, Nadia no se dio cuenta de lo mucho que había mejorado mi condición. Me había convertido en un personaje público, sin duda de poco calibre, pero en cualquier caso de cierto prestigio. Mi palabra había duplicado o quizá triplicado su peso —era el primero al que le costaba creerlo—, tanto es así que de vez en cuando llamaba algún periodista para preguntar mi opinión sobre algún tema relacionado con la enseñanza. Hablaba con Tilde, mujer cultísima y refinada —otro ambiente, otro mundo—, casi a diario; compartíamos ideas y planeábamos la posibilidad de un nuevo ensayo mío. Itrò me llamaba cada quince días para recordarme con amabilidad que contaba ya con un pequeño público de buen nivel cultural y que sería una pena dejar que se olvidara de mi amor por la enseñanza pública.

En resumen, yo estaba bien, satisfecho de mí mismo como nunca, y no me explicaba la actitud aprensiva y sospechosa de Nadia; es más, me molestaba un poco. Quizá, pensé una vez que se enfadó con Emma de una manera que me impresionó —tiró por los aires el plato de papilla que la niña removía con su cucharita, pringándose toda, y salió de la cocina dando un portazo—, es ella la que no está bien. En ese momento me acordé de su dramático retorno de Nápoles, de los llantos de los días siguientes y su aislamiento hostil, que solo rompía para ir al instituto y en el trato con la niña. Pero sobre todo caí en la cuenta de que desde entonces había dejado de reservarse algo de tiempo para estudiar e ir a Nápoles.

¿El revuelo provocado por el libro me había absorbido demasiado?

¿Cómo era posible que no me hubiera percatado? Me sentí como cuando, siendo estudiante, el profesor me pillaba distraído. No soportaba que me llamaran la atención por estar ausente, se me antojaba una irrupción policial, tanto es así que nunca me enfadaba con mis alumnos si se despistaban ni exigía que me prestaran atención dando manotazos en la mesa, sino que reclamaba su atención hacia mí y mi clase con cautela, a veces incluso con dulzura, pues al fin y al cabo el distraído se siente atraído por algo. Teresa, que para ser sincero había sido la alumna más distraída que había tenido nunca, me confesó en un momento de abandono: «Empecé a quererte por la amabilidad con que me traías de vuelta a tus aburridísimas clases». Y yo, tan serio que luego ella se burló de mí durante días, imitando sarcásticamente mi voz, le respondí: «La llamada al orden siempre me ha parecido un empujón violento en la espalda, por eso no empujo a nadie». Lo que vengo a decir es que caer en la cuenta de repente de lo mucho que el asunto del libro había trastornado a Nadia se me antojó un empujón maleducado. Y casi para justificarme de mi falta de atención, pensé: Cierto, soy culpable, pero Nadia ha trazado una línea divisoria entre nosotros al no compartir conmigo lo que pasó en la universidad, y no puede decirse que yo no haya insistido para que lo hiciera. Si me lo hubiera contado todo, punto por punto, las cosas serían diferentes. Sin embargo, un domingo después de comer, mientras estábamos sentados al sol en el balcón, quise poner remedio y volví a preguntarle pacientemente por qué había dejado de estudiar, por qué ya no visitaba al profesor.

—Por fin te has dado cuenta.

—¿Cómo que por fin? Me di cuenta enseguida, pero no he vuelto a mencionarlo por discreción, me dijiste que era asunto tuyo.

—En efecto, es asunto mío.

—¿Tan tuyo que no puedes confiármelo?

Pasamos la tarde dando vueltas a la distinción entre lo suyo y lo mío, hasta que logré convencerla de que todo lo mío la incumbía y era injusto, e incluso malvado, que no fuera así para ella. Se desesperó, hizo un esfuerzo por serenarse, y al final se confió. La penúltima vez

que había estado en Nápoles, después de la acostumbrada, larga y aburridísima espera en un pasillo que a pesar de tener grandes ventanas parecía estar privado de ellas, el profesor, sentado a su escritorio, la había recibido con una cordialidad insólita. Nadia me había hablado mil veces de aquel señor con entusiasmo. A pesar de que lo consideraba huraño, y a veces cruelmente sarcástico con los estudiantes, era un hombre refinado, guapísimo e inteligentísimo, que de vez en cuando le hacía cumplidos —«qué pendientes, qué peinado»—, tanto que yo replicaba con ironía: «Por supuesto, un anciano de buen ver que te hace la corte»; y ella, riendo, replicaba: «Más vale viejo y guapo que joven pero soso y maleducado». Entonces se lo describía caricaturizándolo —lo había entrevisto una vez que la acompañé a la universidad: gordo, de barriga prominente, con una abundante melena blanca sobre la frente huesuda, ojos tan claros que parecían agujeros en la cara hinchada, nariz larga, la boca atrapada entre las mejillas flácidas— y me burlaba de la devoción excesiva de Nadia: «¿Cómo puede gustarte un anciano cuando tú, mujer afortunada, me tienes a mí?». Sea como sea, había entrado tímida y atemorizada como de costumbre, pues el anciano profesor era de carácter inestable y su buen humor duraba poco. Pero el caluroso recibimiento la había arrebolado y cuando él exclamó: «Veamos qué novedades nos trae esta niña», se sintió por fin reconocida. Sacó las pocas páginas que había logrado redactar, a pesar del trabajo, de Emma y de mí, se colocó detrás de la mesa, al lado del profesor, y murmuró: «No he avanzado mucho», pero de inmediato se arrepintió de haber usado un tono peyorativo y anticipó precipitadamente cierto resultado de relieve; después le entregó el trabajo, que él pareció apreciar. «Ven —dijo tuteándola por primera vez—, lo leeremos juntos», e hizo un gesto invitante con la mano mientras la miraba con fijeza, es decir, se dio unas palmaditas sobre la pierna. En un primer momento, Nadia, confundida, no atinó a comprender que el anciano le estaba pidiendo que se sentara en sus rodillas y se acercó un poco más para leer juntos su trabajo. Llegados a ese punto, ella de pie y él sentado, el profesor le pasó un brazo alrededor de la cintura y empezó a oscilar suavemente hasta apoyar el

busto contra su cadera, como si hubiera perdido el equilibrio y tuviera que sujetarse. Ella, nerviosa, se echó a reír y se apartó, y el anciano, riendo también, le dijo: «No te escapes, quédate aquí cerca, no pasa nada». Pero ella, sin dejar de sonreír, masculló: «No, profesor, perdóneme, pero tengo que irme», cogió la puerta y lo dejó sentado en su mesa con los papeles en la mano.

Mi mujer calló por algunos segundos, yo pensé que la historia se había acabado y pronuncié unas palabras de indignación. Pero enseguida descubrí que Nadia, a pesar de que aquel desmañado escarceo por parte de un hombre mayor había sido una desilusión —no se lo podía creer, un académico, un erudito, un matemático famoso, cómo había podido hacer el ridículo de aquella manera, en su propio despacho, en el ejercicio de su prestigioso cargo—, hizo la vista gorda y días más tarde decidió volver a la universidad porque para ella lo importante no era la debilidad del anciano, sino la opinión que el poderoso matemático tenía de aquellas páginas llenas de cálculos que seguían en su poder. Ese fue el trance más penoso. Tras la larga espera a la que estaba acostumbrada, al final la puerta se abrió y por ella asomó un tipo al que conocía, un asistente de la edad de Nadia, que al ver que ella seguía allí le sonrió y volvió a entrar; fue entonces cuando se oyó claramente al profesor gritar con un marcado acento napolitano: «¡Vaya por Dios, esa mema todavía está ahí, no se rinde, por favor, ocúpate tú!».

—Eso fue lo que me hizo tomar la decisión —murmuró Nadia—. Si aquellos papeles hubieran contenido algo importante, él mismo se habría perdonado la estupidez cometida y, dado que es de los que saben reconocer la genialidad, me habría recibido, habría alabado mi trabajo y me habría animado a seguir. No lo hizo y se puso a gritar de aquella manera. Entonces me di perfecta cuenta de que era yo quien se equivocaba, que era yo la que había tergiversado, intencionadamente, sus atenciones y sus cumplidos —«Qué perfume tan encantador», «Qué bonito vestido», «Qué pendientes...»— para convencerme de que me tenía en gran estima, que me consideraba competente, mientras que en realidad no poseo más talento que el necesario para licenciarme con

matrícula de honor.

Aquella noche y durante los días siguientes, me empleé a fondo para demostrarle que no tenía razón, que había perdido el tiempo inútilmente con un viejo verde. «Ese señor —le dije— debe tener una dignidad científica más bien mezquina si ha envejecido entre cuatro paredes reduciéndose a babear cuando ve a una mujer guapa e inteligente». Pero no sirvió de nada, se deprimía aún más. Ese profesor —me respondía— era un matemático famoso en todo el mundo y yo no debía hablar de temas que desconocía.

—Ya verás —le dije una vez—, pronto leeremos en los periódicos que lo han detenido o que un marido ofendido, como en este momento lo estoy yo, le ha partido la cara.

—Ni se te ocurra.

—¿Partirle la cara?

—Hablar así de él. Si acabara metido en un lío, sería la primera en tomar partido a su favor.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes.

14

Me sentí oscuro, pero no en el sentido de que me ensombrecí, sino de que era como si mi mirada iluminase a Nadia y me dejara en las tinieblas. Fue un largo momento durante el cual, mientras mi mujer se fustigaba al tiempo que sentía pena por el anciano matemático, víctima de su erotismo trastornado, yo sostenía que debíamos poner en conocimiento de sus admiradores, de la esposa, hijos y nietos que tendría, de todos sin excepción, el comportamiento repulsivo que había adoptado con una de las matemáticas más prometedoras de Italia. Fue en ese preciso instante cuando me sentí reflejado en el anciano profesor, que imaginé asustado ante la idea de que Nadia fuera

contando por ahí la que había liado. Así que mientras que, por un lado, deseaba sinceramente que sobre todo sus nietos supieran la clase de abuelo que tenían, por el otro, con idéntica sinceridad, reconocía en mí el miedo a la humillación y la vergüenza, y me decía: Calla, qué estás diciendo, ese hombre no ha hecho nada en comparación con lo que le confiaste a Teresa; imagínate que ahora volviera de América y hablara con Nadia, con Tilde, con Itrò, con tus lectores, y dijera: «¿Entienden qué clase de hombre es Pietro Vella? Pues pártanle la cara». La oscuridad provenía de ahí, y mientras hablaba y miraba fijamente a Nadia, iluminada por su pena generosa, yo me refugiaba con rapidez en mi negrura y rebajando el tono, mascullaba: «Justificar a un viejo verde que te está fastidiando la carrera me parece excesivo, pero quizá estoy ensañándome demasiado con él. Partirle la cara, qué exageración».

A partir de ese momento, lentamente, la mala experiencia de mi mujer tomó un cariz de juego. Si para abrir una lata de judías que se resistía decía que la iba a partir en dos como la cara del puto barón —había empezado a llamar así al viejo matemático—, nos echábamos a reír, al principio yo muchísimo y ella poco, después ella mucho y yo casi nada. Al cabo de un tiempo, cuando me había convencido de que lo peor había pasado, un domingo por la tarde nos metimos en la cama —Emma estaba con sus abuelos— y Nadia, apretándose contra mí, me susurró al oído: «Córrete dentro, están empezando mis días». Sabía a qué días se refería y la obedecí muy contento. El mes siguiente estaba embarazada. Llevó el embarazo con entusiasmo y nació Sergio. Pero Nadia no se contentó. Durante esa segunda gestación se había puesto a estudiar inglés y español y se esforzaba en leer novelas sin traducir; ya no quería saber nada de superficies algebraicas. Como me hablaba mezclando el italiano con fragmentos de idiomas extranjeros, empezó una cantinela sobre lo bonito que era estar preñada, *pregnant*. Una noche me murmuró al oído entre risitas nerviosas: «Olvídate del preservativo y embarázame por tercera vez, préñame». Estaba desorientado, le pregunté: «¿Bromeas o hablas en serio?». No, no bromeaba: mientras todas las mujeres, incluidas las de Valle Peligna, trataban de dejar atrás una vida de constricciones, Nadia había

decidido dejarse arrollar por los deberes de matemáticas, por mí y por su prole numerosa. Así que volví a contentarla, y lo hice sobre todo porque parecía que los embarazos la colmaban de una vitalidad desbordante. Pero la tercera experiencia fue tan difícil, el parto tan complicado y la vida con tres niños tan dura —el último, Ernesto, que nació enorme, se demacró enseguida y se volvió llorón— que ya no abrió un libro, dejó de estudiar idiomas y no paraba de preguntarme: «¿Te has asegurado de que no se haya roto el preservativo?».

15

En aquellos años publiqué muchos artículos en revistas y revistitas escolares, y, más raramente, en prestigiosos periódicos nacionales, y todos tuvieron una buena acogida. Como cada vez me sorprendía mi éxito, empecé a preguntarme por qué seguía sorprendiéndome, ya que Tilde, Itrò, Nadia y un público que a esas alturas era nutrido no se maravillaban en absoluto. Me respondí que hasta los treinta años jamás me había sucedido nada que me permitiera demostrar, sobre todo a mí mismo, mi superioridad respecto a la media de mis coetáneos. En la escuela, desde primero de primaria, y después en el instituto mis capacidades fueron de lo más normal. En la universidad ningún profesor reparó en mí y me licencié con una nota mediocre. Obtuve el certificado de aptitud pedagógica para un buen número de asignaturas y superé unas aburridísimas oposiciones sin clasificarme nunca entre los primeros de la lista. Sí, desde hacía años se me consideraba un buen profesor, pero sobre todo porque era consciente de que sabía poco y estudiaba diligentemente todos los días, corregía los exámenes con puntualidad y me presentaba en clase de buen humor, siempre preparado. En definitiva, en mi vida nunca había sucedido nada que me autorizara a rebajar la insatisfacción congénita que sentía hacia mí mismo. Por otra parte, incluso en aquel momento en que las cosas iban

mejor, aun estando contento por la buena acogida que recibían mis artículos, si me comparaba con Tilde, el profesor Itrò o con Nadia, por no mencionar a Teresa, me decía que a su lado no era más que un cerebro mediocre medianamente instruido, un neoculturizado sin tradiciones sólidas, de modales afectados, frases rimbombantes y tonos excesivos, carente de la finura natural que se transmite de generación culta en generación culta. Tilde sí que es extraordinaria, tan bien educada, domina cuatro idiomas, ha viajado, clanes de antepasados cultísimos han contribuido a hacer de ella lo que es. E Itrò, qué hombre fuera de lo común, cuando habla de la enseñanza sabe muy bien lo que se dice. Y Nadia, hija de un director de instituto y de una maestra, matrícula de honor en Matemáticas, una mujer inteligentísima que merecería la carrera universitaria que siempre ha deseado. Y Teresa, qué mente tan privilegiada, la conocí cuando tenía dieciséis años, su familia era muy pobre, pero ella destacó desde la infancia; se sentaba al fondo de la clase, en el pupitre de al lado de la ventana, y, dejando aparte sus defectos, sus excesos, siempre les ha dado cien vueltas a los demás alumnos, a todas las personas que conozco, puede que incluso a Tilde, Itrò y Nadia, por no hablar de mí. Mientras me devanaba los sesos y advertía cada vez con mayor claridad la escisión entre la imagen pública que poco a poco adquiría y cómo me sentía realmente —un profesor del extrarradio, un penoso padre de familia, un marido distraído que, acorralado, fingía no serlo, es más, no haberlo sido nunca —, empecé a escribir un nuevo libro en el que planteaba la idea de que la enseñanza jamás había funcionado como es debido; que su mayor hipocresía consistía en distribuir porciones iguales de saber a sujetos desiguales fingiendo que eran iguales; que la enseñanza de calidad para todos debía pasar por un cambio radical, no solo de las aulas, sino también de la familia, la sociedad, las jerarquías del saber, la religión y la propiedad de los medios de producción; que el fracaso evidente de la enseñanza de masas había causado más daños irreversibles que una guerra atómica. Tenía la intención de concluir que había que transformar la enseñanza con el fin de que esta pudiera ofrecer a todos, absolutamente a todos, y en especial a los profesores, los instrumentos

para soñar su propia excepcionalidad y, en el momento oportuno, despertarse y ponerla en práctica.

Compaginaba la escritura con la docencia, los embarazos de Nadia y las largas reuniones con Tilde e Itrò, que se habían impuesto la tarea de evitar que me dispersara. En aquel largo lapso, en especial cuando Nadia estaba embarazada de Sergio y pasaba por un momento de gran esplendor, tanto Tilde como el profesor Itrò nos visitaron a menudo con sus cónyuges, se familiarizaron con Emma y se hicieron amigos de mi mujer. A veces los llevábamos a pasear por las calles que rodeaban nuestra casa para que vieran cierto jardín, admiraran un árbol determinado o bebieran agua de una fuente mineral. Les encantaba, claro —«Qué aire tan sano», «Qué aromas», «Qué bien hemos comido», «Qué tarta tan deliciosa»—, pero Itrò siempre acababa por dejar caer: «En cuanto me digas que sí, encuentro el modo de que te trasladen a un instituto del centro»; después, dirigiéndose a Nadia, con sus modales de caballero: «Nadia, entiendo que esté a gusto en la casa de sus parientes, pero es usted una mujer extraordinaria, y su marido, para qué decirle; tienen que decidirse a encontrar un piso más céntrico».

Mi mujer negaba con la cabeza, le agradecía a Itrò los cumplidos que solía hacer a su inteligencia, pero le molestaba que tocara el tema del futuro de Emma: «¿Qué vais a hacer con esta maravillosa señorita? Se merece lo mejor, no solo los magníficos Abruzos de los abuelos, qué suerte la suya». Nadia no replicaba, Itrò era Itrò, irradiaba superioridad, pero se pasaba unos días pensativa y de repente, dando por sentado que yo conocía sus pensamientos, aunque ella no los hubiera verbalizado, soltaba frases del tipo: «Si en vez de nacer en Pratola Peligna hubiera nacido en el centro de Roma, ¿crees que ahora estaría impartiendo clases en la universidad?». Y yo le respondía: «No, mujer, Itrò no quería decir eso, Pratola Peligna es fantástica. Montesacro no es el fin del mundo, él tiene esa manía, vive en el centro desde siempre y le gustaría que viviéramos y trabajáramos más cerca porque nos aprecia y quisiera vernos más a menudo».

Pero una vez, cuando estaba embarazada de Ernesto y se encontraba mal, cometí un error gravísimo por tratar de evitar que cayera de

nuevo en la espiral de sus carencias, reales o supuestas. Ella, como siempre, se quejaba —«Puede que me haya equivocado de medio a medio, quizá deberíamos ofrecer a nuestros hijos mayores oportunidades»—, y se sentía culpable por cómo estábamos criando a Emma y Sergio. Entonces le dije:

—Qué va, mujer, fíjate en Teresa, ¿te acuerdas? Nacida y crecida en el extrarradio, sus padres tenían un bar de tres al cuarto que siempre estaba a punto de cerrar, era gente sin estudios, y encima la pobre chica me tuvo a mí de profesor de Letras, y en cambio ahora trabaja en el MIT.

—Teresa, ¿tu ex?

—Bueno, tanto como ex... Ha pasado mucho tiempo, ni siquiera me acuerdo ya de su cara.

—¡Vete, vete a América con ella! —gritó—. Eres tan brillante que sin duda tú también harás grandes cosas allí.

Después, naturalmente, todo pasa y pareció olvidarse de mi comentario fuera de lugar. Pero entretanto, con ocasión de la publicación de mi nuevo libro, Tilde me organizó una entrevista con un importante magacín semanal. Hasta entonces nunca había hecho nada parecido, solo breves declaraciones por teléfono que luego se convertían en un par de líneas dentro de un artículo que incluía la opinión de otras diez personas mucho más importantes que yo. En aquella ocasión, en cambio, un periodista por entonces bastante conocido —qué fácilmente se apaga la fama— fue a propósito a la sede romana de la editorial, me hizo un montón de preguntas y me dejó hablar durante una hora y media. Después intercambió unas palabras con Tilde y se largó. Ella vino a mi encuentro radiante, me abrazó y me besó a un centímetro de los labios.

—Lo has conquistado.

—Qué va.

—Sí, ni te imaginas el efecto que surtes en cuanto abres la boca.

—Estoy entrenado, doy clase todos los días desde hace muchos años.

—No, no y no. Yo tengo que cuidarte, demostrarte quién eres. Tu problema es que no lo sabes.

—Lo sé muy bien: soy el resultado del pésimo trabajo que hizo la escuela de la posguerra, una escuela todavía fascista, falsamente republicana desde hace poco, con un número enorme de chicos que habrían necesitado una enseñanza de calidad.

—Déjalo estar, la entrevista ha acabado.

—¿Cuándo la publicarán?

—No lo sé. Espero que antes de la presentación en Milán.

Faltaba tiempo para eso. La clausura del año escolar y la evaluación final me arrollaron y me olvidé de la entrevista. Mientras tanto, el ensayo apareció en las librerías y de repente me angustió la idea de haberlo escrito demasiado deprisa, de que mis defensores comprendieran que se habían dejado deslumbrar, de que algún nombre importante se indignara y escribiera: «¿Adónde ha ido a parar la hermosa lengua italiana de antaño, la prosa fluida y envolvente, la argumentación culta? ¡A qué manos ha ido a parar nuestra enseñanza!», etcétera.

Una tarde en que volví a casa muy cansado, Nadia, que tenía una barriga enorme y estaba a punto de dar a luz, le gritaba a Sergio como si fuera un adulto en vez de un alegre niño de dos años.

—Descansa un rato, yo me ocupo de todo, te veo cansada —le dije.

—¿Y a ti qué coño te importa si estoy cansada?

Nunca hablaba así, me asusté.

—Acuéstate un rato, va —murmuré.

—Acuéstate tú, que has trabajado y te lo mereces. Y mientras tanto, léete *Panorama* en paz.

Me señaló la cocina, al final del pasillo, donde Emma estaba sentada a la mesa, de rodillas sobre una silla. Fui junto a ella, que hojeaba una revista, o más bien debería decir que miraba una foto mía que ocupaba el centro de la página. Contuve la ansiedad, la impaciencia.

—¿Cómo ha quedado? —le pregunté a Nadia, que desde el otro extremo del pasillo volvía a gritarle a Sergio con toda la rabia que iba dirigida a mí.

—Espléndida —me respondió, sombría.

—¿De verdad?

—¿Soy de las que mienten? Es larga, dos páginas.

Su tono era insoportable. Pensé que quería hacer patente su protesta por tener que ocuparse de la casa, de su trabajo, de nuestros dos hijos y de un tercero que aún por poco habitaba su cuerpo.

—La leeré más tarde. Sergio, ven con papá —dije con cordialidad.

—Quiero que la leas ahora.

—Nadia, no te pongas nerviosa.

—¿Te parezco nerviosa? Emma, dale la revista a papá.

Emma estaba muy orgullosa de mi foto: primero me besó varias veces, después quiso dar besos a la imagen. Al final logré hacerme con la revista, pero a condición de dejar que se sentara en mis rodillas mientras la leía. El artículo llevaba un buen título, aludía —si la memoria no me falla— a la resurrección. Mi libro —leí en el sumario— devolvía la vida al debate sobre una institución que todos decían valorar, pero de la que nadie se ocupaba. El artículo prodigaba toda clase de alabanzas, también citaba un par de frases mías tan eficaces que no las reconocí. En cuanto a la entrevista propiamente dicha, el periodista había logrado atribuirme respuestas interesantes, formulándolas de manera elegante.

Me emocioné, me sentí complacido, nunca pensé que una hora y media de conversación a tumba abierta produciría un texto de una inteligencia tan fina. No volví a oír a Nadia riñendo a Sergio y no me acordé de ella hasta que sentí su presencia en el umbral de la cocina. Levanté la mirada y por un instante me pareció una enferma: la tez verdosa, los tobillos hinchados, el vientre abultado apenas contenido por el vestido torcido hacia el lado del que nuestro hijo se había colgado en busca de afecto. Pensé: ¿Por qué está tan molesta?, soy su marido, el padre de sus hijos, debería alegrarse de mi éxito. Cuanto mejor me vayan las cosas, mejor será la vida de Emma, Sergio y el niño que va a nacer.

—¿Y bien? —me acosó mirándome con inquietud.

—Ven, siéntate, cuéntame cómo va.

—¿La has leído?

—Sí, es una buena entrevista.

—¿Estás orgulloso?

—Un poco.

—¿Y has girado la página? ¿Has visto qué bien acompañado estás?

No lo entendí, murmuré: «¿Qué página?», pero entretanto Emma ya había hecho lo que decía su madre y vi que mi entrevista iba seguida de otra con una foto más grande que la mía. Reconocí inmediatamente a Teresa, justo en el momento en que Nadia decía en tono imperativo: «Emma, ven con mamá, papá tiene cosas que hacer», con tal rabia mal reprimida que la niña abandonó deprisa mis rodillas y corrió tras ella y su hermano como si los tres, o mejor dicho los cuatro, huyeran de un terremoto.

16

Nadia dio a luz a Ernesto, nuestro tercer hijo, a los pocos días. El parto —ya lo he mencionado— fue tan complicado como el embarazo. Cancelé todos mis compromisos y sobre todo me esforcé en olvidar que al final de la entrevista se anunciaba que Teresa hablaría de algo que no entendí en la Universidad de Roma al cabo de nueve días exactos, a las diez de la mañana. Como sabía muy bien que mi mujer creía que me moría de ganas de verla, antes de que rompiera aguas hice todo lo posible para tranquilizarla, y después del parto estaba en tales condiciones que ni ella ni yo, creo, volvimos a pensar en la conferencia. No obstante, una parte de mí sospechó a trechos que al dar a luz a Ernesto había exagerado el dolor, había representado una farsa para recordarme lo insoportable que era para ella que quisiera ir a escuchar la inteligentísima exposición de Teresa.

Era imposible, por descontado, explicarle que temía ver a mi exalumna y amante, como era igualmente imposible explicarle que por eso me urgía encontrarme con ella, hablarle, tranquilizarme. Pasé revista a todas las mentiras creíbles que podía inventar, pero no me

convenció ninguna. A Nadia y al niño les dieron el alta justo el día de la conferencia en la universidad, y yo —con la ayuda de una suegra muy eficiente que fue a propósito desde Pratola— tuve que ocuparme de mi mujer y de mi hijo, llevarlos a casa y asumir las responsabilidades de un padre de familia diligente, pues mi consorte estaba bastante maltrecha y mis dos primeros hijos no sentían gran simpatía por el tercero, que no era guapo y hacía a regañadientes el esfuerzo de vivir.

Para complicar aún más las cosas, en aquellos días volví a sentir cierto fastidio por mí mismo. Me incomodaba dedicarme a Nadia y a los tres niños al tiempo que me atormentaba estar perdiendo la oportunidad de ver a Teresa, fortalecer la relación con ella y sentirme seguro. Fue un suplicio, pero lo conseguí. Justo mientras Teresa estaba sin duda en Roma y habría podido tratar de localizarla, me impuse cuidar de Nadia con todo el afecto de que era capaz, a tal punto que mi mujer pareció tranquilizarse y a la semana siguiente fue ella quien insistió para que no renunciara a la presentación de mi libro en Milán. Como es natural, noté que se esforzaba, que prefería que me quedara en casa, y me apenó verla sufrir. Sufría físicamente, pero también por las preocupaciones, las debilidades, los fracasos y las pérdidas, y sufría por sus tres hijos que, después de haberlos querido, de habérmelos casi ordenado, de repente le pesaban, literalmente, como si fueran objetos sólidos, armarios, piedras, enteros rascacielos. Dijo varias veces que le dolía no poder acompañarme. «¡Tilde debe de haberse comprado algún conjunto elegante! —exclamó con amargura. Después murmuró—: Cómo me habría gustado escucharla hablando de tu libro, hace siempre observaciones profundas». E incluso llegó a decirme qué vestido y qué zapatos se habría puesto para la ocasión. Mientras tanto, hecha polvo, cojeando, me preparó la maleta. Me marché sintiéndome liberado de un peso.

Tilde me esperaba al volante de su potente coche, que condujo hasta Milán. Cómo le gustaba conducir, daba la impresión de no hacer ningún esfuerzo; solo nos detuvimos dos o tres veces para repostar, comer algo y hacer pipí. Durante el resto del tiempo hablamos ininterrumpidamente —en el coche, el hotel y durante la cena— como solíamos hacer en esas ocasiones.

Debatíamos acerca de cualquier cosa, ella tenía una teoría ingeniosa, rápida y elegante para todo; las formulaba con tal generosa espontaneidad que llegaba un momento en que resultaban excesivas y parecían obviedades. Desde hacía algún tiempo también habíamos empezado a hablar de sexo, un tema que le gustaba mucho y que abordaba con despreocupación. A fuerza de hablar, ya no me ocultaba nada. A veces seguíamos charlando acabada la cena, bebíamos infusiones, luego alguna bebida alcohólica de alta graduación para continuar divirtiéndonos con las palabras, y nos retirábamos a nuestras habitaciones cuando estaba a punto de amanecer.

Así sucedió también aquella primera noche en Milán. Llegamos alrededor de las diez, llamé a casa para asegurarme de que todo iba bien y me reuní con Tilde en el restaurante, a dos pasos del hotel. Como si la conversación ininterrumpida que habíamos mantenido durante el viaje no hubiera bastado, seguimos hablando, riendo y bromeando. Antes de subir a la habitación, le dije:

—A estas alturas conozco las reacciones de tu cuerpo, tus preferencias sexuales y tu carácter más que si hubiéramos dormido juntos cinco años.

—Siempre se puede saber más —replicó.

—Si uno quiere, sí —admití. Después le di las buenas noches y, agotado, me fui a la habitación.

Unos minutos más tarde, Tilde llamó a la puerta y me dijo con seriedad:

—Pero ¿tú querrías?

—¿Qué?

—Si querrías saber más.

—Sí.

—¿Ahora?

Estaba a punto de decir que sí, pero me acordé de los niños, que dormían en sus camitas, de Nadia, que seguramente no había pegado ojo, y del pequeñísimo y feo Ernesto.

—Estás cansada, has conducido desde Roma, mejor mañana —dije.

—Sí, tienes razón. Que descanses.

Pero estaba desvelado. Hasta entonces nunca había engañado a Nadia, ni siquiera se me había ocurrido pensar que si quería, podía. Sin embargo, debo admitir que en aquel periodo de agradable expansión de mi persona, en que a menudo me había sentido apreciado, estimado —en el caso de Tilde, solo había habido una continuidad creciente—, me resultó natural pensar que si poco a poco forzaba las reglas del juego, del gusto por las frases seductoras pasaríamos seguramente al coito, a la frenética y fantasiosa actividad de los cuerpos. En cualquier caso, no había sentido la necesidad de hacerlo, me gustaba demasiado la imagen de mí que estaba construyendo y no quería estropearla con equívocos bochornosos o forzando situaciones a cambio de placeres ocasionales que pertenecían a la vida insatisfactoria de antes, a cuando engañaba a Teresa con chicas que ni siquiera me gustaban solo porque se me presentaba la ocasión, a cuando sabía que ella me engañaba con cualquiera que la pretendiera. Pero con Tilde las cosas habían llegado demasiado lejos, en todos los sentidos. Me parecía una mujer tan superior que había momentos en los que una parte de mí la consideraba acorde con mi vida actual, una especie de culminación perfecta de mis nuevas aspiraciones, mi amiga, mi consejera, mi maestra, y, por qué no, mi amante.

Me levanté temprano por la mañana como si hubiera hecho el amor con ella toda la noche, cansadísimo, y quizá un poco deprimido. Desayunamos plácidamente como de costumbre, aunque el rostro de Tilde, a pesar del hábil maquillaje, traslucía huellas de cansancio, una mirada inquieta. Volví a la habitación y llamé a Nadia, que me tranquilizó sobre su estado de salud y el de Ernesto, Emma y Sergio, y sobre la presencia atenta de su madre. Al final volví al vestíbulo y salimos hacia un instituto en cuya aula magna me esperaban trescientos

alumnos y una decena de profesores.

La mañana transcurrió agradable; hablé del libro y respondí a montones de buenas preguntas. A partir de ese momento no tuve tregua. Inmediatamente después, Tilde había organizado una comida con un profesor de renombre de la Católica y con el concejal de Cultura y Deporte del Ayuntamiento de Milán. Fue duro porque temía que mis amplias lagunas salieran a la luz y me hicieran quedar como alguien desinformado o que dice cosas de poca trascendencia. Pero Tilde era muy hábil para las relaciones públicas y todo fue bien. Justo después nos subimos deprisa a un taxi y fuimos directos a casa de una anciana señora, una princesa, me dijo Tilde muy contenta. No le comenté que no entendía por qué, doscientos años después de la Revolución francesa, todavía se hablaba con admiración, con devoción, de príncipes y princesas. Me concentré exclusivamente en mi tarea principal: causar una grata impresión a la aristócrata, lo cual, según Tilde, lograría sin dificultad. Y así fue. La anciana de sangre azul, que rondaba los noventa pero era muy vivaz y divertida, había leído mi primer libro y pronto leería el segundo, había sido y seguía siendo una de las eminencias más destacadas de la vida y obra de Maria Montessori. Hablamos durante más de dos horas mientras comíamos pastelitos acompañados de té negro en un escenario que, por las alfombras, muebles, cuadros y estucos, solo había visto en el cine. Mencionó a un número exorbitante de personas conocidas, vivas y muertas, llamándolas por sus nombres y apellidos. Tilde me ayudó a resolver el enigma de las identificaciones con sugerencias tempestivas y la ricahembra habló mal de todos y disfrutó revelándome sus vilezas, problemas económicos, perversiones sexuales y la mezcla de crueldades, groserías y superficialidades de sus naturalezas.

«Nunca ha hablado tanto con nadie —exclamó Tilde cuando por fin salimos del piso—, por lo general liquida a los ministros en cinco minutos. Tienes el don de hacer que las personas se sientan a gusto». La satisfacción y el orgullo con que hablaba de mí me transmitieron una sensación de poder que se convirtió al instante en deseo de abrazarla, estrujarla, follarla. «No», dijo juiciosamente, y se limitó a enlazar sus

dedos con los míos en el ascensor. De esta suerte, electrizados, llegamos con un poco de retraso a la librería donde iba a hablar de mi nuevo libro. «¿Y si no viene nadie?», pregunté, asaltado de repente por los viejos temores. Tilde rio, miró alrededor y me dio un pellizco en el costado: «Si no viene nadie —repuso con mirada irónica—, qué vamos a hacerle. Hace una buena noche, una temperatura suave, daremos un paseo; pero ya verás que alguien habrá».

En efecto, la sala rebosaba de gente y me alegré de estar allí, al lado de una mujer como aquella, de ser por fin yo, como deseaba ser, como debieron de soñarme mi padre y todos mis antepasados siervos de la gleba; yo, que había escrito dos libros; yo, autor meditabundo capaz de sacar de sus casas y de hacer olvidar sus propios asuntos a un público culto dispuesto a pasar más de una hora discutiendo de un tema tradicionalmente aburrido.

En primer lugar, habló la directora de la librería, después intervino Tilde, a su manera concisa y eficaz, y por último yo. Me puse de pie —sentado me parecía tener un escaso control del público, en clase tampoco me sentaba nunca—, me aclaré la voz y antes de que pudiera abrir la boca apareció Teresa en el fondo de la sala. Esto es lo que más temía, ahí está, no puedo escapar de ella, adondequiera que vaya encontrará la manera de recordarme quién soy. Y no cuando yo quiera, sino todas las veces que quiera ella. Y como siempre dirá lo que le parezca, al igual que la anciana princesa de noventa años, aunque ella sea joven y no tenga ni una gota de sangre azul.

Dado que la tenía delante de mí al cabo de muchos años, me empleé más de lo acostumbrado. Me esforcé para que se sintiera como cuando era su profesor y ella se sentaba en la última fila, al lado de la ventana, y era una chica indisciplinada. Durante la presentación me dirigí, en apariencia, al público, pero en realidad lo hice a ella. Puse toda mi energía y habilidad en convencerla de que era otro, de que me merecía el respeto que seguramente no me había guardado ni cuando era su profesor ni su amante. Hablé casi una hora, no podía parar. No le quitaba los ojos de encima, y, al no captar ninguna señal de asentimiento, ni siquiera el amago de una sonrisa, me decía: Necesito

más tiempo, debo encontrar el modo de vencer su hostilidad habitual, debo emocionarla, hacerla reír, conmoverla como antes. Pero era inútil, no advertí en ningún momento aquel abandono cómplice que había aprendido a reconocer incluso en desconocidos del público con los que no volvería a cruzarme en toda mi vida. Teresa permaneció todo el tiempo en la misma posición, un pequeño recuadro entre las cabezas de los que se habían quedado de pie, y sentí permanentemente su mirada escrutadora sobre mí, al borde de convertirse en una frase sarcástica. Debía concluir, la directora de la librería se dirigiría al público para preguntar si alguien quería hacer alguna pregunta. Era probable que Teresa fuera la primera en tomar la palabra, nunca se cohibía, y a saber qué diría, se mofaría o contaría alguna experiencia degradante como alumna mía. Ah, no quería ni pensarlo. Seguí a lo mío hasta que Tilde me hizo una señal con la mano para que concluyera. Concluí y me senté, agotado, mientras la sala me tributaba un largo aplauso.

—¿Quién es? —me preguntó Tilde al oído.

—¿Quién?

—Lo sabes muy bien, la mujer del fondo a la derecha. Llevas una hora hablando solo para ella.

—Qué va.

—Te lo digo yo.

18

Empezó el debate. Al principio nadie quería hablar, miraban fijamente al suelo, incómodos, todo público se parece a un grupo de escolares. Después, intervino un viejo profesor sentado en primera fila y a continuación muchos pidieron la palabra. Respondí cada vez con calma, a partir de un momento determinado incluso con alegría, ya que, contrariamente a lo que temía, Teresa no mostraba la intención de hablar, es más, tendía a esconderse; sentado solo veía la exuberante

melena de pelo negrísimo.

La directora de la librería intervino al cabo de media hora larga para decir que solo quedaba tiempo para una última pregunta. Miré fijamente la mesa con ansiedad y una voz femenina me preguntó cómo juzgaba mi experiencia de estudiante. No era Teresa, sino una de esas alumnas bien educadas, seguramente la primera de su clase en algún prestigioso instituto de la ciudad. Me bajé las gafas de la frente y me las coloqué sobre la nariz, peligro evitado.

—Pésima —dije sin perder de vista a Teresa, que volvía a ser visible en el fondo de la sala.

—¿No cree que hablando mal de la enseñanza que se ha recibido se pierde credibilidad? ¿No es como si dijera que no tiene una formación adecuada para ocupar un determinado empleo, para ser ministro, escribir libros o hablar en público?

—Sí —respondí.

Tenía la intención de explicarme bien, enumerar consecuencias y sacar conclusiones cuando, casi al mismo tiempo, vi y oí a Teresa aplaudiendo muy fuerte, y como un aplauso desata otros, todos, incluso la estudiante que había formulado la pregunta, batieron palmas largo rato, entusiasmados, como si en ese instante sintieran que su formación era de las peores y se alegraran de poder declararlo abiertamente.

El evento había concluido y muchos se dirigieron a la salida. Busqué a Teresa entre los rezagados y los que circundaban la mesa para que les firmara el libro. No la vi, los lectores me acosaron. Algunos que no habían hecho preguntas, pero que habían estado a punto, quisieron hacérmelas en aquel momento, cara a cara. Dos señoras muy elegantes, quizá gemelas, me recitaron la lista de quienes, sin frecuentar la escuela o habiéndolo hecho con pésimos resultados, habían brillado en la ciencia y las artes. Seguí desenvolviéndome con afabilidad hasta que intervino Tilde, que me cogió del brazo, dio las gracias a los rezagados y me sacó de allí susurrándome al oído: «Esta noche no hay cena oficial, solo tú y yo, pero antes he de resolver un problema con la librería. Ve al hotel, picaremos algo allí».

El hotel estaba a dos pasos. Respiré con agrado el aire nocturno y

estival milanés, me latían las sienes, estaba acalorado. Recorrí disimuladamente la calle con la vista, miré de reojo entre los transeúntes, entre los corrillos de profesores que todavía debatían. Me alegré de que Teresa se hubiera marchado, pero al mismo tiempo lo lamenté. La contradicción me puso nervioso, pero así era. No me apetecía encontrármela, aunque lo consideraba necesario: si volvía a América, como declaraba en la entrevista, quién sabe cuándo volvería a presentarse la oportunidad de hablar con ella cara a cara. Por otra parte, ¿hablar de qué? Cuando se escribe se pueden sospesar las cosas que se dicen, mientras que en las conversaciones se corre el riesgo de decir demasiado, de despertar lo que está adormecido. Le escribiré otra carta, pensé, es lo mejor. Pero justo cuando empezaba a calmarme tras imponerme esa tarea, la vi en la esquina, delante de un bar, con dos o tres amigos o personas que acababa de conocer, hombres todos ellos.

Pensé en llamarla, pero enseguida cambié de idea. Se habría librado de mí con algún comentario irónico sobre mi presentación para hacer reír a su pequeño séquito de pretendientes o compañeros de trabajo, a los que habría arrastrado a la fuerza a escuchar mis estupideces. Científicos como ella, norteamericanos quizá, o de otras nacionalidades. Teresa sabía muchos idiomas, mientras que yo solo latín, griego y napolitano. Qué a gusto se la veía, bastaba con mirarla: buen tipo, camisa y vaqueros, joven, desinhibida. Fue mirarla y poner en tela de juicio mi pequeño éxito de aquellos años: yo no veía más allá de mis narices, de mi pequeño mundo italiano de la periferia romana. Ella en cambio... Ahí estaba, al otro lado de la calle, una científica políglota de fama internacional, la alumna que había superado al maestro, un maestro de pacotilla que desconocía totalmente las disciplinas en que ella brillaba. Grité: «Adiós, Teresa», y me alejé a zancadas, la cabeza baja, agitando suavemente el brazo derecho en señal de despedida.

Al poco, oí un rumor de pasos y antes de que me diera la vuelta, Teresa me agarró por el brazo.

—¿Adónde vas? ¿Tienes una cita con la madama guapetona que vigila todo lo que dices?

—No quería molestarte.

—Yo sí.

Sin perder tiempo, empezó a burlarse de mi intervención —«Qué vehemencia, qué ardor, demasiado, desde mi posición parecías un gorila haciendo fiestas a su cuidador»—, y me arrastró a un bar. Cuando me soltó el brazo, sentí que la tela de mi chaqueta perdía el calor que le había transmitido. «Todos somos gorilas —repliqué riendo, mientras miraba el reloj con aflicción—: Un par de minutos, Teresa; lo siento, tengo una cita». Fingió que no me había oído, eligió una mesa, se sentó y empezó a comentar mis cartas, la información que le había dado acerca de Nadia y los niños, como si le hubiera mentido y tuviera que encontrar la verdad entre líneas. Volví a mirar el reloj y le hice una señal al camarero mientras ella, con tono irónico, me exponía las conclusiones que había sacado de mis cartas: Nadia era mi criada, la víctima con la que me ensañaba fingiendo colmarla de atenciones, la mujer a la que le chupaba la sangre para fortalecerme y permitirme ir por ahí interpretando el papel de hombre brillante con mujeres enemigas de las restantes mujeres; en cuanto a los niños, los describió como tristes, afectuosos a la fuerza porque les infundía miedo: para ellos era casi un extraño, no estaba en casa ni siquiera cuando me recogía, pues tenía la cabeza llena de mis asuntos, era como un gorila carente de afectividad, siempre de caza, que solo soñaba con presas aunque no las cazara. «Sigues siendo la misma —dije empleando un tono divertido, parecido al de ella—, disfrutas desmontando la vida de los demás, sobre todo la mía». Fingiendo amargura, exclamó: «¿Lo ves? Te has ofendido, pero no hablaba en serio, has estado muy bien en la librería, eres el mejor de los hombres, un buen marido y padre, solo estaba citando lo que dijiste en una clase. ¡Cómo me impresionó! —exclamó—. Los profesores deberíais tener cuidado con lo que decís en vez de llenarnos la cabeza de aire». Quiso resumirla: yo había dicho que todo lo humano puede volver a ser un gruñido de gorila —un ¡gr...!, un ¡o o o!, un ¡uh uh uh!—; todo, incluso la poesía, incluso «las verjas rotas del amanecer»[1] o «los sentidos que tropiezan con las espigas»,[2] era, de hecho, gruñidos. Al llegar aquí se interrumpió e hizo

un gesto con los dedos, seguramente imitándome, después concluyó: «¿Ves cómo me acuerdo de todo lo que decías?».

Sí, en efecto, yo algo recordaba. Para mi sorpresa, había citado a Zanzotto, a quien le aconsejé que leyera cuando era su profesor, versos que amaba y que seguía recitando a los alumnos de tercero. Sentí una punzada de orgullo porque las había guardado en la memoria, eran una parte imborrable de su formación y me halagó haber contribuido a hacer que fuese como era. Bajé la guardia, le dije que no me había ofendido, en absoluto, que me alegraba de ser un gorila y que en esa época los gruñidos —¡gr...!, ¡o o o!, ¡uh uh uh!— me salían muy bien, pero que disponía de poquísimo tiempo, tenía un compromiso y no podía quedar como un maleducado.

Al oír mi tono tajante, se volvió fría de golpe, la mirada pétrea. Dijo: «De acuerdo, vete, yo estoy bien, tú estás bien, haces razonamientos más seductores que antes, tienes una familia que funciona mejor que la sagrada familia, los dos nos hemos vuelto tan interesantes que aparecemos en las revistas, besos y abrazos». Acto seguido hizo amago de levantarse y aunque sabía que era una finta, la sujeté rápidamente por la muñeca para retenerla, le sonreí y murmuré: «Dos minutos son largos, dejémoslos correr». Y pedí dos cervezas —total, sabía que la cerveza le gustaba— de su marca preferida. Volvió a sentarse y dijo con una seriedad que rara vez demostraba:

—¿Quieres desperdiciar el poco tiempo de que disponemos o prefieres ir al grano?

—¿Cuál es el grano?

—Pues que si todavía te acuerdas de mí y me escribes cartas larguísimas (¿cómo estás?, ¿cómo es América?, ¿qué es de tu vida?, ¿tienes novio?, ¿te has casado?, ¿tienes hijos?) es por una razón que no te atreves a aclarar.

—La razón es una y meridiana: te tengo cariño.

—No, la razón es que quieres saber si soy y seré capaz de guardar tu confidencia.

Negué enérgicamente con la cabeza.

—Nunca he desconfiado de ti.

—Embustero.

—No, es cierto. Como mucho me preocupa que lo digas sin querer. Los dos estamos en un buen momento de nuestras vidas y no quisiera que por una tontería, un arrebato o una broma pesada nos hiciéramos daño.

—¿Lo ves? Estás preocupado.

Negué de nuevo con la cabeza fingiendo sentirme incomprendido. Entonces Teresa hizo un gesto inusual en todos los años de nuestra relación, un gesto de afecto desinteresado: alargó un brazo y me pasó los dedos pálidos por el dorso de la mano. Después admitió que, a nuestra manera excesiva y a veces cruel, nos habíamos querido mucho. Me dijo: «Ahora que han pasado los años, lo sé con certeza, y a veces, cuando me siento sola en la otra punta del mundo, llego incluso a pensar que todavía nos queremos. Es verdad que no fue posible convivir, es más, sospecho que el esfuerzo que hicimos para estar juntos empeoró nuestra naturaleza y la empeoraría aún más si nos frecuentáramos ahora. Pero separados podemos ser una pareja sólida».

—¿Una pareja? ¿Tú y yo?

Apuró la cerveza y me miró fijamente con los ojos brillantes de ironía.

—Claro: yo seré tu vigilante y tú el mío, para toda la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos casamos. Nos unimos en una especie de matrimonio que no es ni religioso ni civil, sino..., ¿cómo podríamos llamarlo?..., ético. Si uno de los dos falla, el otro tiene el derecho a decirle a cualquiera: «Ahora te contaré quién es realmente este hombre o esta mujer».

La miré perplejo. ¿Hablaba en broma o en serio? ¿Me proponía un control a distancia, un superyó exigentísimo que durante los siguientes cincuenta años me habría hablado con su voz y a ella con la mía? Qué chica tan fantasiosa, lástima que no lograba soportarla más de una hora. Tenía un cerebro que podía con todo, capaz en las materias científicas y humanísticas, y necesitaba una vida tensa, un filo de acero que vibraba contra la piel y la cortaba. Qué valor, qué audacia, ahora casi todas las chicas son así, pero entonces no. Teresa había sido un

trocito de futuro disparado por la periferia romana. Adiós a los padres, a la familia, a los amigos, «adiós, montes emergentes de las aguas, y elevados al cielo», y adiós sobre todo a mí. Dejó Italia, se subió a un avión en el que yo nunca me había subido y fue a parar a un lugar cuyas costumbres e idioma desconocía por completo, enfrentándose a toda clase de pruebas, obstaculizada por hombres y mujeres comúnmente malvados; nada había conseguido detenerla, lo había hecho todo lo mejor posible, lo había adaptado todo a sí misma.

No repliqué, solté una carcajada casi silenciosa y la dejé que siguiera dándole vueltas a la propuesta de matrimonio que acababa de hacerme. Pasó entonces a utilizar el tono que le conocía mejor, cada frase en equilibrio entre la seducción y la burla, una voz irónica, áspera, siempre rozando el sarcasmo. Los dos minutos se habían alargado, empezó a gustarme estar con ella en el bar bebiendo la segunda cerveza. Me olvidé de Tilde, de la llamada a casa que solía hacer por las noches cuando estaba fuera. Teresa se dedicó a pincharme, le había bastado con una ojeada desde el fondo de la sala para darse cuenta de lo que se cocía entre Tilde y yo, de lo que ocurriría aquella noche. «Qué vestido tan elegante —decía— llevaba madama Guapura. ¿Sabes cuánto tiempo pasa esa tiquismiquis delante del espejo maquillándose, haciendo gimnasia y aplicándose cremas que hay que atracar un banco para pagarlas? En un solo día se gastará lo que yo ahorraré en toda mi vida. Pero te entiendo, con señoras así da gusto. Debajo de ese vestido encuentras lencería fina, efluvios de perfume delicado, ni gota de grasa ni de celulitis, una buena elasticidad para satisfacer tus fantasías sexuales más audaces. Pero ten cuidado. No está bien que te la folles. Si ahora, por ejemplo, corrieras a meterte en su cama, humillarías a tu mujer. Entonces cabrían dos posibilidades. La primera es que cuando volvieras a casa hablaras con la pobre Nadia y le dijeras lo de siempre: No he podido dominarme, perdón, no volverá a pasar. Te muestras afligido, pronuncias frases de arrepentimiento y les das un toque de elegancia verbal, modulando tus gruñidos de gorila hasta convertirlos en una voz cadenciosa...».

La interrumpí con el tono de quien sigue el juego por puro

entretenimiento:

—Ni hablar: Nadia me echaría de casa y no volvería a ver a mis hijos.

—¿Entonces?

—Pues no le digo nada. Y si las cosas se ponen feas, miento. ¿Cuál es la segunda posibilidad?

—La segunda posibilidad es que yo me enterara, de una manera u otra, de que has engañado a tu mujer.

—Ah. ¿Y en ese caso?

—En ese caso, en cuanto consorte ética, yo también me sentiría engañada y le contaría a todo el mundo quién eres realmente.

—¿Me estás diciendo que se lo confiese todo a Nadia o renuncie a esa mujer?

—Sí.

Reí divertido, pero evidentemente nervioso.

—De acuerdo, renuncio.

Teresa volvió a acariciarme la mano.

—Buen chico. Si sigues así te convertirás en el más bueno entre los buenos.

—Lo mismo digo, dado que si me fallas corres el mismo peligro que yo.

—No corro peligro, yo ya soy buena.

Nos despedimos a eso de las once como viejos conmilitones que han vuelto a reunirse tras muchas experiencias en varios frentes de guerra y exorcizan su horrible pasado contándose anécdotas de cuartel.

19

Salí disparado hacia el hotel, paso rápido, manos en los bolsillos, iba a ser difícil justificarse con Tilde. Pero dudaba de que durmiera y la deseaba, la había deseado a lo largo de todo el día, aunque era

complicado distinguir si el deseo dependía solo de mí o derivaba de la certeza de que ella me quería y me esperaba. Las jocosas amenazas de Teresa no me habían hecho cambiar de idea. Desear a una mujer a pesar de estar casado no es una maldad. Teresa simplemente había jugado un poco con las palabras, había usado el pequeño adulterio que estaba a punto de consumarse tras años de fidelidad como un tema de conversación. A fin de cuentas, ¿qué había querido decir? Pues que a raíz de las confidencias que nos habíamos hecho, tanto ella como yo tendíamos a considerarnos malas personas. Sin embargo, el cariz que habían tomado nuestras vidas indicaba justo lo contrario: en este mundo cruel, nosotros éramos los buenos. Solo que, a diferencia de los otros buenos, sabíamos que podíamos volvernos malos, lo sabíamos tan bien que nuestra honradez innata nos había colocado en la categoría de los malos y nos había llevado a pensar que nuestra bondad era una ficción. Pero no fingíamos en absoluto, éramos realmente buenos, buenos que en ocasiones puntuales podían hacer cosas malas porque la vida es terrible y exponerse a ella comporta un riesgo permanente. El daño que podíamos causar, por Dios, era poco más que nada en comparación con el que podían hacer los malos. Cierto, el mal no deja de ser mal, aunque el mero hecho de planteárselo —el mal es mal sin atenuantes—, ¿no significaba que nos movíamos dentro del sistema de la bondad? Solo si uno aspiraba a la inflexible gélida perfección se sentía malo al mínimo fallo. Pero ser adulto —me dije— es, de hecho, renunciar a ser perfecto. De modo que sí, el matrimonio ético, una buena conversación afectuosa, un buen juego. Pero en aquel momento yo quería a toda costa concluir la velada quitándole a Tilde la ropa interior muy despacio. Podía sentir entre las manos su tacto tibio y a la vez un poco húmedo, como de prendas recién planchadas.

Entré jadeante en el hotel, ella estaba en el vestíbulo, sentada con las piernas cruzadas en una butaca de armazón dorado leyendo uno de esos manuscritos que siempre llevaba consigo.

—Tu mujer ha llamado tres veces —dijo—. Cuando a la tercera le han dicho que no estabas en el hotel, ha preguntado por mí.

—Perdona, me han entretenido.

—No es a mí a quien debes rendir cuentas, sino a ella. Le he dicho que la presentación ha durado más de lo previsto y que el debate se ha alargado después del cierre de la librería.

—Voy a llamarla.

—Te espero.

—¿Has cenado?

—Hace una hora. ¿Y tú?

—Yo no.

—¿Quieres que te pida un sándwich de jamón y queso?

—Gracias.

Corrí a llamar a Nadia, me respondió con la voz que tenía cuando por algún motivo la despertaba.

—¿Por qué me has llamado? ¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Sabes que a esta hora estoy durmiendo.

—Quería decirte que todo ha ido bien.

—Lo sé, he hablado con Tilde. ¿Por qué has vuelto tan tarde?

—Unos profesores querían seguir hablando y me han llevado a un bar a dos pasos de la librería.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Ve a dormir.

—¿Y los niños?

—Todo bien.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Volví con Tilde aliviado, Nadia me había parecido tranquila. Devoré el sándwich, bebí otra cerveza, bromeé con ella, ella bromeó conmigo.

—¿Has acabado?

—Sí.

Abandonamos las butacas de armazón dorado y nos dirigimos al ascensor, esta vez hablando del texto que Tilde estaba leyendo. Pulsó el botón de la cuarta planta, mi habitación estaba en la tercera. Seguimos hablando del manuscrito como si fuera el único argumento que

realmente nos importara. Cuando salió del ascensor, la seguí. Se puso a buscar las llaves mientras yo continuaba proponiéndole algunas ideas para enriquecer el texto en caso de que decidiera publicarlo. Abrió la puerta de la habitación, entró, fui detrás de ella y dejé abierto. Tilde se dio la vuelta, dejó el bolso en una silla y dijo:

—¿No cierras?

Recuerdo con nitidez el largo instante que siguió a aquella pregunta. De repente sentí que no tenía ninguna necesidad real de abrazar a aquella mujer, de acariciarla, de entrar de varias maneras en su cuerpo superando el cansancio de la jornada, los párpados pesados. Cerré la puerta, ella dijo:

—Voy un momento al baño.

Desapareció con un movimiento agraciado, casi de puntillas. Me quedé solo, miré alrededor, la habitación era idéntica a la mía del tercer piso. Oí correr el agua. Sentía deseo, pero ninguna obligación: nada ni nadie me imponía disfrutar del cuerpo de Tilde y dormir allí con ella. Se trataba simplemente de elegir entre cortar los lazos que casi sin darnos cuenta llevábamos largo tiempo estrechando —comenzando, sin duda, por aquella vez que me había chupado los dedos al comerse un trozo de tarta mientras desayunábamos en el hotel de una ciudad que yo ni siquiera recordaba ya— o completar el bosquejo en que nos habíamos introducido con colores cada vez más definidos. Me pregunté por qué estaba en esa habitación en lugar de en la mía; por qué esa mujer, casada, con hijos, muy guapa, me había acogido en su espacio y en ese momento se disponía, creo, a cepillarse los dientes, a prepararse para la noche, para mí. Me respondí que todo eso ocurría porque ella no me veía como en realidad era, sino como yo siempre había deseado ser y como en los últimos años había empezado sorprendentemente a sentirme. Y pensé que, si quería conservar el afecto, la estima y el deseo que Tilde sentía por mí, debía comportarme de manera coherente con el ideal de persona que había tocado su sensibilidad, su inteligencia. Ella salió del baño, iba descalza, vestida únicamente con una combinación azul oscuro. Le cogí la mano izquierda y se la besé con devoción, le pasé la lengua por la palma, que

olía a crema para el cuerpo.

—Eres muy hermosa y te deseo muchísimo —le dije—, pero lo dejo aquí. ¿Qué pasará mañana? Haremos el amor, ¿y después? No, no soy capaz de engañar a mi mujer, la quiero y quiero a mis hijos. Creí que podía, pero no puedo, no es mi manera de ser, no soy así.

Pronuncié la última frase con el orgullo genuino de un hombre justo. Tilde retiró la mano con brusquedad y me golpeó la cara con la otra, las gafas salieron volando y acabaron encima de la cama. Me toqué la mejilla, sentí que se me humedecían los ojos y me oculté de su mirada furibunda con la excusa de recogerlas.

—Buenas noches —dije.

—Espera, perdóname —murmuró Tilde—. Ha sido una reacción incontrolada, es culpa mía, ven.

—No —susurré—, el culpable soy yo. ¿Desayunamos juntos mañana a las ocho?

—Sí.

Salí y bajé la escalera hasta el tercer piso. Me dolía la mejilla, pero no había perdido el equilibrio, no me había caído, es más, me sentía ligero. Todo lo que parecía sólido estaba hecho de aire y sostenía mi peso como si yo fuera un avión que por fin toma un rumbo seguro. Estaba contento.

20

Aunque me remonto a aquella noche milanesa para marcar el comienzo de mi nueva vida, desde hace tiempo considero un autoengaño fijar la fecha de un principio y la de un final. Ya a la mañana siguiente, las cosas empezaron a mejorar sorprendentemente. Tilde y yo desayunamos juntos con una alegría genuina, como si el día anterior, temiendo una enfermedad mortal, nos hubiéramos sometido a una prueba clínica concluyente cuyo resultado hubiera sido que estábamos

sanos y nos sintiéramos orgullosamente vivos.

Durante el viaje de vuelta logramos incluso hablar de lo que había pasado y nos reímos mucho. Pero en un momento determinado, mientras ella conducía, me puse serio, le rocé con un dedo el dobladillo del vestido —una frontera trazada a poca distancia de las rodillas delgadas— y busqué las palabras para describir una impresión que tenía desde que nos habíamos subido al coche. «Si hubiéramos hecho el amor —dije— mi dedo, en este momento, no sentiría las emociones que le sugiere la tela del vestido». Tilde estuvo de acuerdo y empezamos a imaginar todas las sensaciones que habríamos perdido para siempre si durante aquella noche hubiéramos descubierto cada milímetro de nuestros cuerpos hasta volvernos indiferentes el uno a los detalles del otro. La lista nos divirtió y solo hubo un momento de amargura cuando Tilde, justo mientras le hablaba de la forma de su oreja, pequeña y casi sin lóbulo, muy pegada a la nuca, exclamó de repente:

—Qué tontería.

—¿Te has cansado de jugar?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no, sigue. Pero ahora sé que lo último que quería hacer contigo es el amor.

—Entonces ¿qué querías?

—No sé explicártelo sin ponerme en ridículo.

Pronunció esa frase con una contracción de los labios, algo tanto más sorprendente cuanto un instante antes parecía contenta. Estuve a punto de decirle que se atreviera a ponerse en ridículo, pero decidí no hacerlo porque me acordé de una frase muy parecida que Teresa me había gritado años antes, en una de nuestras peleas. Fue en el estudio de San Lorenzo. Ella estaba tratando de decirme algo relacionado con su necesidad de amor, necesidad que yo reduje a una sarcástica trivialidad. Teresa, a pesar de enloquecer de placer cuando hacíamos el amor, me respondió: «Perdona, ¿eh?, pero ¿no creerás realmente que estoy contigo por ese chisme ridículo que tienes entre las piernas?». Se puso tan furiosa que empezó a romper cosas mientras gritaba que no había manera de explicarse conmigo, que a pesar de dar la impresión

de que lo entendía todo, absolutamente todo, incluso los sentimientos más vagos y los pensamientos más difíciles de expresar, en realidad era el más obtuso de los hombres, trituraba a quienes acababan encima o debajo de mí, era una trampa, una trampa que sabía ocultar muy bien. Después se calló y de su pecho brotó un hondo sollozo; se había puesto azul, como un niño desesperado que se queda sin respiración. Empecé a gritar asustado: «¡Teresa, por favor, Teresa!, ¿qué tienes?», hasta que volvió a respirar.

Tilde me miró de reojo. Esperaba que dijera algo, pero debió de darse cuenta de que me había perdido en algún lugar y murmuró para sí: «Tengo que parar cinco minutos». Poco después aparcó en un área de servicio, desapareció para hacer pipí y yo hice lo mismo. Cuando salimos del baño, me cogió de la mano con una expresión muy concentrada, me llevó hacia un parterre cercano y dijo: «¿Te quedas a mi lado mientras echo una cabezada?». Se arrodilló y se tumbó sobre la hierba. Incómodo, miré alrededor antes de tenderme a su lado. Tilde en cambio se puso enseguida cómoda y apoyó la cabeza sobre mi hombro con naturalidad. El aire transportaba un agradable aroma a hierba recién cortada, que competía por imponerse al olor de gasolina. No pegué ojo, pero ella durmió casi media hora pegada contra mi costado, un brazo en diagonal sobre mi pecho. Al despertarse —bruscamente y desorientada— dijo: «Ahora estoy bien», e hicimos el resto del viaje hasta Roma, hasta el portal de mi casa, charlando como siempre. Nos despedimos prometiéndonos que seríamos amigos para siempre. Con un deje de ironía, se limitó a decir: «De mí puedes fiarte, pero te aconsejo que tengas cuidado con la mujer que estaba al final de la sala». Después, mientras arrancaba, me gritó que saludara a Nadia y a los niños.

He de decir que yo estaba impaciente por abrazar a mi mujer. Entré en casa intranquilo, temeroso de que el deseo que sentía por Tilde me hubiera dejado una mirada huidiza, un empacho que Nadia, con su olfato de consorte ansiosa, pudiera detectar. Pero era casi medianoche, estaba durmiendo. Masculló algo en sueños sin percatarse de mi regreso.

Al día siguiente noté que mi mujer estaba de buen humor, estado de ánimo que fue aumentando en las semanas sucesivas; es más, se volvió afectuosa como no lo era desde hacía tiempo. Al principio me preocupé, temí que quisiera tener otro hijo. Pero pronto me resultó claro que consideraba cerrada una fase de su vida y quería disfrutar plenamente de lo que tenía. De hecho, empezó a hablar de la universidad como de un lugar remoto habitado por escorpiones y serpientes de cascabel, y a referirse al instituto como su lugar de trabajo definitivo. Lo hizo sin mostrar insatisfacción, al contrario, cada día demostraba mayor habilidad para compaginar de manera llevadera la enseñanza y las obligaciones para con los hijos. Así que tomé nota de que la joven Nadia se había extinguido y de que en casa y en la cama tenía a una mujer equilibrada que se consideraba una buena profesora de matemáticas, madre diligente de tres niños y esposa que, tras una larga fase de declive, volvía a cuidarse para no hacer mal papel al lado de su marido, un hombre con cierto prestigio.

El cambio me tranquilizó. Si Nadia estaba bien, Emma, Sergio e incluso el enfermizo Ernesto también lo estaban. Pero sobre todo lo estaba yo. Podía enseñar, estudiar, hablar en público de mis libros, colaborar con revistas y periódicos, vivir sin miedo a ocasionar heridas involuntarias en el organismo familiar, o a hurgar en ellas, justo mientras plasmaba una imagen pública coherente y posiblemente intachable. Nadia estaba presente y se ocupaba de todo, en especial de mí, y era feliz haciéndolo.

No me pregunté el motivo de su agradable cambio, y no por desinterés, sino por prudencia. Nadia empezó a seguir con atención mis vicisitudes de pequeño intelectual que aprovecha cualquier ocasión para reflexionar sobre la importancia de la enseñanza, y a menudo me comentaba con orgullo que alguna compañera de trabajo, sus amigas de Pratola Peligna o los amigos de sus padres habían leído uno de mis libros o algún artículo mío recién publicado. Pero había notado que si

yo presumía más de la cuenta, incluso de broma, su orgullo y su interés a veces se convertían en sonrisas forzadas y se retiraba como si tuviera algo urgente que hacer. Llegué incluso a sospechar que algunos episodios de melancolía o las depresiones pasajeras fueran consecuencia del malhumor que le provocaba el relato de mis éxitos. Un sábado por la mañana le leí en voz alta la carta de un académico entonces muy conocido en la que me felicitaba por un breve artículo en prensa. Nadia esbozó una sonrisa ladeada.

—Será amigo de Itrò.

—Puede ser.

—Seguro que lo es, a veces olvidas lo mucho que le debes.

—El artículo lo he escrito yo, no él —dije con prudencia.

—Es verdad, pero ahí fuera hay mucha gente que vale.

—¿Quieres decir que si leyeras un artículo mío en el periódico no lo apreciarías prescindiendo de la autoridad de Itrò?

—Sí que lo apreciaría. Pero ¿estás seguro de que te habrían dejado publicarlos sin su apoyo?

Reconozco que no lo estaba. Lo hice para no discutir, quería evitar roces con ella, tenía los días llenos de compromisos. Nuestra casa empezaba a ser muy concurrida, iban a verme estudiantes y profesores de otras ciudades que me contaban sus experiencias didácticas, pero también personas que trabajaban en revistas o editoriales pequeñas, gente que quería debatir, proponer iniciativas, utilizarme para esto o lo otro. Nadia, en especial si se trataba de mujeres, se volvía huraña, y después decía: «Quizá deberíamos realmente cambiar de casa, esta es muy pequeña, los niños no saben dónde jugar y yo necesito un espacio para mí, no quiero vivir en una casa de locos». Ni que decir tiene que no podía negarme a recibir a las personas con frases como «No vengáis a verme, mi mujer se pone de malhumor, sobre todo si sois chicas vivaces o profesoras cultas y reflexivas». Replicaba: «Tienes razón, en cuanto tengamos dinero, echaremos cuentas y cambiaremos de casa».

Debo admitir que el dinero estaba llegando y yo llevaba las cuentas seriamente; a menudo le mostraba a Nadia los ingresos para recalcar con entusiasmo que nuestros ahorros aumentaban. Pero fue justo ese

tema el causante de otro peligroso periodo de tensión. Una noche, después de cenar, le comenté con orgullo que acababa de recibir otro ingreso proveniente de los libros. Dije: «He ganado», primera persona singular del pretérito perfecto. Ella, que había quitado la mesa y estaba planchándome una camisa —al día siguiente me iba de viaje, no hacía más que irme—, me corrigió sin siquiera levantar la vista de la tabla.

—Hemos ganado. Sin mí no habrías escrito ni una línea.

—Sí, me has apoyado, tu presencia ha sido fundamental —añadí rápidamente.

—No me refiero a mi presencia, sino a mi tiempo. En lo que escribes, en tus viajes, tu éxito, los halagos que recibes y tus alardeos hay un montón de mi tiempo.

—Claro, Bertolt Brecht: «Una victoria en cada página. ¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?».

—Cocinar es lo de menos, bastaría con un sueldo de cocinera. Tú me debes mucho más.

La miré perplejo. Estaba de pie en la cocina, pasaba la plancha una y otra vez con la mirada baja como si quisiera alisar sobre todo las dobleces.

—Tienes razón, perdona —zanjé—. Hemos ganado.

22

Empecé a sentirme más casado con Teresa que con Nadia. Pero quizá no sea la manera correcta de expresarlo; quizá debería decir, sencillamente, que mi compañera de vida me sentaba peor que la mujer al otro lado de océano, aquella que de vez en cuando irrumpía en mi vida desatando un excitante torbellino en el que era posible salvarse y probable perderse. En resumen, esa nueva institución que Teresa se había inventado y había rebautizado irónicamente como «matrimonio ético» empezó a funcionar. Tanto más cuanto que ella comenzó a

escribirme sin que yo se lo pidiera, y no a la dirección de casa, sino a la del instituto. Al principio eran cartas breves, afectuosas, una por semana, que para ser sincero podrían resumirse en un simple «cómo estás». Pero yo las leía una y otra vez, sorprendido por el cambio, y cuando le respondía llenaba al menos dos folios con letra apretada, comentando con entusiasmo o evitando de manera precavida lo que me parecía que sugería entre líneas.

Aquel intercambio epistolar pronto se convirtió en una costumbre. Ella me contaba brevemente su vida —roces en el trabajo; poco dinero; novios que duraban apenas unas semanas; las cucarachas enormes de Boston, que se encontraba hasta en la cama o en el pasillo cuando iba al baño de noche—, y yo la mía, por extenso, pidiéndole a menudo consejo para resolver alguna que otra situación incómoda o comentándole cierto evento que consideraba un paso decisivo para mi carrera.

No sé si fue la vigilancia epistolar de Teresa lo que me cambió todavía más. Lo cierto es que si ella misma, a pesar de su genio, a veces se ablandaba y reconocía entre renglones, con tono meloso, que nuestra correspondencia le sentaba bien, ¿por qué no iba a poder yo al menos suponer que sí, que nuestro pacto matrimonial funcionaba? La sentía cada vez más cercana, en aquellas cartas, a pesar de que su tono era casi siempre sarcástico: «Muy bien, quién lo habría dicho, el hombre más egocéntrico e insensible que conozco está volviéndose menos intransigente, ¿te estás ablandando?».

Exageraba, claro, yo nunca había sido intransigente. Pero después de Milán mi predisposición a la tolerancia cambió, se transformó en una actitud estable y bien dispuesta que, como descubrí, daba buenos resultados. Con los alumnos, por ejemplo, inauguré una pedagogía del afecto más explícita, es decir, me dedicaba con diligencia a los más frágiles, a los más rebeldes, a los que parecían menos dotados. Con los compañeros extremé la amabilidad y la buena educación, me ocupé sobre todo de aquellos a los que marginaban por alguna razón. Empecé a encontrar interesante incluso a mi suegro —el viejo director pedante que pretendía darme lecciones de vida cuando en realidad era un

provinciano que no sabía nada de ella—, lo cual me sorprendió; a tal punto que en una ocasión mi suegra le comentó a Nadia: «¿Qué le pasa a tu marido? ¿No está harto de darle tanta cuerda a papá?». Lo bueno era justo eso: no me hartaba de nadie, ni siquiera de los pesados. Cuanto más tiempo pasaba, más dispuesto estaba a escuchar a cualquiera y siempre encontraba algo que aprender de los otros o tenía algo que decirles.

También gocé de un estado parecido a la placidez —de momento lo llamaría así: un júbilo contenido, una alegría moderada—, con el que me enfrentaba a los debates públicos. A esas alturas sabía que era un buen orador, ya no me asaltaba la ansiedad por demostrármelo. Cuando hablaban los demás, evitaba mostrar impaciencia. Escuchaba con benevolencia sincera a los participantes y también en esas ocasiones sentía cómo crecía en mi interior una simpatía por los más agresivos, por los más odiosos. Escuchaba atentamente lo que decían, sin perder palabra, y a menudo me parecían personas más profundas que las agradables. Mientras les prestaba atención no exteriorizaba —es importante puntualizarlo— asentimiento, en absoluto, sino comprensión, que manifestaba con un sonido indistinto, difícil de describir con palabras, parecido a una *e* que tiende a ser una *u*. Cuando se hacía el silencio y me tocaba hablar, revisaba sin prisa mis apuntes, dibujaba por última vez en el aire ese garabato sonoro y después empezaba un discurso crítico pero comedido, con un tono afable que el público siempre apreciaba.

Una vez le escribí a Teresa para burlarme de ella: «Aquellas dos horas en el bar de Milán me iluminaron; mi cuerpo, al encontrarse de nuevo cerca del tuyo, echó cuentas de nuestra tormentosa convivencia, cuando cada día que pasaba te toleraba menos, y entendió, sintió, que un espíritu comprensivo es la única vía para hacer frente a las personas insoportables». Justo así, con tono falsamente solemne. Como es natural, ella se enfadó muchísimo, me cubrió de insultos, y escribió: «El que fue y sigue siendo insoportable eres tú, imbécil, mezquino, falso y cruel, con esas frasecitas que siempre han volcado tu maldad sobre mí, una maldad que solo era tuya». Concluyó diciendo que si no me

disculpaba por lo que había escrito, rompería definitivamente conmigo y tendría que atenerme a las consecuencias.

Su respuesta me entristeció. Teresa, a pesar de su edad y su éxito, seguía siendo como era de chica: quisquillosa. Interpretaba que en cualquier ironía por mi parte subyacía una intención de perjudicarla, lo cual era mentira, o al menos eso me parecía, pero si se lo decía se enfadaba todavía más; era injusta y sin embargo estaba convencida de que tenía razón. Me apresuré a pedirle perdón, le dije que a veces no me daba cuenta de lo que decía. «Me riñes —escribí— y como ves yo me corrijo, aprendo». Le supliqué que siguiera escribiéndome, corrigiéndome. Si a veces me equivocaba, gracias a ella, a nuestro carteo, había dejado de equivocarme en la vida cotidiana.

23

Y, en efecto, así era. Al principio, debo admitirlo, tuve la impresión de que yo estaba imitando a otro: a un personaje de novela o del cine que no lograba recordar, o a alguna persona real con la que me había cruzado de pequeño y que me había dejado huella. Pero en un momento dado —una novedad en mi vida— llegué a decirme que no, que a los cuarenta años esa sensibilidad y esa inteligencia por fin me pertenecían.

Ocurrió concretamente una noche, en la misma zona de la periferia donde estaba mi instituto, dentro de una salita sórdida. Fue un episodio decisivo. Habían organizado el consabido debate, pero en cuanto llegué tuve la impresión de que todo se complicaría: la persona que me había invitado me recibió con antipatía, y, sobre todo, encontré sentado a la mesa, a mi lado, al mismo individuo que mucho tiempo antes había demolido mi primer libro en pocas palabras y después se había levantado y se había marchado.

En cuanto lo reconocí me sentí muy incómodo. Fue él quien me

presentó ante el público: madres de familia con niños revoltosos, jubilados, estudiantes, algunos compañeros de mi instituto. Como suele hacerse en estos casos, el moderador debía pronunciar unas pocas palabras, pero él se extendió mucho más de lo que le correspondía y se comportó como si fuera el verdadero protagonista de la velada. Y sobre todo, en vez de halagarme, como se acostumbra a hacer, analizó puntillosamente mis libros y algún que otro artículo para demostrar su inconsistencia. «Se trata, en su mayor parte, de lugares comunes sin sentido», llegó a decir en un derroche de sarcasmo.

El hombre contaba con un número apreciable de partidarios en la sala: se oyeron una o dos carcajadas, risitas, un aplauso. Mientras duró su charla, no perdí palabra ni levanté la vista del paño que cubría la mesa, un muletón de un fastidioso tono lila que a la luz de dos viejos tubos de neón se volvía ahora color sangre, ahora morado como un cardenal. Me mareé un par de veces y tuve miedo de caerme de la silla, pero no dejé de prestar atención y no di señales de impaciencia.

Fue un momento verdaderamente crítico. Tuve que encajar el golpe de las ofensas, contener la rabia y las ganas de reaccionar de manera violenta. Aquel hombre robusto de edad indefinible, cuello de toro y boca rasgada de labios muy finos, escupía veneno con evidente satisfacción. Estaba tan vencido por la malquerencia que hasta su sudor y el olor que emanaba se me antojaban envenenados. No obstante, me di cuenta de que resistir era cuestión de tiempo: cuanto más hablaba, más me inmunizaba; cuanto más se enfriaba la lava que me quemaba el pecho, más notaba un poso de sufrimiento en sus palabras. Era profesor de derecho, se llamaba Franco, al principio de la velada alguien lo había llamado Franchino. Tenía una mancha negra en la uña del pulgar derecho, como si se hubiera pillado el dedo en una puerta. Hizo gran parte de su largo discurso vuelto hacia mí, no hacia el público, como si solo le importara asegurarse de que yo entendía perfectamente la inquina que me tenía. Quizá por eso, en vez de su intervención, se me quedó grabado el contraste entre la palidez de la cara y la rojez de los ojos. Por otra parte, aquí y ahora no importa la clase de críticas que me dirigió; reiteró, con fórmulas cada vez más agresivas, un solo concepto:

si el Estado daba a los profesores sueldos de mierda, los profesores debían corresponderle con prestaciones de mierda. Todo lo demás se desprendía de esa tesis. Para él, la conclusión principal era que quienquiera que predicara la necesidad de un trabajo bien hecho a pesar de todo —como yo, por ejemplo— era un esclavo. Un esclavo, dijo mirándome fijamente con los ojos rojos, de los directores, los superintendentes y los ministros, un esclavo de la maquinaria de explotación abusiva del trabajo mal o no retribuido. Llegados a ese punto, calló y fue muy aplaudido, y, para sorpresa de todos, también por mí, que lo ovacioné con determinación y fui el último en dejar de aplaudir. El hombre me miró dudoso, se secó la boca húmeda con el dorso de la mano, esbozó una sonrisa pérfida, miró el reloj de pulsera que había colocado sobre la mesa una media hora antes y dijo: «He hablado demasiado». Pero no se disculpó.

Menos mal que ha hablado demasiado, pensé con alivio, porque si hubiera hablado solo cinco minutos habríamos llegado a las manos. A lo largo de esa media hora pude en cambio reconocer su infelicidad. Era una infelicidad que conocía, la del sujeto —un espasmo de la materia con forma de organismo humano— frente a un mecanismo mal proyectado, mal realizado y mal reformado —el aula, la escuela, el instituto, la enseñanza—, que en un principio parece corregible, solo un pequeño defecto, pero que después se extiende a toda la institución educativa, a la familia, a la organización de la vida colectiva en todas sus formas precarias. Su infelicidad me enterneció, temí llegar a conmoverme cuando, después del aplauso del público a Franchino, tomé la palabra y me declaré de acuerdo con él incluso en las críticas más feroces que había proferido contra mí y me dispuse a contarles a todos, a mi manera, la desesperación que acababa de reconocer. «Es terrible —dije resumiendo en voz alta páginas de mis dos libros— y desconsolador que recaiga sobre uno la responsabilidad de jóvenes vidas; que se le exija a uno todo a cambio de nada; saberse continuamente desoído; presentar un informe a tus superiores exponiendo tus problemas y que nadie lo lea; denunciar en qué condiciones trabajas y que nadie tome nota; gritar y que nadie te

escuche; que todo permanezca inamovible, irresuelto, en tu clase y en el mundo, hasta que, extenuado, dices que no te importa una mierda que la catástrofe se abata sobre nosotros, que te da igual que se eche todo a perder, que cuando toquemos fondo el impacto prenderá la chispa, hierro contra hierro, y todo se incendiará y lo reconstruiremos como es debido. Pero mientras tanto, la vida pasa, y pasa cada vez más envilecida, la nuestra y la de los chicos que desfilan por nuestra clase año tras año, y en verdad nunca se toca el fondo; se toca el deterioro, la vejez, la muerte, pero no el fondo porque lo peor no tiene fin. Por todo ello —concluí—, os diré lo que pienso. No me interesa constatar que los mejores seguirían siendo los mejores y los peores seguirían siendo los peores aunque yo no fuera su profesor. Con independencia del sueldo de mierda y del apocalipsis venidero, afirmo humildemente que me siento menos triste, sí, menos triste, si trabajo para que los mejores lo sean aún más y los peores aprendan a hacerlo mejor. No tengo la intención de rebajarme, y rebajar a mis alumnos, al nivel más ínfimo de la enseñanza. Los seres humanos reducidos al gruñido de un gorila no prometen nada bueno. Por eso, querido compañero, tratemos de mantener a raya nuestra infelicidad y reaccionemos. Las rebeliones o, si lo prefieres, las revoluciones, no se hacen con gruñidos, etcétera». Seguí adelante con este tono, claro y sintético, otro cuarto de hora, tocando a menudo el brazo de Franchino, ese profesor de Derecho que me detestaba, e incluso, en un momento determinado, cogiéndole la mano del pulgar con la uña negra. Me sentía como si hubiéramos sido compañeros de pupitre desde la infancia, ambos obligados desde entonces a compartir celda, víctimas de la misma reclusión. Fue un cuarto de hora verdaderamente espléndido, por la manera en que me ajusté a la realidad y por la emoción que me embargó. Cuando concluí, el público me mostró su consenso, sobre todo las madres de familia y los alumnos.

Franchino en cambio se levantó de golpe y se apartó, parecía molestarlo incluso la presencia de sus partidarios. En mi fuero interno esperé no haberlo herido, es más, cuando acabé de hablar con padres, madres y abuelos, trabajadores que temían por el futuro de sus hijos y

nietos, pasé por su lado adrede y lo saludé con un gesto cordial de la cabeza, lo cual —me di cuenta— le pareció inverosímil. ¿Yo saludándolo a él? Me dedicó una mirada atónita, una especie de respingo a caballo entre la hostilidad visceral y el impulso de dirigirme inmediatamente la palabra, de decirme cualquier cosa con tal de que la hora en que nos habíamos expuesto en público codo con codo no acabara así, sin añadir aunque fuera una media frase vaga e inoportuna.

—¿Te vas?

—Sí, es tarde.

—Espera un momento.

—De acuerdo.

Cogió el abrigo, me siguió a la calle, hasta el coche.

—Te ha sentado mal —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Me he pasado de la raya, no sé por qué lo he hecho. He actuado con resentimiento, hace tiempo que me corroe, pero créeme si te digo que yo no soy así, o al menos no querría serlo. Esta noche, mientras hablabas, no he dejado de preguntarme qué me había impulsado a decir lo que he dicho, a hablar como he hablado, cuál era el motivo. Perdona.

—No hay nada que perdonar, lo que has dicho me ha hecho reflexionar.

Le hablé sin recurrir a argucias retóricas, o al menos eso me pareció en aquel momento, y me sentí bien. Sentí como mía su amargura, su arrepentimiento, y me alegré. Estreché la mano de Franchino, le di mi número de teléfono y le dije que me llamara, que nos viéramos, que encontráramos una ocasión para seguir hablando.

En definitiva, cuando la velada concluyó no solo estaba satisfecho de mí mismo, como solía ocurrir últimamente, sino que experimenté un sentimiento de estabilidad. Siempre había temido que mi coherencia —todo bien atado, ninguna discrepancia— fuese, como solía decir Teresa, frágil. Tras esa última experiencia me pareció en cambio muy improbable que pudiera volver a ser como había sido: un hombre

frustrado, desleal, incoherente y, si se terciaba, traidor. Pensé que, al contrario, la amenaza de Teresa —que era en realidad una salvación, una manera fantasiosa para que siguiéramos en contacto— no ejercía ninguna influencia sobre nuestra naturaleza, casi seguro que no sobre la mía. Es decir, llegué a la conclusión de que —una novedad para mí —, quizá por motivos en los que no me gustaba pararme a pensar, me había falseado a mí mismo desde niño, en realidad siempre había tendido a la bondad y que, aunque me hubiera descarriado en la primera parte de mi vida, eso le pasaba a todo el mundo, a los grandes hombres y a los pequeños, no era grave, nada que no pudiera corregirse. Así que me impuse —y escribí a Teresa para contárselo, como si fuera en verdad una esposa adorada a quien se le confían todos los pensamientos y los sentimientos— que a partir de ese momento mi objetivo no sería simple y llanamente mantener el buen camino poniendo atención en no descarriarme, eso ya no me bastaba, sino ser siempre como había sido en aquella salita del extrarradio: un yo perfecto en total armonía conmigo mismo.

24

Traté de respetar mi propósito. Mientras tanto, Nadia, conchabada con Tilde e Itrò y asistida sobre todo por la mujer de este, Ida —una pianista técnicamente aceptable pero con poco trabajo, delgadísima, siempre vestida de negro como si ya fuera viuda—, se empleó para que cambiáramos de casa. Mi mujer se había convertido definitivamente en otra persona: había salido de las tres maternidades primero de manera tímida y después cada vez más determinada, una mujer rebosante de energía, muy cordial con mis amigos y conocidos, dispuesta a mostrar su espíritu práctico. Gracias a ella dejamos el piso del final de via Nomentana y alquilamos uno en el Lungotevere Flaminio, a dos pasos de la lujosa casa de los Itrò. Tras algunas dificultades iniciales, todo fue

resolviéndose e incluso Emma, Sergio y Ernesto, a los que el cambio había afectado al principio, aceptaron que habíamos ido a mejor. El piso era luminosísimo, los dos niños compartían una habitación amplia y bonita, mientras que Emma disponía de una pequeña para ella sola. Nadia eligió como estudio un cuarto que se asomaba al Tíber y yo tuve que conformarme con una galería de escaso tamaño que daba a una terraza, más allá de cuya barandilla la vista abarcaba antenas, tejas y chimeneas o se hundía en un patio profundo y oscuro.

Durante un tiempo continuamos dando clase en nuestro instituto del extrarradio, lo cual resultaba incómodo. Teníamos que levantarnos a las cinco y media de la mañana y aun así era tarde para la complicada organización familiar. Pero Itrò se tomó a pecho nuestra situación y pronto encontró la manera de que nos trasladaran: a mí, a un prestigioso instituto del centro, y a mi mujer, a un instituto técnico debajo de casa. De modo que, con una punzada de melancolía, dejé para siempre el instituto donde había trabajado desde que cumplí los veinticuatro, donde conocí a la Teresa quinceañera, donde fui su profesor a lo largo de tres años y donde había encontrado a Nadia cuando todavía soñaba con convertirse en profesora universitaria.

En la nueva sede me recibieron primero con amabilidad, después con hostilidad, y al final, pronto, prontísimo, con simpatía. Naturalmente, con algunos profesores y con pequeños grupos de alumnos la enemistad duró un poco más y tendía a acentuarse cuando publicaba algún artículo en que arremetía contra quienquiera que, de manera programática o por incompetencia personal y en cualquier grado de la jerarquía, trabajaba y estudiaba con desidia. Pero pronto ocurrió una de las muchas cosas en aquella época sorprendentes —y yo era el primer sorprendido—. Cuando ya me había olvidado de él, Franchino me llamó. Nos encontramos y hablamos largo y tendido tomando una cerveza. A partir de ese momento empezó a dar señales de vida cada dos semanas. Confraternizamos mucho y fue varias veces al instituto, donde precisamente descubrí que era muy conocido y estimado por su compromiso político y sindical justo entre los que me criticaban con dureza en cuanto tenían ocasión. Les causó mucha extrañeza que

Franchino se dignara hablar conmigo en el patio. Hubo quien se acercó con actitud respetuosa para escuchar y quien después me preguntó desorientado: «¿Lo conoces, sois amigos?». Por un tiempo se generó algo de expectación. ¿Quién era yo?, ¿un reaccionario?, ¿un simpatizante del Partido Comunista?, ¿un comunista? Algunos se apresuraron a cambiarme de casilla en su personal clasificación político-cultural, otros no me asignaron otra más digna hasta que Franchino, en pocas y generosas palabras, dio públicamente trascendencia a lo que yo escribía, a mí. Así que, al cabo de poco tiempo, me encontré a gusto en el nuevo instituto y, he de admitirlo, en excelentes relaciones con mi exdetractor.

En las cartas que seguíamos escribiéndonos, le hablé mucho a Teresa de Franchino. Ella me respondió recordándome lo mal que habían acabado mis grandes amistades del pasado. Yo mismo le había contado que algunas se habían terminado con la misma rapidez con que se habían forjado, es más, ella había sido testigo en un par de casos de ambas cosas. Y tenía razón, ese apego que me demostraba Franchino no era algo nuevo, yo siempre había suscitado en ambos sexos la necesidad de trabar un vínculo indisoluble. Desde la infancia me habían considerado indispensable: los compañeros de juegos y los amigos pretendían la exclusiva, me agobiaban. Pero ¿qué pasaba después? Era como si todos, a su manera, se asustaran de la fuerza de ese vínculo y, de buenas a primeras, pasaran de imponerme su presencia a convertirse en sombras de la memoria. Las chicas hacían un drama, gran parte de mis relaciones sentimentales acababan en separaciones dolorosísimas. Los chicos en cambio me decían con brusquedad, sin un motivo justificado: «Es mejor que no volvamos a vernos».

Esta tendencia me había herido, siempre la había temido. Me sentía tratado como un libro que al principio apasiona y después no cumple con las expectativas o incluso toma una deriva que desagrada. ¿Acaso mi madre —mi propia madre— no se había comportado de la misma manera? Había sido su hijo preferido, pero en mi familia el afecto no era suficiente para acabar con la angustia. Mi padre creía que lo engañaba —tenía esa obsesión— y la acusaba a gritos; ella respondía

también gritando: «¡No es verdad, estás loco, te imaginas cosas que no existen!». Yo experimentaba un dolor tan grande por el dolor del uno y el otro que aprendí muy pronto a distanciarlos, a difuminarlos, a borrar el cariño que sentía por ellos y, sin darme cuenta, por cualquiera. Recuerdo que ya a los ocho o nueve años mis pensamientos eran gélidos. Si es una puta, pensaba, que no se limite a gritarle, que la mate; y si no lo es, que deje de martirizarla o un día cogeré el cuchillo del pan y me lo cargaré mientras duerme. Veía la sangre, ahora del uno, ahora del otro, pero sin emociones, desde lejos. Una vez, en la cocina, en nuestra miserable cocina de Nápoles —años cuarenta, principios de los cincuenta del siglo XX—, mi madre vio algo en mis ojos, o quizá fuera una mueca, y me dijo que la asustaba. ¿Asustarla yo? Eran ellos los que me asustaban a mí. Cuánto me había hecho sufrir esa frase... Sin embargo, había acallado mi sufrimiento para ocultarlo. A veces rondaba a mi madre para ver si recibía una caricia de ella, pero no recuerdo que me las hiciera.

Sin embargo, en aquel momento —la década de los ochenta— nadie quería ya alejarse de mí. Mis tres hijos me buscaban sin cesar, la gente seguía leyendo lo que había escrito y escribía, Itrò me tenía cariño, Tilde me quería, las personas —jóvenes y menos jóvenes, hombres y mujeres— que recibía en casa me admiraban y no tenían prisa por marcharse. Por no hablar de Franchino, que antes me detestaba y luego no me dejaba ni a sol ni a sombra. Cuando iba a casa, acostumbraba irse como mínimo una hora después de los demás invitados.

—¿Y las mujeres? Yo de ti tendría un montón de amantes —me dijo una vez con un tono confidencial.

—No tengo ninguna.

—¿Nunca las has tenido?

—Nunca.

—¿Ni siquiera una de esas señoras y señoritas que te rondan continuamente?

—No, soy fiel a mi mujer.

Me miró largo rato, interrogativamente, dudando de si hacerme la pregunta o no.

—¿Y tu mujer? —me soltó al final.

25

La pregunta no me hizo ninguna gracia. Nadia hacía cuanto estaba en su mano para encajar en el cuadro que se dibujaba cada vez más nítidamente a mi alrededor y yo apreciaba su esfuerzo, pero su excesiva diligencia me molestaba. Se afanaba tanto por recalcar el éxito de nuestra vida en común que a veces pensaba que se mentía a sí misma y no creía en ello en absoluto. Un día se alegraba de mis continuos triunfos y al día siguiente la posibilidad de que yo colaborara con un importante periódico, por poner un ejemplo, suponía un problema para nuestra vida familiar, un contratiempo que ella sabía reconocer y yo, obtusamente, no. Así que empecé a hacer caso omiso tanto de sus alegrías como de sus malhumores, hasta que de golpe quedó claro que solo aceptaría en verdad mi muy afortunada carrera con la condición de que siguiera siendo, paradójicamente, el anónimo profesor del que se había enamorado.

En definitiva, a mi mujer le preocupaba que me convirtiera en otro. Su vieja alarma antinovedad, que sonaba de vez en cuando, se había intensificado. Consideraba que mi éxito era una amenaza para nuestro matrimonio, un peligro para nuestros hijos y sobre todo una afrenta personal: el destino había premiado mi falta de ambición y había castigado las suyas, pues había tenido bastantes, que habían caído en saco roto sin que pudiera demostrar su valía. Esas teníamos. Era como si Nadia, sintiendo su pecho privado de condecoraciones, quisiera arrancarme las mías para evitar que nuestra relación se desestabilizara y agriase. A veces me daba la sensación de que me vigilaba solo para constatar que le llevaba una ventaja inmerecida. Si no desempeñaba su trabajo tan bien como yo el mío, si no sabía dirigirse al público con la misma simpatía que yo, si incluso Emma, Sergio y Ernesto la querían

menos que a mí, era a causa de la aureola de santo con la que me empeñaba en circundarme la cabeza. La sentía ahora agresiva o fría, ahora tierna o vehemente, y sufría por el sufrimiento que le causaba su inestabilidad. Pero tenía tanto que hacer que nunca encontraba tiempo para aliviar sus penas.

Sin embargo, desentenderse de los problemas nunca trae cosas buenas y llegó un momento en el que no pude seguir ignorando su insólito comportamiento. Yo tenía la costumbre de hablarle largo y tendido de la gente a la que apreciaba y ella no solía prestarme atención, pero a partir de un momento dado empezó a deshacerse en atenciones hacia cualquier admirador mío a quien yo correspondía con la misma estimación. El que encajaba en ese canon suscitaba su curiosidad: se arreglaba para él, se embarcaba en largos debates avispados, se reía mucho, lo escuchaba mirándolo fijamente con devoción. No hacía falta que fuera un recién llegado de encanto subyugante, pues llegó a ocurrir nada menos que con Itrò, quien se volvió loco porque no podía creerse que de repente, tras años de amistad asidua, esa mujer guapa e inteligente le prestase tanta atención y quisiera ir con él —enclenque, casi calvo y renqueante— de paseo, al cine, al teatro y a algunos conciertos. La negra señora Itrò reaccionó a ese aumento repentino de familiaridad entre los dos poniéndose aún más negra, pasó al ataque con comentarios mordaces y esperó largo y tendido a que yo arrancara del débil costado de su marido las sinuosas caderas de mi mujer.

Pero no moví un dedo. «¿Qué quieres hacer —me escribía Teresa tomándome el pelo—, enfrentarte al mezquino pedagogo, abofetearlo, retarlo a duelo, acecharlo en las sombras para cortarle el cuello? Sé razonable. ¿Acaso Itrò acosa a tu mujer o la manosea contra su voluntad? No. Por otra parte, si lo hiciera, incluso en este momento, mientras lees esta carta, ¿podrías en verdad condenarlo? Su delito sería el mismo que tú cometiste mil veces con mujeres casadas y prometidas cuando estábamos juntos y me debías fidelidad. Así que calladito, tranquilízate y toma nota de la situación: seguramente tu mujer estará dispuesta a irse a la cama con cualquiera que te admire con tal de

demostrarte que la aprecian más que a ti y tus admiradores estarán dispuestos a irse a la cama con tu mujer con tal de sentirse menos humillados por las grandes cualidades que imprudentemente te atribuyen».

Las frases irónicas de siempre, a menudo sarcásticas, Teresa se burlaba de todo. Pero en aquel momento yo me lo tomaba en serio y creía que ella tenía razón. Nadia no intimaba con cualquiera, sino con las personas a quienes yo frecuentaba y apreciaba, gente, por otra parte, sin ningún atractivo físico, estudiosos consumidos por el estudio, profesores agotados por sus atrevidas experimentaciones didácticas. «Es el colmo, tenía que pasarte justo a ti —me escribía mi exalumna con sarcasmo—, a ti, con tu metro noventa de estatura, tu espesa melena leonada, el bosque del sexo también de oro, los ojos azules de largas pestañas sorprendentemente oscuras, a ti, que ahora eres tan pretendido y deseado que, para retenerte, para tenerte, el populacho se deja penetrar y te penetra por persona interpuesta».

Pero su tesis se vino abajo al poco de formularla, desmentida por ella misma que, cambiando de registro, me escribió: «Basta ya de psicologismos de expertos en nada, el problema grave eres tú, como siempre. —Y proseguía—: Siempre has dicho que no eras celoso, pero mientes, mientes descaradamente, quieres ser el único en arrogarte el derecho a engañar, pero ¡ay de quien te engañe a ti!, te vuelves loco solo con pensarlo, ¿crees que no me acuerdo de cómo me atormentabas? —Después defendía a mi mujer—: Nadia solo quiere ser simpática y cercana, pero tú estás enfermo y te imaginas lo que no existe. Ten cuidado».

En algunas cartas deseaba realmente ayudarme a afrontar con frialdad la situación, pero en otras se enfadaba, me amenazaba, sus líneas del otro lado del océano me atormentaban como la voz de un espectro cruel. Fue en el curso de aquel confuso vaivén cuando volvió la infancia, la adolescencia, los peores momentos de mi pasado, y afloró de nuevo la aversión mal reprimida que sentía hacia mí mismo. Qué se habrá creído —me encontré pensando—, me buscaré una amante, a la infidelidad responderé con la infidelidad. Pero pronto me deprimí,

ahuyenté ese propósito, me exhorté: Ya está bien de charlas, nada cambia si aplico la ley del talión, el problema es saber si Nadia me engaña o no. Así que ante mis ojos, que funcionaban como lupas, empezaron a desfilar gestos amables, frases afectuosas, atenciones excesivas, un deseo que se camuflaba con tonos cordiales y alegres. Pero ni una prueba contundente de adulterio. Una vez que estaba fuera de mí, le escribí a Teresa: «Si descubro que Nadia me engaña, puntos suspensivos». Recibí una larga carta exultante en la que, en resumen, me decía: «Explícate, ¿qué significa esa elipsis?, ¿quieres decir que si te engaña la matas?». «Quizá sí —le respondí a vuelta de correo—; de pequeño se lo sugerí a mi padre sin decírselo, ¿por qué no debería sugerírmelo a mí mismo ahora que soy mayor?». Y Teresa, después de tanto tiempo sin que sucediera, replicó sin burlas, sarcasmos o invectivas, seria: «Ni se te ocurra pensarlo, si no ya sabes lo que te espera».

Sí, lo sabía. Me entrené para contemplar el frenesí de Nadia reprimiendo reacciones insensatas. Pero mientras tanto temía que a fuerza de contenerme volviera la impasibilidad de la infancia, cuando mi madre corría por la casa gritando que quería tirarse por la ventana, mi padre la perseguía cubriéndola de insultos, y yo lograba recortar —sin perder la concentración un solo instante, como si no pasara nada— siluetas de papel sobre las que dibujaba con método ojos, bocas, camisas de cuadros, pantalones, botas y cartucheras con pistolas de vaquero. No, me asustaba la regresión, quería encontrar un nuevo equilibrio, quería reflexionar. Me había impuesto ser un marido fiable, quizá Nadia se estaba convirtiendo en una mujer de poco fiar. Pero ¿podía honestamente oponer mi fidelidad a las posibles infidelidades de mi mujer? No. Mi fidelidad no dependía del amor que sentía por ella, sino que —admití ante mí mismo— era la consecuencia de una fidelidad más sólida, la que sentía por Teresa. En efecto, a medida que pasaba el tiempo tenía la impresión de que estaba unido a aquella mujer lejana, a quien no veía desde hacía años, por un vínculo profundo. En broma, para mis adentros, la llamaba mi consorte fantasmagórica. Y Nadia ¿quién era? Una señora nostálgica del hombre

con quien se había casado, y para que no la aplastara la importancia que este había alcanzado daba importancia a los demás. Teresa en cambio no me dejaba ni a sol ni a sombra. A pesar de su inquietud, de su vida ajetreada y de los éxitos cosechados en varios continentes, no se distraía, llevaba las riendas, me acariciaba, me almohazaba, me daba terroncitos de azúcar o me hacía echar espuma con el objetivo de convertirme en el hombre perfecto que había deseado muchos años antes, cuando yo no lo era.

Por otra parte, que fuera el marido de Nadia era un hecho consumado, y eso en algunos momentos me hacía sentir igual de ridículo que cualquier marido, además de causarme un dolor tan fuerte que cada vez estaba más desestabilizado, como si fuera una manufactura corroída por la carcoma. Ciertas conversaciones que manteníamos me herían, y aunque habría querido dar portazos y romper cosas, acababa por reprimirme y consumirme por dentro.

—¿Dónde has estado?

—En una librería.

—¿En la de debajo de casa?

—No, en el Trastévere.

—¿Cuatro horas en una librería vestida como una cabaretera?

—Era la presentación del libro de un amigo de Stefano.

Stefano, naturalmente, era Itrò, al que todos, incluidos los niños, llamábamos por su apellido. Solo Nadia había adquirido recientemente la costumbre de referirse a él por su nombre de pila con una especie de lánguida complacencia.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Creía que lo sabías.

—No, no lo sabía. Pero si me lo hubieras dicho habríamos podido ir juntos.

—Quizá Stefano quería invitarme solo a mí.

—O quizá eras tú la que quería ir sola.

—¿Y qué? Déjame respirar de vez en cuando, por favor.

—Como si no te dejara bastante...

—¿Tú? Lo ocupas todo, no puedo tener mi propia vida.

—¿Tu propia vida? ¿Te refieres a una vida sin mí?

—¿Acaso te has vuelto celoso?

—¿Celoso yo?, ¿de Itrò? Por favor, es como si fuera mi padre.

—Pues a tu padre siempre lo has odiado.

—Pero ¡qué dices! Tú qué sabes de mi infancia, de mi adolescencia... Dejémoslo. ¿Qué tal la presentación?

—El autor era un besugo, pero Stefano ha estado magnífico.

—Obviamente.

—Sí.

En un momento determinado me di cuenta de que si no quería derrumbarme debía hacer algo. Así que para empezar dejé de atribuir generosamente méritos a cualquiera, sobre todo en presencia de mi mujer. A esas alturas mis razonamientos eran tan intachables que me angustiaban a mí mismo, a mis propios pensamientos, por lo que en algunas ocasiones me abandoné a juicios demoledores y a chismes malintencionados, incluso para con Itrò, al cual, al fin y al cabo, le tenía cariño. Mientras tanto, aprendí a hacer la vista gorda. Por lo general, tenía ojos de lince, escudriñaba continuamente, casi sin darme cuenta, dentro de mi persona y tras los rostros de los demás. Me obligué en cambio a volverme un poco más ciego para sentirme mejor y permitirles, incluida Nadia, que también se sintieran mejor. Pero no hubo nada que hacer, yo era un hombre afortunado. Mis juicios tendenciosos, mitigados por un aire afable y distraído, suscitaron aún mayor afecto y respeto. Franchino en particular, en aquella fase, se me pegó como una lapa. Y Nadia hizo inmediatamente lo mismo con él. Fue en su presencia cuando, una tarde, Franchino me propuso que ingresara en el pequeño y combativo partido de izquierdas del que era un exponente destacado. El proyecto —me explicó— era presentarnos juntos a las siguientes elecciones políticas.

—¡Hacéis muy buena pareja! —exclamó Nadia.

Llevaba dos botones de la camisa desabrochados, la miré ceñudo. Ella fingió no sentir sobre la piel del escote mi mirada de desaprobación.

En aquel periodo, el dolor me consumió tanto que temí romperme en mil pedazos repugnantes. Sin embargo, todo iba cada vez mejor: el instituto, mi actividad en la prensa publicista, los debates concurridos y acalorados e incluso el complicado proceso político que me conduciría al Parlamento, o al menos eso esperábamos Franchino y yo, que entretanto había participado brillantemente en un debate televisivo. Pero aun así, mi descontento permanecía agazapado en un rincón, dispuesto a ganar terreno. ¿Qué había de verdad —verdad en el sentido de que creía en ello absolutamente, no como uno que lee una novela o mira una película con ánimo participativo, pero sabiendo que se trata de ficción— en mis pensamientos, o incluso en mis manos, mis dedos, mis piernas cruzadas mientras escribía otra aportación sobre el destino de la enseñanza y los efectos devastadores de la desigualdad o el afecto como forma más eficaz de la pedagogía?

Una mañana que no había ido al instituto porque tenía unas décimas de fiebre y me sentía desganado, miré la terraza a la que se asomaba mi minúscula galería —los tejados, las palomas, las cornejas, las gaviotas, el cielo nublado—, y buscando un pensamiento que me diera fuerzas me acordé de que hasta entonces todo había ido bien, sobre todo con mis hijos, con los que había resultado realmente convincente. Pero la idea no me reconfortó. ¿De qué había convencido a Emma, Sergio y Ernesto? ¿De una verdad o de una mentira? ¿Me felicitaba porque me había mostrado como era en realidad o porque había sabido ocultarme?

Confié en no tener que esconder nada más; era, definitivamente, una buena persona, si bien con Teresa tenía que estar siempre alerta, pues corría el riesgo de que interviniera y lo echara todo a perder, como les pasa cuando llueve a los dibujos hechos con tiza en la acera, pues los transeúntes mezclan colores, agua y suciedad con las suelas de los zapatos. Algún tiempo atrás, Teresa me había reprendido porque, incautamente, le había confesado la repugnancia que me provocaban Franchino y Nadia. Al principio le había respondido exponiéndole los

motivos, pero después me exasperé y escribí: «No puedes criticar incluso mis fantasías, a veces consigues que me enfade tanto que ya no quiero partirle la cara a mi mujer, sino coger un avión e ir a partírtela a ti». Durante semanas no hubo respuesta. No me preocupé, Teresa nunca escribía mucho y sobre todo desaparecía a menudo. Al final llegó una carta suya que desató una pelea encarnizada, aparentemente no a causa de mi arrebato violento, sino de una tontería. Tiempo atrás me había comentado que iba a dar un ciclo de conferencias en Europa y yo le había respondido: «Dime adónde vas y me reuniré contigo». Ese era el motivo. Me exigía que le aclarase el porqué de ese tono, y lo de reunirme con ella, a santo de qué, quién era yo para ella, quién era ella para mí, «tú tienes tu vida y yo la mía, qué pretendes de mí, cómo te atreves a amenazarme, entre nosotros no solo no hay amor, sino tampoco odio, entre nosotros no hay nada». No había vuelto a escribirme.

La echaba de menos, sobre todo en los días flojos, como aquella mañana de fiebre y pensamientos desordenados. Hacía poco que había dejado de fumar, ya no bebía café y ni siquiera la acostumbrada copa de vino durante la cena. Las pequeñas privaciones se habían convertido en una manera de mantenerme alerta, especialmente cuando de repente me daba por pensar en mi historia —no tanto en lo que había pasado, en mi satisfactoria realización, sino en mi estar conscientemente vivo, en «yo», por decirlo con el pronombre personal que era como un tornillo caído en el engranaje del universo—, y me preguntaba qué sentido tenía ese deseo mío de dirigir la vida, educarla, instruirla, con qué ventaja terrenal o premio celestial me sería recompensado el hecho de haberla perfeccionado con tanto trabajo, y me daba sueño. Miré el reloj, eran las once y treinta cinco, Nadia y los niños estaban encerrados en las aulas. Soplaba un viento otoñal, pero salí a la terraza a pesar de que tenía frío. Eché un vistazo al cielo de nubes blancas y fragmentos despejados, después me asomé y miré abajo. Quién sabe dónde estaría Teresa, en qué ciudad del mundo. Hasta aquel momento, sí, había sido un hombre afortunado, y gran parte de mi suerte se la debía a ella que, sin embargo, me daba cada vez más miedo. Pensé: ¿Y

si ahora entrara de pronto y me empujara?

Segunda parte

1

Soy un problema. Lo soy por mi carácter, por la educación que he recibido y por deformación profesional. Estas tres cosas juntas han hecho huir, a lo largo de los años, a dos maridos, me han procurado el amor morigerado y el odio encendido de mis cuatro hijas —solo he tenido hembras— y me han transformado en el azote de todas las redacciones en las que he trabajado y en la delicia de los lectores que prefieren a los periodistas de trinchera. Fui consciente de que volvería a ser una complicación cuando una persona a la que le tengo cariño, de la cual no diré el nombre ni el cargo público, me hizo saber que se había programado un día nacional dedicado a la educación, de todos los niveles y grados, y que una comisión creada adrede por la Presidencia de la República estaba redactando una lista de profesores para premiar a tres de ellos. He de admitir que si se hubiera tratado solo de una iniciativa propagandística de nuestro gobierno, no habría prestado atención a la noticia. Pero en primer lugar estaba de por medio el presidente, a quien aprecio y que encarna una de las raras vejeces masculinas que me enternecen; y en segundo lugar, sentí el orgullo de ser hija de dos profesores que, además de a mis hermanos y a mí, han criado egregiamente a un número considerable de chicos y chicas que sin ellos se habrían descarriado. Así que le dije a mi amigo:

—¿La lista existe ya?

—No lo sé.

—¿Puedes informarte?

—Será difícil.

—Hazme ese favor.

—Lo intentaré.

—Si existe una lista, la quiero.

Se informó y unas horas después me entregó una lista con veintiocho nombres. La hojeé con curiosidad, quizá incluso con algo de aprensión, y descubrí que había de todo: madres de políticos y de actores famosos, padres de directores de cine y de escritores, tías de ilustres chefs televisivos... Pero mis padres no estaban. Fue entonces cuando se activó mi naturaleza pendenciera y arrollé a mi informador con un torbellino de intenciones agresivas. Él se molestó un poco y mientras nos separábamos aún repetía: «Siempre te he favorecido, Emma, pero no puedes ponerte como una loca así como así, y, en cualquier caso, si has de meter a alguien en un lío que no sea a mí».

Ese tono me enfadó todavía más. Con la lista en la mano, comprobé que, en efecto, dejando aparte un par de personas que conocía muy bien y que habían hecho cosas en verdad memorables por la enseñanza, el único mérito de todas las restantes era haber traído al mundo a charlatanes engreídos y divos del momento o ser parientes suyos. Entonces cogí el teléfono y llamé a la secretaria del presidente. Luisa, la persona con la que suelo hablar, no estaba y me respondió un fulano con el que nunca había hablado. Le dije: «Tengo en mi poder la lista de pseudoprofesores y es una vergüenza que Pietro Vella no figure en ella». Mi interlocutor me respondió como un loro: «¿Quién es Pietro Vella?». Le dije que me pasara de inmediato con el presidente. Respondió: «El presidente no puede perder el tiempo». «El presidente —repliqué— no es un imbécil como usted, me conoce y hablará conmigo de buen grado, y, en cualquier caso, o me lo pasa enseguida o mañana la lista aparecerá publicada en los periódicos». Después, en vez de esperar su respuesta, interrumpí la comunicación. Sé cómo tratar con esa clase de gente.

Al cabo de dos minutos llamó Luisa, me pidió perdón y me dijo con cortesía: «Emma, ¿quieres hablar conmigo?». Le expliqué que la lista de

los veintiocho me importaba un pimiento, que por mí podían poner a quienes quisieran, pero que consideraba legítimo que entre los tres profesores que habían dado lustre a la enseñanza italiana se mencionara, si no a mis dos progenitores, al menos a mi padre, que si bien iba para los ochenta y estaba jubilado desde hacía quince años había sido un profesor muy conocido y apreciado y escrito dos ensayos importantes sobre el tema.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Luisa, no te hagas la listilla: se apellida Vella, como yo.

—Me refiero al nombre de pila.

—Pietro. Y no me digas que no lo conoces. Tienes sesenta años, deberías acordarte de él.

—Sí que me acuerdo, pero el tiempo pasa, las cosas cambian, y si hoy en día alguien menciona a un Vella, me viene a la cabeza Emma, no Pietro. Refréscame la memoria, ¿ha escrito algún libro?

—Dos, de éxito.

—Me apunto su nombre y trato de que lo pongan en la lista.

—¿Una lista que de veintiocho pasa a veintinueve?

—Sí.

—Luisa, mi padre tiene derecho a ser uno de los tres premiados.

—Para eso habrá una selección, el presidente ha establecido en persona los criterios.

—Dime cuáles son.

Me los enumeró, eran objetivamente rigurosos. Entre otras cosas —me dijo al final, citando probablemente algún documento— se considerará decisiva la presencia en la ceremonia de un alumno o alumna de acreditado prestigio que intervendrá elogiando la labor de quien le enseñó y educó.

Permanecí callada unos segundos, después dije:

—¿Has oído hablar de Teresa Quadraro?

—¿La científica?

—Bien, a esa la conoces. Pon a mi padre en la lista. Fue su profesor.

Luisa, que está acostumbrada a tratar con gente más poderosa y más arrogante que yo, no se dejó atemorizar. Por otra parte, para ser sincera, yo misma me avergoncé de haber alzado la voz. Era evidente que me motivaba el mismo interés privado de los hijos y nietos que habían impuesto el nombre de sus padres y abuelos en aquella lista. La llamada concluyó, pues, con declaraciones de estima recíproca: yo me disculpé por mi impetuosidad, pero esperaba que los criterios de selección se aplicarían con rigor; ella me pidió un informe sobre mi padre y me prometió que lo apoyaría ante la comisión seleccionadora.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador un rato, estaba de mal humor. Había actuado precipitadamente, como de costumbre. No debía haberme expuesto en primera persona, sino encontrar a alguien dispuesto a proponer la candidatura de mi padre después de haber acreditado sus méritos. En cambio, había cogido el teléfono sin reflexionar y ahora podía dar por descontado que Luisa ya estaría hablando de mí de la manera que más odio: «Vella ha perdido los papeles como siempre, se cree alguien, le gusta dar lecciones apuntando con el dedo, pero luego se las amaña para conseguir lo que quiere y mendiga favores como todos».

¿Amañar yo? ¿Pedir favores yo? Solo faltaba que a mi padre le llegara el rumor de que yo amañaba y mendigaba para que le dieran un estúpido premio, le habría hecho sufrir mucho. Pero qué iba a hacer, ¿callarme?, ¿dejarlo correr?, ¿dejar de luchar para que se reconocieran sus méritos? No, me dije, por qué iba a hacerlo, eso también le dolería. Él siempre había luchado para que el mérito fuera reconocido, nunca ignorado, máxime el pequeño fruto de un gran trabajo. ¿Por qué no iba a pretender que ahora, en su vejez, también se le reconociera el suyo, que era grandísimo y sobre todo indiscutible?

En efecto, no debía inventar ni exagerar nada. Mi padre había sido realmente un excelente profesor; me equivocaba avergonzándome, apoyar su causa era lo correcto. Sin duda Teresa Quadraro, que estaba

envuelta en el halo de la científica famosa, sería una prueba irrefutable de la calidad de su trabajo. Por no mencionar a todos sus demás alumnos, los que durante años, decenios, iban a visitarlo a casa, casi en peregrinación, incluso después de haberse diplomado. Me acordaba de muchos de ellos, los había visto primero de pequeña y luego, de adolescente, hasta que me fui de casa. Su gratitud me había impresionado mucho. Yo detestaba a mis profesores, gandules e incompetentes, con cambios de humor repentinos, y después de diplomarme me había guardado muy bien de rendirles pleitesía una sola vez o un solo minuto. De ahí que en aquella época me impresionara tanto la gratitud duradera de los alumnos de mi padre, su devoción pertinaz. Recientemente había estado en casa de mis padres justo cuando uno de aquellos exalumnos a los que vi de niña, un guapo chico moreno que se había convertido en un hombre canoso de unos sesenta años, había pasado a saludar y hablar un rato con su viejo profesor. Lo observé a hurtadillas, escuchaba a mi padre con la misma devoción que cuando era su alumno. Pues bien, evocar esa imagen ahora, mientras estoy delante del ordenador, ha sido decisivo. No he cambiado de humor, sigue siendo negro, pero sí de opinión. Hice bien en hacerle entender a Luisa, con la agresividad necesaria, que el tema del premio es de suma importancia para mí. Es más, quizá debería haberle dicho también a ella que quería una cita con el presidente. En serio, lo antes posible. No lo conozco muy bien, solo lo he entrevistado un par de veces, hace años: una para hablar de la situación política y otra del dolor. Confraternizamos en el curso de la segunda entrevista. Luisa estaba presente, fue ella quien envió, cuando se publicó, una tarjeta dándome las gracias por haber hecho un buen trabajo. Por eso creo que si le pidiera que le dijera: «Emma Vella querría hablar con usted», él aceptaría. Además, en el fondo me imagino otra cosa bonita. El presidente tiene la edad de mi padre, su mismo peso moral, el nombre Pietro Vella seguro que le suena. Así que sería fácil explicarle que no pretendo hacerle una zalamería a mi padre, sino pedir que se reconozca su valor real. «Mi padre, presidente, ha sido profesor durante más de cuarenta años. Mi padre, presidente, ha sido un colaborador

apreciado de periódicos importantes. Mi padre, presidente, ha sido un estudioso de prestigio. Mi padre, presidente, ha sido un político apasionado. Mi padre, presidente, ha sido consultado en varias ocasiones para contribuir a más de un intento de reforma de la enseñanza, podría revelarle el nombre de los muchos aburridos, grises y dañinos ministros de Educación que han recurrido a él».

Y aquí me paro. «Mi padre ha sido»: el pretérito perfecto reiterado hace que me asomen las lágrimas a los ojos, nunca lo había usado con tanta insistencia. Generalmente, cuando pienso en él, lo pienso en un presente infinito. Lo mismo ocurre cuando lo recuerdo hace muchos años: siempre estaba a punto de marcharse —viajaba a menudo— o volvía cansado, y a pesar de eso siempre sacaba tiempo para mis hermanos y para mí. Su figura joven, altísima, iluminada por una luz que brillaba como oculta entre su pelo rubio, en sus ojos e incluso en las uñas de los dedos, sigue estando presente, es un continuo «ahora»; y ahora me siento igual de frágil y sola como cuando él se iba e igual de feliz e invulnerable como cuando volvía. Pero a estas alturas es indiscutible que toda la vida de mi padre se conjuga en pasado; ha obrado de manera que el prestigio adquirido no durase, no lo acompañase hasta la vejez. Por eso me he dado cuenta de que si en presencia del presidente, sentada frente a él en una butaca azul y dorada, enumero cuanto ha hecho, no entenderá nada de su vida. Inmediatamente después debería mencionar todo lo que se ha negado a hacer. En efecto, el presidente, sin duda me preguntaría, aunque solo fuera con la mirada: «Pero ¿por qué un hombre con tanto éxito se detuvo?». Me lo preguntaría porque él, el presidente, nunca se ha detenido, tanto es así que ahora es presidente y mi padre no, mi padre está en casa y no es nadie. Llegados a este punto, no sería fácil explicarle que se trata de una cuestión de moralidad. Mi padre ha sido el hombre más amablemente disponible del mundo. ¿Dar clases? Dar clases. ¿Escribir libros? Escribir libros. ¿Colaborar con los periódicos? Colaborar con los periódicos. ¿Política y carreras electorales? Política y carreras electorales. ¿Asesorar a ministros iluminados o casi? Asesorar a ministros iluminados o casi. Mi padre se ha empleado en todas esas

actividades con el corazón en la mano y una inteligencia fina, fórmula que siempre le ha gustado y que me ha transmitido, que yo también utilizo con las pocas personas que la merecen. Pero asimismo se ha echado atrás, con su amabilidad habitual, al primer fallo, al primer amaño, a la primera imposición para que cediera con servilismo. Lo hizo sin soberbia, mostrando gran comprensión por el sufrimiento de los que aceptaron ensuciarse, o al menos mancharse lo necesario, trabajando sin jamás darse un gusto más allá de las cosas sencillas de la vida. Presidente, debería decir, soy hija de un hombre extraordinario cuya pureza interior nunca se ha enturbiado a causa de la opacidad exterior, por este motivo no preside ni vicepreside nada y pasa el tiempo estudiando y escribiendo en su galería o cuidando a mi madre, que a su vez lo cuida con ternura. Mis hermanos y yo lo queremos, nos ocupamos de sus necesidades y de las de mi madre. ¿Quiere que le dé un modelo de empatía, esa palabra tan vacía de significado debido a la moda, que de hecho es difícil encontrar no adulterada por la ficción, que se ha convertido en un elixir contra la ferocidad del mundo? El modelo es mi padre, un hombre con un elevadísimo grado de empatía. Nuestra vida como hijos sigue siendo un intento desesperado de parecernos a él, o al menos de no hacer nada que pueda causarle dolor, en especial ahora que es anciano.

Pero me he dado cuenta de que el tema de los amables rechazos de mi padre es un terreno minado, mi argumentación no funcionaría. Para mi desgracia, no soy como él, que rechaza el mal con la misma intensidad que lo comprende. En mí el rechazo se ha convertido en una intransigencia extrema que no hace excepciones y provoca angustia, sobre todo a mí misma. El peligro, pues, si realmente lograra hablar con el presidente, es que para no cometer una injusticia con mi padre, un hombre que prefirió retirarse de la escena con tal de sustraerse al poder, acabaría por ser desagradable con un anciano que nunca ha salido de la escena y que hoy ejerce el cargo más alto del Estado. Por eso lo mejor es que le prepare a Luisa un currículo claro y escueto de Pietro Vella y esperar que vaya a parar a las manos de algún honrado miembro de la comisión, o incluso a la mesa del presidente. Después ya

veremos. Si mi padre no aparece entre los tres elegidos, tendrán que vérselas conmigo.

3

Preparé el currículo, lo adjunté al correo para Luisa. Después tuve mucho trabajo, y el trabajo se lio tanto que además de no ocuparme más del tema tampoco le presté atención a mis hijas ni al hombre con quien mantengo una complicada relación desde hace unos años.

Es la misma persona que he mencionado a propósito de la lista de los veintiocho. La última vez que nos vimos me dijo con un sarcasmo que no me gustó: «Tu excelente padre ya forma parte de la lista, pero hay excelencia para dar y vender, dado que los profesores ya no son veintiocho, sino unos cincuenta». No me extrañó. Habría jurado que las candidaturas seguirían creciendo y la lista estaría cada vez más abarrotada de personas que no se lo merecían, y al final, para evitar conflictos entre pequeños gerifaltes, convocarían a un nutrido grupo de empleadillos sin pasión en cualquier sala del Quirinale y los condecorarían a todos con una medalla de recuerdo. En compensación, me enfadé. Quería que aquella iniciativa conservara su dignidad, que mi padre fuera celebrado con gran pompa. Y para empezar la tomé con el tono chulesco de Silvio, que es como llamaré a mi amigo. Se me pasaron de golpe las ganas de estar con él, a pesar de que no nos veíamos desde hacía tiempo y yo quería que todo saliera bien. «Tu excelente padre», «hay excelencia para dar y vender»: ¿cómo se atrevía? Ya me cuesta relajarme y sentir algo de placer, si encima algo me irrita, no tolero ni una caricia.

—¿Quieres hacerte el gracioso? —le dije.

—Qué va.

—Pues no te atrevas a volver a hablarme así de mi padre.

—¿Qué he dicho?

—Déjalo estar.

Me vestí y aunque él trató de retenerme por las buenas y también por las malas —me sujetó el brazo y bisbiseó: «Si sales por esa puerta, no volverás a verme»—, me marché.

Una vez fuera, tuve un ataque de llanto, no lograba calmarme. No lloraba por él, que al fin y al cabo es un hombre paciente —el más paciente de todos con los que he estado—, sino por el cansancio, que además de una sensación de aturdimiento, de dolor de estómago y de espalda, me abre un agujero en el pecho. Yo me empleo a fondo, en el trabajo y todo lo demás, no sé tener un pie dentro y otro fuera, dosificar mi implicación. Seguramente me ha tocado un organismo que no está a la altura de las obligaciones que me impongo y uno de estos días me desplomaré por la calle y me colocarán en un contenedor rebosante de basura, de esos en que hurgan las gaviotas con sus picos. Pero el lema de este país es «No es culpa mía». Nada se hace como es debido y acabo sintiéndome como las cuerdas del látigo que empuñó Jesús para expulsar a los mercaderes del templo. Sí, me defiendo, no doy tregua. Pero hay días como hoy en que no puedo más, y lo que me impresiona y asusta es que desearía hacerme con un cuchillo afilado, no para limpiar el templo u otra institución donde se lo guisan y se lo comen, sino para cortarme con método en todas las partes del cuerpo.

En esa fase de grandes tensiones laborales, mandé a mis hijas a casa de mis padres unos días y me enfrenté a mis problemas. Silvio llamó a menudo, pero no le respondí, y no porque tuviera nada contra él, sino por agotamiento. Le respondí en cambio a mi madre, le dije: «De acuerdo, pasaré por casa, pero dejaré a las niñas unos días más». Me tranquiliza que mis hijas estén un tiempo con sus abuelos, si tuviera su edad y pudiera volver a vivir en esa casa estaría mejor. Me marché a los dieciocho años y me casé a los veintidós, pero motivada por el ansia de vivir, pues no soy de los que detestan a su familia de origen, su infancia y su adolescencia. Yo adoro a mi madre, y en cuanto a mi padre ya ha quedado claro. Es esta vida de lucha lo que cada vez soporto menos.

Eso le dije a mi madre. Y cuando ella mostró preocupación porque

estaba pálida y demacrada, dejé caer: «Aquí estoy bien, fuera estoy mal». Después fui a saludar a las niñas —la primera tiene catorce años, la segunda doce, la tercera ocho y la cuarta cinco: soy una loca, ¿por qué he tenido tantos hijos?— y mi madre se quedó en la cocina. Naturalmente estaban con mi padre, pude oír su voz, hermosa y diáfana, mientras me acercaba por el pasillo. Me paré, la puerta del estudio estaba abierta. Él se hallaba sentado en una vieja butaca, lo veía de perfil. La pequeña estaba sobre sus rodillas y las otras tres se encontraban a sus pies, sentadas en cojines de colores esparcidos por el suelo. Era una escena que había visto cientos de veces. Les contaba algo, aunque quizá *contar* no sea la palabra correcta; les explicaba algo. Con Sergio, con Ernesto y conmigo hacía lo mismo y daba igual que se tratara de un mecanismo, de una obra de arte o de una batalla. Explicaba, y era como si extendiese entre él y las niñas un viejo mapa con inscripciones, ilustraciones de colores y paisajes detallados. Mis hijas lo miraban en silencio; me gustó sobre todo la mirada de Nadina, la mayor. El rostro ajado pero hermoso de su abuelo la deslumbraba. Me repetí para mis adentros: Yo era así y querría seguir siéndolo, qué lástima haberme privado de todo esto demasiado pronto. Apoyé un hombro en la pared del pasillo e intuí el coro de protestas que estallaría si yo irrumpía en la galería como una ráfaga de aire inevitablemente helado. Me imaginé a las dos mayores haciendo una mueca de fastidio, a la tercera que seguramente se giraría de golpe bisbiseando «Vete, mamá», y a la última tomando la dolorosa decisión de elegir entre su abuelo y yo. Volví a la cocina de puntillas.

—No las deja tranquilas ni un rato —dijo mi madre.

—No quieren que las deje tranquilas.

—Lo que tú digas.

—Además, si las distrae tú te cansas menos.

—Hace falta mucha energía para distraerlas, y es tu padre el que se cansa.

—No me lo parece, ¿tú lo ves cansado?

—Un poco, pero es su carácter. Si no tuviera que distraer a nadie, se cansaría todavía más.

En ese momento vibró mi móvil. Era Silvio otra vez. Salí al balcón.

—Dime.

—¿Todavía estás enfadada?

—No.

—Entonces ¿por qué no contestas?

—Estoy asustada.

—¿Por?

—Por todo, tengo miedo de que se vaya todo al traste.

—¿Nosotros dos?

—He dicho todo, no nosotros dos.

—Tengo que darte una buena noticia.

—A ver.

—En la comisión hay un tipo que está loco por tu padre.

—¿Alguien que cuenta?

—Parece que sí. Lo he buscado en Wikipedia y ha hecho muchísimas cosas.

—¿Cómo se llama?

—Franco Gilara. ¿Lo conoces?

Respondí que no, pero no estaba segura. Cuando colgamos, entré de nuevo en la cocina con ese nombre en la cabeza.

—¿Te suena de algo un tal Franco Gilara? —le pregunté a mi madre.

Me miró un tanto incómoda.

—¿De verdad que no te acuerdas de Franco Gilara?

—No.

—Emma, es Franchino.

4

Hablamos del tal Franchino un rato. Poco a poco me acordé de que hacía treinta o cuarenta años era uno de los asiduos de nuestra casa, personas por lo general del mundo de la enseñanza. Mi madre me

preguntó, escudriñándome, si me interesaba por Franco Gilara debido a motivos de trabajo. Dudé de si decírselo, pero al final le conté por encima lo del día dedicado a la enseñanza, planteándolo como una simple eventualidad. Se ensombreció, y cuando se pone de malhumor se encorva más, parece una flor con la corola mustia.

—Si no es seguro, no se lo digas a tu padre.

—No tengo la intención de contárselo.

—Ya lo conoces, las buenas noticias lo animan enseguida, pero si después se quedan en nada se decepciona.

—¿Tiene buena relación con Franchino?

—No tienen ninguna relación.

—¿Por qué?

Frunció la frente negando levemente con la cabeza, suspiró.

—Tu padre es un imán. Acabas pegado a él y ni siquiera sabes cómo ha pasado. A partir de ese momento lo necesitas igual que el aire, pero él te mantiene a raya junto con otros mil. Si no quieres sufrir, debes distanciarte a la fuerza.

—¿Eso fue lo que pasó?

—En un momento determinado Franchino le dijo que era mejor que no siguieran viéndose.

—O sea, que están en malas relaciones.

—Qué va, papá no está en malas relaciones con nadie, ni siquiera con la gente a la que no soporta.

—¿Y Franchino?

—No creo que Franchino la tenga tomada con él. Cuando uno empieza a quererlo no puede dejar de hacerlo.

Mientras hablaba me vino a la cabeza una conversación que mantuvimos hace muchos años. Yo tenía veinticuatro años; ya estaba casada, pero en aquella época no quería tener hijos. Había estado en Francia, en una fiesta de trabajo celebrada en un fastuoso castillo durante la cual bebí mucho y me pegué a un tipo que trabajaba para un periódico importante, mientras que yo me partía la espalda en un periodicucho. Él contaba unos treinta años y lo conocía desde hacía tiempo. Me hizo reír durante toda la velada. Bebiendo y riendo, al final

engañé a mi marido por primera vez. Fue maravilloso, y no me refiero al sexo, que me importa poco o nada. Lo que recuerdo es la magnitud de lo que siguió. A las siete de la mañana del día siguiente, paseando por avenidas arboladas y respirando un aire tonificante, me sentía como empoderada. Pero aquel aguzar los sentidos se disolvió y acabé sintiéndome mal. No por mi marido, hacia quien no nutría sentimiento de culpa alguno al considerar que yo tenía derecho a gozar de la vida. Mi miedo consistía más bien en que estaba segura de que cuando fuera a casa de mis padres, mi padre me diría enseguida: «Emma, qué ha pasado», sin signo de interrogación. Él tiene esa mirada azul que ve sin inquirir, serenamente, mucho más de lo que ven los demás, y te dan ganas de contárselo todo, porque es suficiente con hablarle para sentirse mejor, emana un fluido que tranquiliza. Así que nada de que preocuparse, sabía que lo entendería y me abrazaría. El problema era más bien que me avergonzaba, no de lo que había hecho, sino de contárselo. Evité, pues, cualquier encuentro con mi madre y él hasta que las huellas de aquella noche de fiesta desaparecieran por completo de mis ojos. Aun así, seguí evitando a mi padre y hablé sobre todo con mi madre. Fue en una de esas ocasiones cuando le pregunté a quemarropa: «¿Tú has engañado a papá alguna vez?». Se quedó mirándome fijamente un rato largo, como si la pregunta constituyera una ofensa grave, y me respondió con pocas palabras sin sentido: «Tu padre me es tan indispensable que para poder permanecer a su lado he tenido que engañarlo muchas veces, según todas las posibles acepciones lícitas de la palabra *infidelidad*».

Pronunció sin ironía aquellas palabras, esa fórmula insensata también —«acepciones lícitas de la palabra *infidelidad*»—, con un dolor que nunca me habría imaginado capaz de sentir. Siempre fue una mujer enérgica, con una luz propia que aleja la oscuridad más profunda. No había añadido nada, había salido por piernas como si hubiera visto una serpiente.

Pero en ese momento me vino a la cabeza la respuesta de veinte años antes y le dije:

—O sea, que tú crees que Franchino apoyará la candidatura de papá

si se lo pido.

Me pareció que la idea de que me pusiera en contacto con él la preocupaba.

—Es inútil que hables con Franchino —dijo—, lo apoyará por encima de todo. Pero creo que lo mejor es dejarlo correr, tu padre está bien así. Estudia y escribe varias horas todos los días, de vez en cuando viene alguien a visitarlo, mantenemos largas conversaciones sobre cualquier tema, hasta ha vuelto a estudiar matemáticas, sin comprender nada. Además, ya lo has visto con las niñas, lo adoran. ¿Qué necesidad tiene de ese premio?

No respondí, oí a mi padre y a las niñas en el pasillo. Aparecieron los cinco en la cocina y les sorprendió mi presencia; pasamos una velada agradable. Mientras él nos entretenía a todas, de la más pequeña a la más mayor, sin descuidar a ninguna, pensé, creo que por primera vez en mi vida, que si mi madre lo había engañado, sin duda él tampoco le había sido fiel. Debía de haberlo hecho con discreción, o incluso con castidad, pero de manera continuada. Y me pareció que al fin y al cabo era bonito que aquellos dos ancianos a los que tanto quería hubieran tenido que inventarse una práctica inocente de la infidelidad para poder vivir juntos toda la vida.

Yo nunca había conseguido amoldarme a la realidad y quizá por eso estaba tan agotada. Mientras volvía a casa pensé que tal vez ese pequeño premio a mi padre era más importante para mí que para él. Como en mi vida no encajaba nada, exigía el reconocimiento para una persona querida que había encontrado la manera de que todo encajara.

5

Poco a poco fui saliendo de aquel periodo laboral de tensiones, ansias, amenazas y enfrentamientos. Por eso, cuando Silvio encontró la manera de ponerme en contacto con Franco Gilara, lo llamé y me reuní con él

cerca de piazza Colonna. Al verlo me pareció mucho más viejo que mi padre, pese a que me había enterado de que tenía cinco años menos, la edad de mi madre. Ninguno de sus rasgos me resultó familiar: era bajo, robusto, de hombros muy anchos, con un cuello de toro sobre el que caían las ondas blancuzcas de la cara y labios muy finos. Él en cambio me reconoció al instante —o lo fingió—, se le humedecieron los ojos y exclamó: «Emma, eres idéntica a tu madre. —Y concluyó murmurando, con tono devoto—: Una mujer guapísima». Es algo que me dicen a menudo y que me sienta un poco mal, como si por descuido hubiera perdido la oportunidad de parecerme a mi padre. Entramos en un bar, tenía prisa porque a pesar de la edad era un hombre con múltiples quehaceres y compromisos.

—No hay necesidad de que me pidas nada: ya está hecho —me dijo enseguida.

—¿A qué se refiere?

—Tu padre ya está entre los tres elegidos, y los otros dos no le van a la zaga, son personas destacadas.

Me dijo sus nombres y era cierto, estaba contenta. Llegados a ese punto, empezó a preguntarme si tenía la certeza absoluta —como le había dicho Luisa— de que Teresa Quadraro participaría en la ceremonia. Insistió mucho al respecto.

—Por favor, Emma, que el presidente cuenta con ello.

—Acudirá, confíe en mí.

—Por eso, porque confío en ti te lo digo. He seguido tu carrera profesional desde siempre y sé que eres una persona que hace las cosas como es debido.

—Ahora no se trata de trabajo, es un homenaje a mi padre. Estoy segura de que la profesora Quadraro participará encantadísima en la ceremonia.

—Se rumorea que tiene un carácter difícil, o mejor dicho, que es una bruja que habla mal de todo el mundo, en especial de todo lo italiano.

—Tendrá sus buenas razones.

—¿Sabes cómo encontrarla?

—Me las apañaré, no se preocupe.

—Dile que el presidente tiene la intención de reunirse con ella en privado.

—Si no me equivoco, el premiado es el profesor, no la alumna.

—Por supuesto. Tienes mucha labia, muchísima. Eso lo has heredado de él, no de tu madre.

—Mi padre es insuperable.

Franchino miró con fijeza mi mano apoyada sobre la mesa, parecía desaprobar el color del esmalte.

—Eso es cierto, nadie puede superarlo. La primera vez que lo oí hablar en público pensé que decía un montón de cosas banales, pero tan bien dichas que me costaba sostener mi opinión. Y en la segunda ocasión, también pública, critiqué punto por punto su exposición, odiaba sus libros. Pero después me habló de aquella manera tan suya, tan auténtica, tan tranquilizadora, y sentí la necesidad, cada vez más impelente, de permanecer a su lado.

—Le pasa a todo el mundo.

Asintió con la cabeza, respiró hondo, tenía que irse. Se levantó con un poco de dificultad tras haber dejado en la mesa una propina que doblaba el precio de nuestras consumiciones. Yo también me levanté. En la puerta del bar, se secó la saliva de las comisuras de la boca con el dorso del índice, me dio un beso y repitió:

—No te olvides de que confío en ti, Emma.

—Usted debe confiar sobre todo en mi padre. Hará quedar muy bien a toda la enseñanza italiana. A fin de cuentas, es en la historia de su amistad en lo que debería confiar. Usted tenía una opinión negativa de lo que él escribía y se arrepintió.

—Muy bien, es justo así. Pero tú eres muy inteligente y quiero despedirme de ti con una frase farragosa que no sé desembrollar. Me harías feliz si la resolvieras y me mandaras un correo formulándola con mayor claridad: «He cambiado de opinión, pero sigo creyendo que tengo razón». Adiós, guapa.

—Entonces ¿por qué ha luchado para ponerlo entre los tres elegidos? —le grité a la espalda.

Volvió a despedirse con un gesto de la mano, sin darse la vuelta, y

dobló la esquina.

Me enfadé de nuevo. Mezclé las palabras involuntariamente enigmáticas de mi madre con las deliberadamente incongruentes de Franchino. Era como si se hubieran consultado en el curso de los años y hubieran llegado a la conclusión de que el vínculo que los unía a mi padre solo podía expresarse formulando la dificultad de su relación de manera ilógica, como en los sueños. Entonces me entraron ganas de reír porque me acordé de una pesadilla que tenía de niña y que, con leves variaciones, todavía me persigue. Mi madre está en la cocina, en camisón, ha puesto la mesa para el desayuno y me pide que vaya a despertar a mi padre. Entro en la habitación y encuentro a mi padre leyendo, recostado en la cabecera de la cama. Es un cocodrilo.

6

No llegué a conseguir el teléfono de Teresa Quadraro, pero me hice enseguida con su dirección de correo electrónico y le escribí hablándole de Pietro, contándole con detalle del premio y de la importancia de su participación en la ceremonia. Lo hice con toda la amabilidad que pude, dejando caer de vez en cuando que mi padre la mencionaba a menudo con afecto y gran admiración. En realidad, no recordaba que él lo hubiera hecho en ninguna ocasión, es un hombre que no presume de nada, ni siquiera de buenas amistades. Pero mi madre sí lo hacía. Cuando la veía en la televisión, me decía: «Esa se lo debe todo a papá, fue alumna suya».

Esperé no haber escrito nada que pudiera contrariarla y cliqué en enviar. Había tenido en cuenta el plazo de respuesta, quizá una semana de espera, y que tal vez debería insistir, utilizar un tono menos suave, más apremiante, e incluso recurrir al presidente. Pero al cabo de doce minutos exactos, Teresa Quadraro me respondió, pocas líneas pero eficaces: «Querida Emma: Hace años que oigo hablar de usted. Su padre

me la ha mencionado a menudo. Me alegro de que haya pensado en mí para esta bonita ocasión. Participaré con mucho gusto en la ceremonia en honor de su padre. Ya me dirá la fecha». Nada más, ese era en esencia el texto de su correo.

Lo reenvié a Franchino y después escribí a mis hermanos para avisarlos de la ceremonia. Trabajan y han formado sus familias en la otra punta del mundo y aunque sabía que no acudirían, si no los informaba me vendrían con monsergas, sobre todo Sergio, que con el tiempo se ha vuelto más quejica de lo que lo fuera Ernesto. Me respondieron enseguida, se alegraban por papá, pero —escribieron, lamentándolo— «la vida es complicada, mándanos las fotos y algún vídeo». Bien, los cubriría de imágenes que —daba por hecho— nunca tendrían tiempo de mirar.

Había llegado el momento de comunicar la noticia a mi padre, que todavía no sabía nada del tema. Fui personalmente, me abrió Amelia, la mujer que se ocupa de la casa. Mi madre había salido a comprar el regalo de Nadina, que dos días después cumpliría catorce años; yo también debía ocuparme de hacerlo. Amelia me indicó con un ademán que mi padre estaba en la galería, como siempre. Me dirigí allí y llamé a la puerta, silencio, la entreabrí: no había nadie. Estaba a punto de volver a la cocina cuando eché un vistazo más allá de los cristales. Lo vi en la terraza, con los codos apoyados en la barandilla en una posición incómoda; no miraba hacia abajo, sino hacia arriba, quizá una gaviota o las palomas. Le grité: «¡Papá!». Se giró de repente con una mueca de sufrimiento.

—Qué alegría verte —dijo—. El otro día me pareciste cansada. Ven aquí, dame un beso.

Lo besé.

—Te traigo una buena noticia.

—A ver.

—Te van a dar un premio.

—¿Quién?

—El presidente de la República. Te premian a ti y a otros profesores, por todo lo que has hecho por la enseñanza y por tus obras.

—Eso fue hace muchos años.

—Pues menos mal que se conserva la memoria del trabajo bien hecho.

—Sí, menos mal.

—¿Qué te pasa, estás triste?

—Estoy perfectamente. Te noto un poco nerviosa y lo lamento.

—No estoy nerviosa por las preocupaciones, sino de alegría. Y todavía hay más: el presidente quiere que en la ceremonia esté presente uno de tus alumnos, que hablará de ti.

—¿Han encontrado a alguien?

—Hay cola, papá. Pero he buscado al mejor.

—Es decir...

—Que me he puesto en contacto con tu alumna más prestigiosa y me ha dicho que vendrá.

En ese momento sucedió una cosa que me trastornó. Algo atravesó los ojos azules de mi padre. No era sorpresa ni preocupación, sino un destello cegador de miedo e ira solapados.

—¿Quién es? —preguntó.

Nunca lo había oído pronunciar un fragmento sonoro tan manido y a la vez tan violento, ni siquiera cuando era adolescente y mi madre lo obligaba a reñirme. La alegría desapareció de golpe; sin poder contener las lágrimas que ya me brotaban de los ojos como regueros de sangre, murmuré:

—Teresa Quadraro.

Tercera parte

1

No me gusta el estilo de la hija ni el del padre. Prefiero las frases que no tratan de adornar los comportamientos o los estados de ánimo. Sin embargo, ambos son proclives a hacerlo, lo que me molesta. Emma está convencida de que cuenta con grandes cualidades literarias, como la mayor parte de las personas que trabaja en los periódicos, y trata de demostrarlo, sobre todo a sí misma, incluso cuando escribe un correo. Pietro en cambio me sorprende, como siempre. En el pasado, aun apasionándole mucho la literatura, nunca dejó entrever la ambición de ser escritor. Sus cartas siempre fueron listas de hechos resumidos en pocas palabras con tono irónico. Ahora sin embargo, al cabo de casi treinta años de silencio, me envía un voluminoso manuscrito que aspira, desde las primeras líneas, a convertirse en un producto literario. No es fácil envejecer dignamente y ni siquiera él, que tiene una gran capacidad de autodominio, lo ha logrado. El texto habría podido ser soportable si hubiera sido breve y sobre todo si se hubiera atenido al modelo de escritura sobria que me enseñó cuando era su alumna y que él mismo adoptó durante años. Pero no ha logrado contenerse y, al rondar los ochenta, ha escrito la novela de su vida, naturalmente con grandes pretensiones de verdad, a pesar de que siempre me enseñó que narrar significa mentir y que el mejor narrador es el mejor embustero.

En cualquier caso, nada que no pueda perdonarse, excepto quizá por la extensión. Doscientas treinta páginas son demasiadas, he tenido

bastante con un centenar, sobre todo porque a partir de ahí empieza a contar con gran detalle su sufrida experiencia como político incorruptible, que me resulta aburridísima. A Emma también le cuesta ir al grano en su correo. Le gusta decir y repetir que es una paladina de la justicia en un país donde la justicia no existe. Disfruta presentándose tan poderosa que hasta tiene acceso al presidente de la República, es decir, a un hombre que ella considera en todo caso jerárquicamente muy inferior a su padre. Pero leyendo entre líneas una se da cuenta de que sigue siendo una niña asustada por los reproches de los adultos, y eso la hace grata. Pietro en cambio no acaba resultando grato. Es más, en su texto hay sin duda cosas que resultan desagradables. No me gusta, por ejemplo, que a veces me haya retratado como una persona pendenciera, indisciplinada. De haber sido como dice él no estaría aquí, ahora, a pocos pasos de Washington Square, sino que seguiría en las afueras de Roma donde nací. Y su hija no me escribiría empleándose a fondo para ser persuasiva.

Pero no se trata solo de eso. Me ha parecido infantil que se haya atribuido el invento del juego del gruñido del gorila, aquella jocosa reducción nuestra de las artes y las ciencias a un «¡gr...!», un «¡o o o!» o un «¡uh uh uh!». Fue una idea mía y es una de las pocas cosas de aquella época que todavía me importa. Me ha desconcertado en cambio su manera de contar nuestro encuentro en Milán. En ese caso, no sé por qué motivo, me atribuye la ocurrencia del matrimonio ético cuando fue él quien definió así nuestra relación y empezó a escribirme sin tregua, de manera obsesiva, para ponerme al corriente de las decisiones que tomaba, una por una. También es falso que yo le respondía a menudo. En toda mi vida le habré enviado a lo sumo unas diez cartas.

Pero es inútil que se lo eche en cara, esa fase concluyó hace mucho y no soy una persona que responde con sus historietas a la novelita del otro. Pero si mis facultades mentales se debilitaran a tal punto de que escribiera una, sería muy concisa. Nací en Roma, en un bonito callejón de la barriada La Rustica, ahora resido en Manhattan. He tenido una vida intensa, muy afortunada, he vivido en cuatro continentes. He disfrutado de un éxito gradual pero constante en el terreno laboral. He

conocido a personas muy inteligentes con las cuales he mantenido conversaciones inteligentes y he entablado relaciones inteligentes. Pero Pietro Vella, mi profesor del instituto de la periferia donde estudié, es el único hombre al que quise y sigo queriendo.

2

Apartando el grano de la paja, el meollo de la carta de Emma es que el Estado italiano quiere galardonar a Pietro con un premio y que es indispensable mi presencia en Roma para elogiar su trabajo como profesor. Soy una señora que ronda los setenta, con muchos achaques que en esta ciudad difícil mantengo a raya gracias al bienestar económico del que disfruto y a las buenas relaciones que la fama me ha procurado. Todas las mañanas paso bajo el Arco, cruzo Washington Square y tomo un capuchino en la cafetería ubicada a pocos metros del monumento dedicado a Fiorello La Guardia, donde trabaja una joven albanesa que sabe prepararlos. Dos veces a la semana voy a Citarella, en la Sexta Avenida, compro pescado, jalá y zumo de naranja. En invierno me gustan los árboles desnudos, la fuente sin agua que sirve de escenario a los atrevidos malabaristas, la hora en que se encienden las farolas. En primavera vigilo el verdecer de las ramas, la llegada de las primeras flores, y a veces hojeo el *New York Times* en uno de los bancos al sol, apretada entre ancianos que como yo tienen los huesos frágiles y helados. Hasta hace poco me gustaba pasear por el parque entre los grupos de turistas, los estudiantes con toga y birrete morados, los padres desorientados que acuden de quién sabe qué América para asistir a la graduación de sus hijos. Pero después de romperme el fémur y someterme a una larga y costosísima rehabilitación paseo poco, por lo general el domingo por la tarde. Escucho al saxofonista que toca bajo el monumento a Garibaldi. Me peleo a menudo con los chicos que se exhiben en sus monopatines porque temo que me arrollen. Doy vueltas

alrededor del joven pianista que invita a los turistas a tumbarse bajo el piano en cuyo costado se lee: THIS MACHINE KILLS FASCISTS, lo cual, por desgracia, no es cierto desde los tiempos de Woody Guthrie. Solo cuando me siento realmente sola voy al teatro con alguna amiga o ceno, en uno de los poquísimos restaurantes donde los clientes no alzan la voz, con viejos caballeros que me cuidan como a una reliquia.

Son los ritos que me hacen más llevadera la vejez. Como puede apreciarse, Italia está excluida de la lista. Roma y sus afueras, donde nací, quedan descartados. Son los lugares del duermevela, sitios que conozco muy bien, pero a la vez indefinidos. Al amanecer, antes de despertarme del todo, los recorro con familiaridad, pero no logro colocarlos en una geografía real. Un solo lugar permanece rigurosamente determinado: el aula del primer año de instituto, la primera a la derecha, justo después de la escalinata. Pietro entró en ella una mañana y posó una bolsa de tela rebosante de libros sobre la mesa del profesor. Creo que tenía veintiséis años, o quizá menos. Desde aquel momento hice de todo para llamar su atención y él hizo de todo para no prestármela. A lo largo de tres años consideré las tardes, las noches, los domingos, las fiestas de guardar y las vacaciones de verano como una representación eficaz de la muerte. Solo cuando estaba en el instituto y él aparecía, siempre puntual, en aquel espacio del aula, me sentía real y el mundo que me rodeaba cobraba vida. Se sentaba, se levantaba, se apoyaba contra la pared, se acercaba a la ventana... Sus dedos rozaban la tiza, la pizarra, los pupitres mientras su voz infundía poder a los sustantivos que designan a personas, lugares y cosas, a los verbos, adverbios y adjetivos. Nunca nos tocaba, ni siquiera un gesto de familiaridad como estrecharnos la mano en broma o pasarnos un brazo por los hombros. Solo nos tocaba íntimamente, con las palabras. Por lo que a mí respecta, sentía que habían hurgado en mi interior con tanto descaro que volvía a casa trastornada.

Una vez un alumno de una clase superior se enfadó mucho, oímos que despotricaba contra él en el pasillo. Hice el camino de vuelta a casa con ese chico a propósito. No lograba calmarse, sobre todo porque no lograba expresar el motivo que lo había enfurecido de aquella manera.

Solo atinaba a repetir: «Es un abuso, es demasiado», refiriéndose tanto a las clases de Pietro, que eran tan densas que al final siempre teníamos que estudiar mucho, como a nuestro profesor, que emanaba algo que resultaba intolerable. Seguramente ambas cosas eran ciertas. Con él se estudiaba muchísimo, demasiado, y además su presencia nos pisaba los talones hasta cuando se despedía con un gesto, salía del aula y nos abandonaba a nuestra suerte. En definitiva, el abuso era real, y yo —como los otros alumnos, como aquel chico— lo rehuía y a la vez deseaba rendirme.

Empecé a luchar contra él desde el primer día de clase. Me empeñaba a fondo porque quería que él hiciera lo mismo para derrotarme. Interrumpía la clase, hacía preguntas, me burlaba de sus respuestas. Todo era inútil. Pietro no se inmutaba. Consideraba las provocaciones una oportunidad para perfeccionarse. Y, en efecto, así era, daba lo mejor de sí cuando lo ponía en apuros. Era un espectáculo deslumbrante ver y oír cómo su cuerpo y su mente buscaban y encontraban la medida adecuada para mí. En aquella época no había visto a otros profesores trabajar de esa manera, poniéndolo todo patas arriba, pero con afecto. Estaba asustada, sin embargo ¿qué más debe hacer un buen profesor? No echo en falta Italia, pero sí aquellos tres años en que Pietro fue mi profesor de Lengua y Literatura en un instituto de la periferia de Roma. Así que, sobre la base de ese sentimiento, he respondido de inmediato a Emma: «De acuerdo, haré ese pesadísimo viaje, lo haré por tu padre». Pero en cuanto he enviado el correo, me ha venido a la cabeza otro lugar: la larga calle que de la plaza conducía al instituto y que recorría a pie todas las mañanas, entre casas de una sola planta, campos diseminados de barracas, grises naves industriales y chatarra brillando entre la maleza.

Me he visto por esa calle. Es noviembre, hace frío y llueve. Un coche reduce la velocidad, la ventanilla se baja, reconozco al nuevo profesor ante cuya mera presencia me echo a temblar. Solo dice: «Sube». Lo miro y me asusto. Respondo que no casi con rabia. Él parpadea moviendo las largas pestañas oscuras, parece asustado por el miedo que lee en mi cara. Arranca sin añadir nada y yo miro fijamente el utilitario

que se aleja. Por un instante algo se rompe dentro y fuera de mí.

3

Emma me escribió otro largo correo. En él cuenta, con todo lujo de detalles, que la máquina organizativa está en marcha y todos mis deseos serán cumplidos. Después sigue adelante a tientas, a intervalos estudiados. Su padre está muy contento de que yo haya aceptado, le ha hablado ampliamente de lo buena estudiante que era, pero ha omitido decirle que mantuvimos una relación. Fue su madre la que se lo contó, justo ayer, de manera escueta, que me transcribe con ironía. Nadia le dijo: «Sí, no fue solo su mejor alumna, sino algo más, se ve que también sabía hacer otras cosas». A partir de ahí empieza un relato muy colorido de sus difíciles relaciones con los hombres. La finalidad es comparar sus historias infelices con la de su padre conmigo. «No he tenido suerte —escribe—, ni mis maridos ni mis amantes se han transformado en amigos, ha prevalecido el rencor». En cambio, espera que yo conserve un buen recuerdo de Pietro y pasa a halagarlo con desmesura a lo largo de unas veinte líneas, no solo al docente y al intelectual, sino también al hombre, como si quisiera escribirme el discurso que daré. Se despide asegurándome que está impaciente por conocerme.

Su correo me puso nerviosa. Al principio creí que la novelita del padre y la invitación de la hija formaban parte de la misma estrategia, planeada por Pietro, para dar un bello final a nuestra historia. Ahora en cambio caigo en la cuenta de que fue Emma la que puso en marcha este ardid sin consultar a sus padres. Es suficiente con leer entre líneas para entender que a Nadia no le alegra mi exhumación y que a Pietro le sigue preocupando cómo me comportaré. Pero entonces ¿quién me manda ir a Roma?

He salido a pasear para tranquilizarme; a pesar de que este mayo es

enemigo de los ancianos —un día hace calor y al siguiente te hielas—, hace una tarde templada. Todavía no es oscuro, pero ya brillan las farolas. Me he parado a hablar con los camellos que merodean alrededor de las mesas de ajedrez. He paseado por las avenidas aspirando el aroma de las flores y el hachís. He llegado hasta la fuente, cuyos altos chorros blancos levantan nubes de agua con la que juegan los chiquillos y que las chicas usan como escenario para sus fotos seductoras mientras toca un conjunto callejero. He visitado al hombre que come, bebe y pinta al estilo de Pollock y duerme sobre una chapa caliente de metal, al lado de uno de los accesos a la universidad. Pero no me he sentido mejor.

Han pasado cincuenta años y estoy a punto de viajar a Roma e ir al encuentro de Pietro, como cuando, tras diplomarme, fui a esperarlo al instituto con la intención de decirle: «Te he querido durante tres años, ahora deseo ser correspondida». Así se lo dije, tuteándolo, a pesar de que nos hablábamos de usted hasta un minuto antes. Y eso no es todo: le di un leve beso en la boca que fue como un choque, él levantó la mano izquierda para protegerse.

Estábamos en un bar a dos pasos del instituto, habíamos tomado algo que no recuerdo, habíamos hablado de mis estudios. Pietro pagó las consumiciones y nos dirigimos a la salida, fue entonces cuando le dije esas cosas y lo besé. Quién sabe qué me esperaba, hace cincuenta años. Todas sus manifestaciones eran una promesa desproporcionada. Pero el joven que seducía a todo el mundo con su inmenso saber, con la pasión que ponía en cada una de sus palabras, establecía entre él y nosotros una distancia comedida que era insuperable y que, sin embargo, todos y cada uno de nosotros habría querido colmar. Entonces yo la había cubierto y pretendía que me diera algo más de lo que había recibido en clase, algo que en ese momento solo yo podía recibir. Creo que él lo entendió un instante antes de que me declarara, de que lo besara. Yo quería más, más, y no era sexo, sino la idea perfecta a la que creía que debía remitir la persona que día tras día aparecía en clase. Pero no sabía que o aquel modelo no existía, o él me lo ocultó desde el primer momento para seguir deslumbrando a otras chicas, como si no tuviera

bastante conmigo.

No he vuelto a encontrar en mi vida a un hombre así, tan sumisamente disponible a los caprichos femeninos. Era una época en que demostrar ante el mundo que en realidad eras libre pasaba por exhibir tu disponibilidad sexual. Él me fue infiel, yo también, aún más, delante de sus narices. Nos humillamos y nos ensalzamos recíprocamente. Pero a lo largo de los tres años en que estuvimos juntos, las muchas alegrías fueron siempre menos alegres de lo que esperaba y los muchísimos dolores fueron pasados por alto o catalogados rápidamente como mediocridades pequeñoburguesas. No sé cuántas veces nos separamos con asco y volvimos a agarrarnos con una ávida ferocidad. Hasta que le propuse aquel experimento: contarnos lo peor de nosotros, algo mucho mucho peor de lo que ya sabíamos. Por supuesto, cuando se lo propuse ya tenía planeado irme, no podía más. Cometemos tantas estupideces de jóvenes... No debería quedar ninguna huella de la juventud, ni siquiera en la memoria. En cambio, Pietro ha querido dejar muchas: todo lo que me ha escrito. En esa novelita suya tiende a ocultar que, a partir de un momento determinado, especialmente desde la llegada del correo electrónico, se puso a usar la escritura como camisa de fuerza. Nunca he conocido a un hombre tan rebosante de vida y tan asustado por su cautivadora plenitud. Exorbitaba, se desbordaba y me usaba para impedírselo. Se mostraba seguro de que nosotros dos, juntos pero a distancia, podíamos moderarnos el uno al otro. Pero no era una convicción sólida, nunca las tuvo. Una vez, hablando de su trabajo, me escribió desolado: «Por más que uno estudie y se instruya, ser Hyde cuesta poco, convertirse en Jekyll no».

4

Al final estoy en Roma. Si en Nueva York el calor y el frío se

alternaban, aquí hace solo frío. Pero la suciedad es la misma y en esta ciudad tampoco me siento segura: tengo miedo de tropezar a cada paso, de que me empujen contra un árbol o fuera de la acera, de acabar en cualquier hospital con los huesos rotos. Me he librado de Emma hace unos minutos. Para su desgracia, no se parece a su padre, sino a su madre. No tiene nada de Pietro, salvo la educación que él le ha dado. Mientras hablábamos he pensado que en cierto sentido las dos somos alumnas suyas; si nos analizáramos con detenimiento, seguramente descubriríamos que compartimos más de un fragmento de conocimiento y más de una frase hecha.

En cualquier caso, existe una diferencia apreciable: Emma sobreactúa casi siempre. La saca de quicio no saber lo que diré mañana. He tratado de evitar confesarle que no lo sé, pero cuando me ha pedido una copia de mi intervención, con la excusa de que quería publicarla en el periódico para el que trabaja, le he respondido que no existe un texto y ni siquiera un esquema. Que tenía pensado improvisar.

Le ha sentado fatal, creo que le ha costado mucho contenerse para no montar uno de los números a los que debe de estar acostumbrada. Se hallaba tan contrariada que ha estado a punto de confesarme la verdad. Ha dicho: «Mi padre está muy emocionado y saber lo que dirá lo tranquilizaría». Su padre, su padre, no hace más que hablar de él. ¿Cómo es posible que todos hayamos amado con locura a ese hombre, hasta sus hijos, que normalmente sienten una punzada de odio —de repugnancia, diría— por sus padres? Le he respondido: «Después de todos estos años, tu padre debería fiarse de mí». Era justo lo que ella quería oír. Se le ha iluminado el rostro, me ha parecido que iba a emocionarse: «Voy a llamarle al móvil, ¿puede decírselo usted misma?». He respondido: «No, ya hablaremos mañana».

Me he metido en la cama y he pensado en la confidencia que nos hicimos muchos años atrás. Al final del día le diré: «El experimento ha salido bien, la vida ha terminado, estamos a salvo. —Y para tomarle el pelo, añadiré—: No es la pedagogía del afecto la que nos hace mejores, sino la pedagogía del miedo».

Le he dado vueltas a esta última frase. Hemos temido que nuestras

malas acciones nos persiguieran y se apoderaran de nuestras vidas para siempre. Sin embargo, hoy recuerdo a duras penas lo que le confié y me sorprende que tampoco recuerde casi nada de lo que él me confesó. Sin duda eran cosas terribles, pero no hasta el punto de volverse inolvidables; a lo largo de mi vida he oído y visto otras mucho peores. Quizá mañana, después de la ceremonia, podría ser incluso agradable reunirnos en algún lugar para hablar de lo depravados que nos sentíamos entonces.

Durante un rato me ha parecido una buena idea, pero después me han venido a la cabeza ciertos instantes rarísimos de Pietro, breves golpes de memoria que en estos años siempre he tratado de rechazar. No eran imágenes de nuestras peleas, que en algunas ocasiones llegaron a alcanzar un alto grado de violencia. Eran momentos que parecían bellos —él ensimismado, boquiabierto, la mirada perdida mientras se atusaba el pelo—, hasta que me daba cuenta de que algo realmente repelente le sacudía el cuerpo como un espasmo convulsivo del sistema nervioso. Yo apartaba la mirada al instante, horrorizada, él no, él seguía mirándose como si se tuviera enfrente. A veces le preguntaba: «¿Qué te pasa, Pietro?». Él me daba explicaciones elocuentes e irónicas: «Es el malestar de los orígenes —decía—. Soy el primero de seis hijos, familia pobre, mi padre era electricista y mi madre ama de casa». «Es el malestar de sentirse fuera de lugar, el temor a no estar a la altura». «Es el malestar de la degradación de los papeles: sé que no doy la talla para ser profesor, que soy de los que bajan la calidad del trabajo intelectual». «Es el malestar del cuerpo hermoso, de la armonía de las facciones: la belleza da una ventaja culpable, es la más injusta de las facilitaciones». «Es el malestar de la violencia que ha aprendido a ocultarse en las palabras».

Cada vez inventaba un nuevo motivo sociológico o ético para su mal. Pero a veces parecía atrapado, no lograba salir de aquellos momentos críticos y ni siquiera me oía. Se quedaba observándose a sí mismo mientras se hacía daño con el daño que emanaba, y aunque lo llamara no volvía en sí.

Lo quería muchísimo, deseaba ponerlo a salvo, pero no podía

redimirlo. En aquellos momentos —la frente cruel, el labio superior fruncido en una mueca parecida a un tic, el rostro deformado—, me aterrorizaba y tenía que escaparme. No, no tengo ni idea de lo que diré mañana. Pietro ha sido y es un hombre muy peligroso.

5

Las cosas no van por buen camino. Emma ha sido puntual y también Nadia. Solo la había visto una vez, de lejos, cuando todavía sentía celos de ella. Entonces me pareció muy guapa y sufrí mucho por ello. Ahora, con cierta satisfacción, me ha parecido más gorda, prematuramente envejecida, aunque sin duda tiene menos achaques que yo. He fingido no darme cuenta de que Nadia estaba muy disgustada, cohibida. Es natural: yo monopolizo toda la atención, el presidente me ha tratado como si fuera un monumento a cuyo pie se deposita una corona de laurel; he influido en la vida de muchas personas, entre ellas su marido; ella es una profesora de instituto jubilada, ha vivido encerrada en el desaliento, amargada, pero, sobre todo, no ha logrado dominar ni de lejos al hombre al que amaba.

—Pietro —ha dicho— ha querido que me fuera para poder repasar en paz el discurso de agradecimiento.

—Es la vejez —he replicado—, Pietro siempre se ha defendido bien con las palabras.

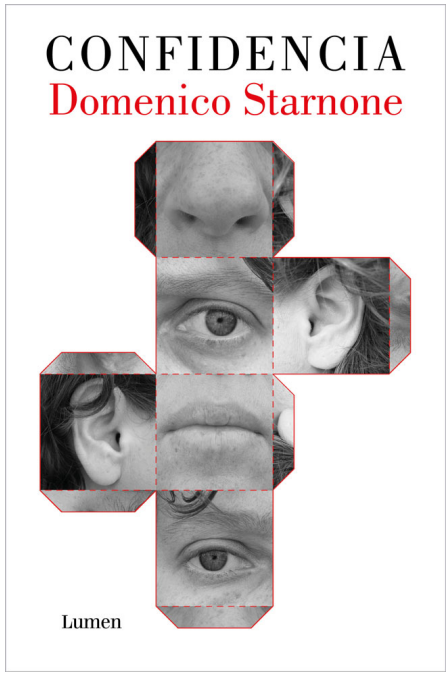
A la madre y a la hija, sobre todo esta última, no les ha sentado bien que presumiera de familiaridad con Pietro, y en el fondo a mí tampoco. Siempre se acaba por mostrar algo de lo peor que guardamos dentro.

Ha pasado una hora. Pietro no ha aparecido. Las dos mujeres, ahora una, ahora otra, lo han llamado por teléfono a intervalos, pero no ha respondido. Nadia ha dicho: «No quisiera equivocarme, pero temo que en el último momento haya decidido no venir, detesta este gobierno, cuando ve a los políticos en televisión dice que habría podido ser el

profesor de esa gentuza». Se me ha escapado una risita, he dicho: «Si responde, hablo yo con él». Un destello de rabia le ha atravesado la mirada, ha murmurado, como para sus adentros: «Ahora voy a casa y lo arrastro aquí a la fuerza», después se ha dirigido hacia la salida perseguida por un par de personas que le preguntaban si había llegado su marido. Antes de seguir a su madre, Emma, muy pálida, me ha dicho: «Mi padre y usted deberían haber resuelto sus problemas hace tiempo». Me han vuelto a entrar ganas de reír —en ciertas ocasiones me río continuamente, es una risa de impaciencia que se insinúa entre las frases, aunque no haya nada de lo que reírse—, le he respondido: «Resolvimos todo lo que había que resolver mucho antes de que tú nacieras».

Aquí estoy ahora, sentada en primera fila al lado del enojado presidente. Está claro que Pietro no acudirá y que no volveré a verlo. Es una lástima, por fin sabía qué decir, y en esta sala de colores mortecinos, en presencia de mi antiguo profesor, habría hablado de buen grado. He sido y soy mucho más peligrosa que él.

«Una historia de amor feroz» (*Il Fatto Quotidiano*) por «el mejor escritor vivo de Italia» (Jhumpa Lahiri) ganador del Premio Strega, entre otros, y traducido en 32 países.



Pietro y Teresa mantienen una relación amorosa llena de altibajos emocionales, exigencias nunca satisfechas y tensiones que acaban en insultos y llantos. Tras una violenta pelea, para templar los ánimos, a ella se le ocurre una idea: «Pongamos que te confío un secreto íntimo, tan horrible que ni siquiera me lo he confesado a mí misma, y tú me confías uno parecido, algo que si saliera a la luz te destruiría para siempre»; de este modo quedarán unidos por un vínculo inquebrantable y sellarán para siempre su dependencia recíproca.

Sin embargo, a los pocos días la pareja comprende que no tiene otra salida que separarse. Pietro continúa con su vida y conoce a Nadia, de

cuyo carácter inocente y cálido, tan distinto del de su antigua novia, se enamora al instante. Pero pocos días antes de su boda, Teresa reaparece y con ella, la sombra amenazante de aquella confidencia, que marcará su vida para siempre.

Tras *Ataduras* y *El juego*, Domenico Starnone prosigue en su indagación sobre las relaciones humanas.

La crítica ha dicho:

«El nombre de Starnone está junto al de Philip Roth, J. M. Coetzee, Michel Houellebecq o Abraham Yehoshúa en el canon de autores que penetran el alma y la desnudan para mostrar hasta el último artificio, engaño y debilidad del ser humano. [...] Un estilo perfecto, un análisis magníficamente preciso y una narración incandescente: te deja impactado».
Pier Luigi Razzano, *La Repubblica*

«Una historia bellísima e impresionante».
Nadia Terranova, *La Stampa*

«Una elevación literaria que conmociona. [...] Te toca las entrañas».
Manuel Vilas

«Nos encanta Starnone por la naturalidad con la que se adentra, sin ironía ni rastro de autocomplacencia, en el frágil equilibrio de la vida de los hombres, siempre incómodos en sus papeles de padre, marido o hijo. [...] Una historia bellísima e impresionante».
Nadia Terranova, *La Stampa*

«Un flechazo que deja sin aliento; un universo hecho de pasiones, pulsiones, sensualidad, energía y ternura, y una escritura quirúrgica, volcánica, entusiasta, brillante y meticulosa que confirma a Starnone como uno de los más admirables escritores contemporáneos».

Giuseppe Lorenti, *La Sicilia*

«Es como si Starnone fuera cien escritores diferentes. Leerlo es una experiencia exaltante, pero también valiente. [...] *Confidencia* es una historia completamente nueva: la de un hombre que solo existe en los ojos de los demás».
Antonella Lattanzi, *Il Corriere della Sera*

«Uno de los mejores escritores italianos; el suyo es un sarcasmo chispeante».
Titti Marrone, *Il Mattino*

«Una geometría sentimental».
Mirella Armiero, *Il Corriere del Mezzogiorno*

«Un nuevo libro de Starnone es un acontecimiento que hay que celebrar».
Kirkus Reviews

«Una trama enigmática, una bomba de relojería».
Gianluigi Simonetti, *Il Sole 24 Ore*

«El mejor escritor vivo de Italia».
Jhumpa Lahiri

«Una historia de amor feroz (*Il Fatto Quotidiano*) con una enorme carga humana».
Carlotta Vissani

Domenico Starnone nació en Nápoles en 1943 y en la actualidad vive en Roma. Colabora con distintos medios, entre ellos *L'Unità*, *La Repubblica* e *Il Corriere della Sera*. En su faceta de escritor es ampliamente conocido por las novelas *Via Gemito*, con la que ganó en 2001 el Premio Strega, máximo galardón literario de Italia; *Labilità* (Premio Castiglioncello); *Prima esecuzione*; *Spavento* (Premio Comisso) y *Autobiografia erotica di Aristide Gambía*, así como por *Ataduras*, ganadora del Premio The Bridge, trasladada al teatro y a la gran pantalla con gran éxito y en traducción en treinta y dos países, con la que Lumen inició la publicación de su obra en español en 2018. Le siguió *El juego* en 2020, finalista del National Book Award, y ahora *Confidencia*.

Título original: *Confidenza*

Edición en formato digital: enero de 2022

© 2019, Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Ana Ciurans Ferrándiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-1139-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] «[...] i rotti cancelli dell'alba», Andrea Zanzotto, «Serica», *Dietro il paesaggio*. *(N. de la T)*.

[2] «[...] i soli che urtano fili di ciglia», Andrea Zanzotto, «Esistere psichicamente», *Vocativo*. *(N. de la T)*.

Índice

Confidencia

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Segunda parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Tercera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

Sobre este libro
Sobre Domenico Starnone
Créditos
Notas